



ALLIN KAWSAY

Mosoq Paqariy

La Trilogía Completa

Tres Libros · Un Solo Amanecer

Contenido

Libro Uno · El Nuevo Amanecer	3
Libro Dos · La Puerta en la Historia	55
Libro Tres · El Regreso a Casa	103

La trilogía completa en un solo volumen: el recordar, el cruzar al otro lado, y el volver a casa.

ALLIN KAWSAY

Historias del Valle Sagrado



LA HISTORIA QUE LO EMPIEZA TODO

Mosoq Paqariy

El Nuevo Amanecer

AMISTAD SAGRADA · YACHAY WASICHA · PISAQ · VALLE SAGRADO



CAPÍTULO Uno

Los niños que no podían dormir

la tristeza callada

En lo alto de las montañas del Perú, donde los ríos corren fríos y claros y las cumbres más altas guardan el último oro del sol mucho después de que los valles se han vuelto azules, hay un lugar llamado Písaq.

Se halla en el Valle Sagrado, acunado entre las grandes manos de las montañas — los *Apus*, así los llaman los antiguos, los guardianes que han velado por el pueblo desde antes de que hubiera palabras para las cosas. Abajo del pueblo, el río canta su interminable canción de plata. Encima, las terrazas trepan por la ladera como escaleras verdes hechas para gigantes — los mismos peldaños que los antepasados labraron hace mil años, y mil años antes de eso.

Es un lugar hermoso. Todos los que llegan a él lo dicen.

Y en Písaq vivía una niña llamada Kusi, cuyo nombre significa *alegría*.

Kusi tenía una risa que le nacía del vientre y una manera de correr a todas partes en vez de caminar. Su amiga más querida era una niña llamada Illa, cuyo nombre significa *luz* — más callada que Kusi, pero con unos ojos a los que nada se les escapaba, y el don de hacer que cualquiera que estuviera cerca de ella se sintiera parte de todo. Y adonde iban las dos, allí iba también Mallki — el niño que había venido de muy lejos, del otro lado del mar, cuando era pequeño, y se había quedado, hasta que el valle creció alrededor de su corazón y se volvió su hogar. Su nombre significaba *arbolito*,

y el valle se lo había dado, y él lo amaba más que el nombre con el que había nacido.

Cada atardecer, cuando el trabajo del día estaba terminado y el humo de la cocina subía azul desde los tejados, los niños de Písaq se reunían en la plaza. Siempre lo habían hecho. Era allí donde se jugaban los juegos y se contaban los secretos y donde seguía adelante toda la larga historia de crecer, atardecer tras atardecer, bajo las montañas que todo lo miran.

Pero este atardecer era distinto.

Este atardecer, nadie jugaba.

Estaban sentados juntos en los gastados peldaños de piedra mientras el cielo pasaba del oro al rosa y a un azul cada vez más hondo, y ninguno quería irse a casa, y ninguno habría sabido decir bien por qué. Había en el aire una pesadez que nada tenía que ver con la noche que llegaba. Venía creciendo desde hacía mucho tiempo, tan despacio que nadie había notado su llegada — como no se nota el frío que se cuele en un cuarto hasta que uno ya está tiritando.

Fue Kusi quien por fin lo dijo en voz alta.

—¿Se han dado cuenta —dijo en voz baja, dando vueltas y vueltas a una piedrecita entre las manos— de que las cosas se están quedando en silencio?

Nadie respondió, así que ella siguió, con suavidad, como quien nombra algo que casi tiene miedo de nombrar. Habló de los primos mayores que uno a uno tomaban los buses hacia la ciudad y no volvían. De las pantallitas brillantes que ahora jalaban los ojos de todos hacia abajo y hacia otra parte, incluso en la mesa de la cena, incluso en medio del cuento de una abuela. De la comida que venía en bolsas crujientes de la tienda, dulce y vacía, mientras las chacras estaban allí mismo bajo el mismo sol. De las medicinas compradas en cajas de colores en la farmacia del pueblo, cuando las plantas que curan seguían creciendo silvestres en los mismos cerros sobre sus cabezas. Y de los **abuelos** — las abuelas y los abuelos — sentados en sus bancas en la última luz de la tarde con los cuentos más hermosos del mundo guardados dentro de ellos, y ya nadie, nunca, deteniéndose a sentarse y a escuchar.

Cuando terminó, nadie la contradijo. Porque cada uno de ellos lo había sentido también.

—No quiero que se quede en silencio —dijo Illa. Su voz era muy pequeñita—. Es el lugar más hermoso del mundo. Y parece que se está... quedando dormido.

Se quedaron un rato con eso. Sobre ellos las primeras estrellas asomaban pinchando el azul, las mismas estrellas que los antepasados habían nombrado, y a lo lejos un solo perro ladró y se quedó callado. Kusi alzó la mirada hacia las formas oscuras de las montañas, los Apus, enormes y pacientes contra el cielo, y sintió algo para lo que no tenía palabra — un amor tan grande que dolía, y debajo de él, un miedo.

Debían haberse ido a casa. Sus madres los llamarían pronto. Pero ni uno solo se levantó. Se quedaron sobre las piedras frías en la oscuridad que crecía, muy juntos, como si al quedarse pudieran sostener algo que se les escapaba.

Y entonces — aunque ninguno de ellos pudo después decir el momento exacto en que empezó — la oscuridad a su alrededor comenzó, muy suavemente, a entibiarse.

. . .



CAPÍTULO Dos

La noche en que vinieron los abuelos

la visita y la misión

El calor creció, y con él vino una luz — pero no una luz como el fuego, ni una luz como la luna. Era dorada, y era suave, y parecía surgir de todas partes y de ninguna a la vez, como si el mismo crepúsculo hubiera decidido resplandecer.

Los niños no huyeron. Eso fue lo extraño, lo que Kusi se preguntaría por el resto de su vida. Por todas las reglas que conocían, debían haber tenido miedo. Pero la luz no se sentía como algo que temer. Se sentía como el momento en que uno cruza el umbral de su propia casa después de un viaje largo y frío — la sensación del *hogar*, hecha luz.

Muy por encima de ellos, un gran pájaro oscuro trazaba un lento círculo contra las estrellas. **Kuntur** — el cóndor de las alturas, el que según los cuentos antiguos llevaba mensajes entre las montañas y el cielo. No se fue volando. Giraba, y miraba.

Y del oro, sin prisa, salieron dos figuras.

Una abuela, y un abuelo.

Eran viejos — más viejos que nadie que los niños hubieran visto jamás — y sin embargo se mantenían erguidos y sueltos, y la luz salía de ellos suavemente, como el calor sale de una piedra que ha guardado el sol todo el

día. La abuela llevaba una manta del color del atardecer. El abuelo no se apoyaba en ningún bastón, aunque parecía haber caminado un camino muy largo. Sus rostros eran bondadosos, y hondamente surcados de arrugas, y de algún modo familiares — como si cada niño estuviera mirando a sus propios abuelos, y a los abuelos de todos, y a los abuelos de mil años, todos al mismo tiempo.

El corazón de Kusi latía con fuerza, pero no de miedo. —¿Ustedes son...? —empezó, y no pudo terminar.

—Los escuchamos —dijo la abuela. Su voz era como una mano puesta con ternura sobre tu cabello—. Escuchamos su tristeza, pequeños. Desde tan lejos, desde donde estamos. ¿Saben una cosa? Su tristeza es una forma de amor. Solo los que de verdad aman algo se apenan al verlo dormir.

El abuelo asintió despacio. —Han visto algo verdadero —dijo—. No les diremos que están equivocados. El valle se está quedando en silencio. Las viejas costumbres se van olvidando, un pequeño olvido tras otro. —Hizo una pausa, y sus ojos eran muy bondadosos—. Pero solo han visto la mitad. Y ya es hora de que alguien les cuente lo demás.

Se bajó hasta sentarse en los peldaños entre ellos, con la misma facilidad con que cualquier anciano se sienta con sus nietos, y los niños se acercaron sin haberlo decidido.

—Escuchen —dijo—. Lo que a ustedes les parece un final no es un final. Es un vuelco. —Sacó una semilla de algún lugar en su mano y la sostuvo en alto bajo la luz dorada para que todos pudieran verla, pequeña y marrón y sin nada de particular—. Toda semilla debe bajar a la oscuridad antes de poder brotar. Debe ser enterrada. Desde afuera, hijos míos, ser sembrada y ser enterrada se ven exactamente igual. —Sonrió—. El valle no está muriendo. El valle es una semilla. Y ustedes —miró alrededor cada uno de sus rostros, uno por uno— ustedes son los que nacieron para ayudarlo a brotar.

—Este es el gran vuelco —dijo la abuela con suavidad—. **Pachakuti**. Ha venido antes, y viene otra vez, y siempre son los niños quienes lo hacen girar. No con ejércitos. No con oro. Con sus manos, y su memoria, y unos con otros.

—Pero solo somos niños —dijo Illa—. No sabemos cómo.

—No lo harán solos —dijo el abuelo—. Eso es lo primero que hay que recordar, y lo más importante. **Mana pi sapallanchu** — nadie queda jamás solo. Reunirán a los demás. Irán donde los **abuelos** que esperan en sus

bancas, y les pedirán que les enseñen, y verán sus rostros despertar como el amanecer. Llamarán a los que se fueron, y uno por uno volverán a casa. Sembrarán las huertas y levantarán las casas y prepararán la medicina y cantarán las canciones antiguas, juntos, unos para otros — *ayni*, el dar que regresa. Y el valle despertará. Y entonces —sus ojos brillaron— entonces no se detendrán en despertarlo. Lo elevarán más alto de lo que nunca ha estado. Un valle de luz. Un lugar hacia el cual mirará el mundo entero, cansado, y recordará lo que también él había olvidado.

El oro comenzaba, muy despacio, a adelgazarse. Allá sobre las cumbres del este, empezaba a asomar la primera línea pálida de la verdadera mañana. La abuela se levantó, y se envolvió en su manta del color del atardecer, y los miró con un amor tan claro que a Kusi le dolió la garganta.

—Todas las historias de este valle terminan con las mismas dos palabras —dijo—. *Mosoq Paqariy*. El nuevo amanecer. Y hay un secreto en esas palabras que los antiguos guardan para el final del final. —Sonrió, y el último resto del oro se juntó en su rostro—. El nuevo amanecer no es un cuándo, pequeños. El nuevo amanecer es un *quién*.

Mosoq Paqariy.
El nuevo amanecer eres tú.

—Empiecen por lo pequeño —dijo el abuelo, ya volviéndose tenue, ya haciéndose luz otra vez—. Mañana, siembren una sola cosa. Eso es todo. Lo demás vendrá detrás, como toda la cosecha viene detrás de la primera semilla. Estaremos más cerca de lo que creen. Siempre estamos más cerca de lo que creen.

Y entonces se fueron — no desaparecidos, no exactamente, sino de vuelta en el oro común del amanecer que ahora se derramaba sobre las montañas, como si nunca hubieran sido otra cosa que eso. Muy en lo alto, *Kuntur* inclinó un ala, y se deslizó hacia el este, hacia la mañana.

Durante un largo momento ninguno de los niños se movió ni habló. El sol subió por encima de las terrazas que los antepasados habían labrado, y las encendió verdes y relucientes, peldaño tras peldaño tras peldaño, montaña arriba hasta lo más alto.

Entonces Kusi se puso de pie. Su corazón ya no estaba pesado. En su lugar había algo pequeño y brillante y seguro, como una brasa que llevas ahuecada entre las manos para encender otro fuego.

—Bueno —dijo, y la vieja risa del vientre le volvía a la voz—, ya lo escucharon. —Miró a sus amigos, a Illa cuyo nombre era luz y a Mallki el arbolito, a todos ellos encendidos de oro por el nuevo día—. Mañana, sembramos.

. . .



CAPÍTULO Tres

La primera semilla

la promesa cumplida

Kusi despertó a la mañana siguiente antes que el sol, con la pequeña brasa brillante todavía ardiendo en su pecho, exactamente donde el abuelo la había dejado. Por un latido se preguntó si lo habría soñado todo. Entonces vio que Illa y Mallki, que se habían quedado a pasar la noche, ya estaban despiertos en la luz gris, sentados y mirándola — y supo, por sus rostros, que nadie sueña el mismo sueño.

—Mañana, sembramos —dijo Illa en voz baja—. Kusi. Ya es mañana.

No sabían cómo empezar, así que empezaron de la única manera en que alguien puede empezar: con lo que tenían justo delante. Detrás de la casa de Kusi había una franja de tierra vuelta dura y olvidada, ahogada de maleza, donde nada había crecido en años. No era gran cosa a la vista. Pero las palabras del abuelo le volvieron — *empiecen por lo pequeño; desde afuera, ser sembrada y ser enterrada se ven exactamente igual* — y Kusi tomó un azadón.

Limpiaron la maleza y rompieron la dura tierra marrón, y fue lento, y las manos se les ampollaron, y más de una vez uno de ellos se echó atrás y se rió y dijo: —¿Qué estamos haciendo, pues? Si es un pedazo de tierra. —Pero siguieron. Porque la única otra opción era volver a como se había sentido en los peldaños, antes de que llegara la luz — y las ampollas eran mucho mejor que eso.

A media mañana, otros niños se habían ido acercando para mirar. Y luego, uno por uno y medio tímidos, para ayudar. Nadie se lo había pedido. Ese fue el primer pequeño milagro, aunque ninguno lo notó todavía: *cuando una cosa se hace con amor, la gente viene.*

Casi no tenían semillas — un puñado de frijoles del frasco de la mamá de Kusi, unos cuantos ojos de papa, algunos granos que una tía había olvidado en una alacena. Era un tesoro pobre y disparejo. Las sembraron todas, y apretaron la tierra con suavidad, como se arropa con una manta a alguien que uno quiere, y cargaron agua desde la acequia hasta que la tierra oscura bebió hasta saciarse.

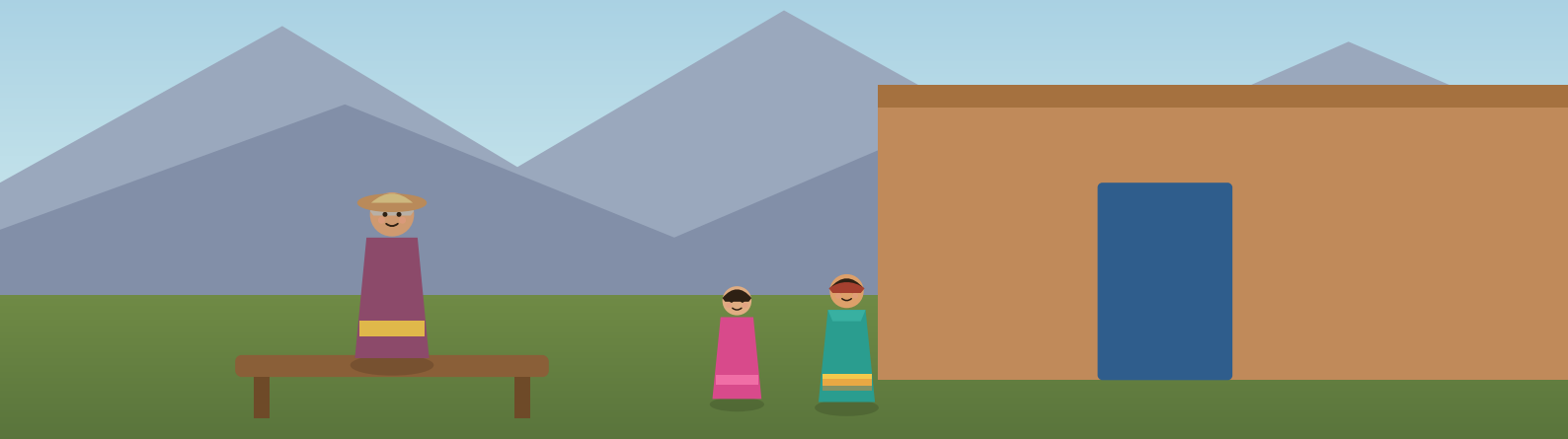
Cuando terminaron era ya la tarde, y la pequeña parcela quedó allí — marrón y mojada y sin nada de particular. Al mirarla, nunca habrías adivinado que algo, lo que fuera, había cambiado en todo el ancho mundo.

Pero algo había cambiado.

Esa tarde, por primera vez en mucho tiempo, los niños de Písaq se fueron a casa cansados del buen modo — el modo en que uno se cansa cuando sus manos han hecho algo verdadero. Y aunque ni un solo grande del pueblo sabía todavía lo que venía, unos cuantos habían visto a los niños trabajando en la parcela olvidada, y habían aflojado el paso, y mirado un momento, y seguido su camino preguntándose.

La semilla ya estaba en la tierra. En la oscuridad. Que es, como el abuelo había prometido, exactamente donde empieza cada nuevo amanecer.

. . .



CAPÍTULO Cuatro

El anciano a quien recordaron

el tesoro que esperaba

El problema era que ninguno de ellos sabía de verdad cómo hacer crecer las cosas — no del modo verdadero, del modo antiguo. Su pequeña parcela se había sembrado más con esperanza que con destreza, y la esperanza sola no llena un granero. Si el valle iba de verdad a despertar, pensó Kusi, primero tendrían que aprender lo que su propia gente había sabido alguna vez de memoria. Y solo quedaba un lugar donde encontrarlo.

—Los **abuelos** —dijo Illa—. Ellos recuerdan. Lo recuerdan todo.

Así que a la mañana siguiente fueron a buscar a la persona más anciana que cualquiera de ellos conocía — Mama Rosa, que vivía sola detrás de una puerta azul descolorida al borde del pueblo, y a quien nadie había ido a visitar en más tiempo del que Kusi llevaba viva.

Cuando abrió la puerta y encontró a tres niños en su umbral, el rostro de Mama Rosa se llenó primero de confusión, y luego de un destello de miedo — porque ¿quién llega a la puerta de una anciana a menos que algo haya salido mal? —¿Qué pasa? —dijo—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada, Mama Rosa —dijo Kusi—. Vinimos a pedirle que nos enseñe.

Durante un largo momento la anciana solo se quedó mirando. Y entonces algo cruzó su rostro que Kusi recordaría por el resto de su vida: la mirada de una persona que ha esperado tanto tiempo una cosa que en silencio había dejado de permitirse siquiera esperarla. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —

Que les enseñe —repitió, tan quedo que las palabras parecían temblar—. Nadie me ha pedido que le enseñe nada en veinte años.

Los hizo sentarse, y empezó a hablar, y fue como si una represa se hubiera roto tras una sequía muy larga. Les contó cuándo sembrar y cuándo esperar; cómo leer la tierra con los dedos y el tiempo en la forma de las nubes sobre los **Apus**; cómo la luna jala a la semilla igual que jala al mar. Cosas que su abuela le había contado. Cosas que la abuela de su abuela había sabido. Los niños escuchaban como se bebe cuando uno no había sabido, hasta ese momento, cuánta sed tenía.

Y entonces Mama Rosa se levantó, y fue hacia un arcón de madera en el rincón, y sacó algo envuelto en un paño tan viejo que sus colores se habían vuelto suaves como el crepúsculo. Lo desdobló sobre su regazo. Adentro, en decenas de bolsitas tejidas, había semillas — cientos de ellas, más clases de las que los niños habían visto en toda su vida: papas negras y rojas y moradas y doradas, maíz de una docena de colores, granos y frijoles cuyos nombres la mitad del valle había olvidado. Mil años de cosechas, guardadas con vida en el arcón de una sola anciana.

—Estas —dijo, y su voz temblaba—, mis abuelas las guardaron para mí, y las abuelas de ellas para ellas, todo el camino de vuelta hasta el principio del principio. —Alzó un pequeño puñado y las vertió, tibias, en las manos ahuecadas de Kusi—. **Kaykuna manan noqapchu** —dijo—. **Qatiqkunapaqmi**. *Estas no son mías. Son para los que vienen.*

Y Kusi comprendió, sosteniendo aquel tesoro imposible en sus dos manos, algo que le hizo arder los ojos: el saber nunca se había perdido. Las semillas nunca se habían perdido. Solo habían estado *esperando* — pacientes como son pacientes las semillas — en las manos de aquellos a quienes ya nadie les preguntaba.

Se quedaron con Mama Rosa hasta que la luz se volvió dorada en su ventanita. Cuando por fin se levantaron para irse, ella tomó a Kusi con suavidad de la manga. —Vuelvan —dijo — y no era una orden, era casi una súplica, y sonreía, y parecía diez años más joven de lo que había parecido esa mañana—. Vuelvan mañana. Hay tanto. Hay tanto todavía que puedo darles.

—Volveremos —dijo Kusi—. Lo prometemos.

Y volvieron.



CAPÍTULO Cinco

La mesa de los abuelos

nadie se queda solo

Mama Rosa, resultó, no era la única.

Una vez que los niños tuvieron ojos para verlo, los vieron por todas partes: los ancianos de Pisaq, sentados solos en los umbrales y en las bancas soleadas, cada uno de ellos un cofre lleno de tesoros que nadie estaba abriendo. Estaba Don Feliciano, que sabía el nombre de cada planta de la montaña y podía decirte qué hoja curaba una fiebre y cuál cerraba una herida. Estaba Mama Benita, cuyos dedos todavía recordaban cómo hacer cantar al telar, aunque hacía años que nadie le pedía que tejiera. Estaba el viejo Don Emilio, que llevaba en la cabeza más canciones que estrellas había sobre el valle, y que ahora solo se las cantaba a sí mismo.

Así que los niños tomaron una decisión, y esa decisión se convirtió en la costumbre más dulce que el pueblo había visto en toda una generación. Empezaron a visitarlos.

Iban con comida calientita y con compañía: un plato de sopa, una mano que tomar, una tarde de simplemente sentarse cerca. Iban porque era bondadoso, y porque nadie debería quedarse solo. Y cada vez, sin falta, ocurría algo que llegaron a esperar y que nunca dejó de asombrarlos: el regalo que llevaban les volvía multiplicado.

Le llevaban a Mama Benita un plato de comida, y ella le enseñaba a Illa a leer la historia entera tejida en una faja: los ríos y las montañas y los

abuelos, todos hablando en hilos de colores. Le llevaban a Don Feliciano un poco de compañía en su escalón, y él los subía por el cerro y les mostraba la hojita gris verdosa que quita el dolor de estómago, y la flor que calma a un niño que llora, y cien secretos verdes más. Se sentaban con Don Emilio una larga tarde entera, y él les enseñaba una canción tan antigua que, cuando la cantaba, hasta el aire mismo del cuarto parecía inclinarse a escuchar.

Esto era el *ayni*: el dar que regresa, la ley que yace debajo de todas las demás leyes del valle. Tú das, y te vuelve cambiado y multiplicado, y nadie lleva la cuenta, porque llevar la cuenta nunca fue el punto. *Mana pi sapallanchu*, murmuraban los ancianos, apretando las manos de los niños entre las suyas. *Nadie se queda nunca solo*. Y los niños iban aprendiendo que corría en las dos direcciones a la vez: que al negarse a dejar solos a los ancianos, se habían asegurado, calladamente, de que ellos mismos nunca estarían solos.

Poco a poco, tan despacio que casi se te habría escapado, el pueblo comenzó a cambiar. Ahora había más música en las tardes. Los abuelos se sentaban un poco más erguidos. Los niños subían corriendo por las laderas con la sabiduría de los viejos en la cabeza y las semillas de los viejos en los bolsillos. Y los ancianos, escuchados al fin, necesitados de nuevo, parecían florecer, como la pequeña chacra detrás de la casa de Kusi, que había empezado, muy calladamente, a reverdecir.

Y la noticia se fue esparciendo de Písaq como se esparce el humo de la leña, sin que nadie quisiera enviarla. Bajó por el camino y siguió a lo largo del río que canta, y viajó más lejos de lo que los niños habrían podido soñar, hasta que por fin llegó al oído de alguien muy lejano, en el ruido gris de la ciudad. Alguien que había dejado el valle años atrás, persiguiendo un sueño más brillante. Alguien que últimamente había empezado a sentir un vacío que no sabía nombrar.

Pero esa es la parte que sigue de la historia.

. . .



CAPÍTULO Seis

El que volvió a casa

Rafael regresa

Aquel alguien lejano en la ciudad tenía un nombre. Era Rafael. Había dejado Písaq a los diecisiete, como tantos lo hacían, en un bus del amanecer, con una maleta de cartón y la cabeza llena de las imágenes brillantes que las pantallas le habían mostrado: la ciudad, las luces, el dinero, toda esa vida resplandeciente que se suponía lo estaba esperando allá para tomarla. Y por un tiempo la persiguió. Trabajaba largas horas grises en un lugar ruidoso, y dormía en un cuarto sin ventana, y mandaba a casa fotografías de sí mismo sonriendo frente a cosas que no le pertenecían.

Y despacio, sin poder decir nunca cuándo había empezado, un vacío se había abierto dentro de él. Había conseguido, más o menos, aquello por lo que se había ido, y descubrió que no lo alimentaba. Estaba rodeado de más gente de la que cabía en todo el valle, y nunca en su vida había estado tan solo. De noche, en el cuarto sin ventana, recordaba el olor de la tierra después de la lluvia, y la voz de su abuelo, y el sabor de una sopa que su madre solía hacer, y no se dejaba llorar, porque no entendía por qué quería hacerlo.

Entonces un día le llegó la noticia — pasada de mano en mano, como viajan las noticias entre la gente que está lejos de casa — de que algo estaba pasando allá en Písaq. Que los niños habían sembrado las semillas antiguas. Que los abuelos volvían a enseñar. Que la plaza tenía música en las tardes.

No decidió volver a casa, exactamente. Simplemente se encontró, unas mañanas después, en un bus del amanecer subiendo de vuelta a las montañas, con el corazón latiéndole de un modo extraño, diciéndose todo el camino que solo iba de visita.

Llegó en el oro tardío de la tarde, y Písaq era el mismo, y no era el mismo. Las montañas seguían donde siempre habían estado. Pero había una chacra verde detrás de una casa donde él solo recordaba maleza. Había niños bajando por una ladera con brazadas de plantas en los brazos, riéndose, y una anciana caminando entre ellos que él habría jurado que no salía de su casa desde hacía años. Y había, desde algún lugar entre los tejados, el hilo de una canción que él conocía hasta los huesos aunque no la escuchaba en diez años.

Se quedó de pie en la plaza con su bolsa al hombro, y algo en su pecho — aquella cosa hueca — se abrió de golpe. Y lo que subió por esa grieta no fue tristeza. Fue una calidez pequeña, brillante, segura, la misma que llevaban los niños. Entendió, parado ahí, que no había venido de visita. Había venido a *casa*.

Esa noche encontró a su abuelo en la vieja banca, y se sentó a su lado sin decir una palabra. El viejo no se mostró ni un poquito sorprendido. Solo estiró la mano y le dio una palmadita en la rodilla, una sola vez, como si lo hubiera estado esperando todo este tiempo. "Volviste", dijo. "Qué bueno. Hay trabajo que hacer. Trabajo hermoso."

Rafael se quedó. Fue el primero de los que volvieron a casa.

No sería el último.

. . .



CAPÍTULO Siete

Hoy por ti, mañana por mí

la mink'a

Ahora que había de nuevo manos jóvenes y fuertes en el valle, había manos suficientes para construir. Y lo primero que construyeron fue un techo.

La casa de Mama Benita dejaba entrar la lluvia desde hacía dos inviernos: una esquina del techo hundida y podrida, y sin dinero para repararla, y ella demasiado orgullosa, y demasiado sola, como para pedírselo a nadie. En los tiempos de antes una cosa así se habría arreglado en una sola mañana, entre todos, sin que nadie hubiera tenido nunca que pedirlo. Así era, simplemente, como el valle siempre había funcionado. Solo que, como tantas otras cosas, se había olvidado.

Así que los niños lo recordaron, por todos.

Kusi fue de puerta en puerta — así como, hace mucho tiempo, otra niña había corrido de puerta en puerta por otra anciana — y para la mañana siguiente medio Pisaq se había reunido en el patio de Mama Benita. Los hombres vinieron con vigas al hombro. Las mujeres vinieron con adobe húmedo y con ollas humeantes de comida. Los jóvenes que habían vuelto a casa trajeron sus espaldas fuertes, y los niños trajeron brazadas de paja, y los abuelos vinieron a sentarse al sol y a explicarle a absolutamente todo el mundo, con gran autoridad y enorme alegría, exactamente cómo debía hacerse la cosa.

Lo llamaron como siempre se había llamado: una *mink'a*: el trabajo que todo un pueblo hace junto, por uno de los suyos, como si el uno fuera todos ellos. Lo cual, en la manera más antigua de ver del valle, es precisamente cierto.

Para cuando el sol estuvo alto ya se reían. Para la tarde el techo nuevo se alzaba recto y firme y dorado con paja fresca, mejor de lo que el viejo había sido jamás. Y nadie pidió que le pagaran, porque el pago no era la forma de la cosa. La forma de la cosa era más antigua y más sencilla que el dinero, y los ancianos la dijeron en voz alta para que los niños la llevaran para siempre: "*Kunan qanpaq, paqarin noqapaq.*" *Hoy por ti; mañana por mí.*

Mama Benita se quedó de pie bajo su techo nuevo y apretó las dos manos contra su corazón y, por un rato, no pudo decir nada en absoluto. Y cuando al fin pudo, lo que dijo fue la verdad más antigua del valle, la que yace debajo de todas las demás: "*Manan sapallaychu kasqani.*" *No estaba sola después de todo. El ayllu me sostiene.*

Esa noche hubo una fiesta en su patio — pequeña, y brillante, y llena de gozo — comida traída de muchas casas a muchos platos compartidos. Rafael miró alrededor los rostros iluminados por el fuego, viejos y jóvenes, los que se habían ido y los que se habían quedado, y entendió al fin, de golpe, aquello que la ciudad nunca había podido darle ni una sola vez. Aquello que ninguna cantidad de dinero puede jamás comprar, porque no se compra. Solo se construye, juntos.

Había viajado muy, muy lejos para encontrarlo. Y había estado aquí todo el tiempo.

. . .



CAPÍTULO Ocho

La palabra viaja en el viento

la plaza se llena otra vez

Después de aquello, fue como si se hubiera soltado algo que ya no se podía volver a recoger.

Rafael les escribió a los amigos que había dejado atrás en la ciudad — los otros jóvenes del valle que se habían ido persiguiendo las mismas imágenes brillantes y habían encontrado al final el mismo vacío gris. No trató de convencerlos de volver a casa. Solo les contó, con sencillez, lo que estaba pasando. Y les contó la verdad sobre sí mismo: que había estado vacío, y que ahora ya no lo estaba.

Y uno por uno, empezaron a venir.

Vinieron en los buses del amanecer con sus maletas de cartón y sus ojos cansados, medio avergonzados y medio esperanzados, diciéndose — igual que Rafael se lo había dicho — que solo venían de visita. Y uno por uno el valle hizo con ellos exactamente lo que había hecho con él. No les dio sermones, ni los avergonzó, ni les preguntó dónde habían estado. Simplemente les puso una herramienta en las manos, y un lugar en la mesa, y una canción en el aire de la tarde, y dejó que el vacío se volviera a llenar, calladamente, con aquello mismo por lo que había estado hambriento todo el tiempo.

Cada uno que venía le hacía más fácil venir al siguiente. Un hermano le escribía a un hermano. Una muchacha le mandaba razón a la amiga con

quien había compartido el cuarto sin ventana. Y el camino que por tanto tiempo se había llevado a los jóvenes empezó, por primera vez en toda una generación, a traerlos de vuelta a casa.

Y en las tardes, la plaza se llenaba.

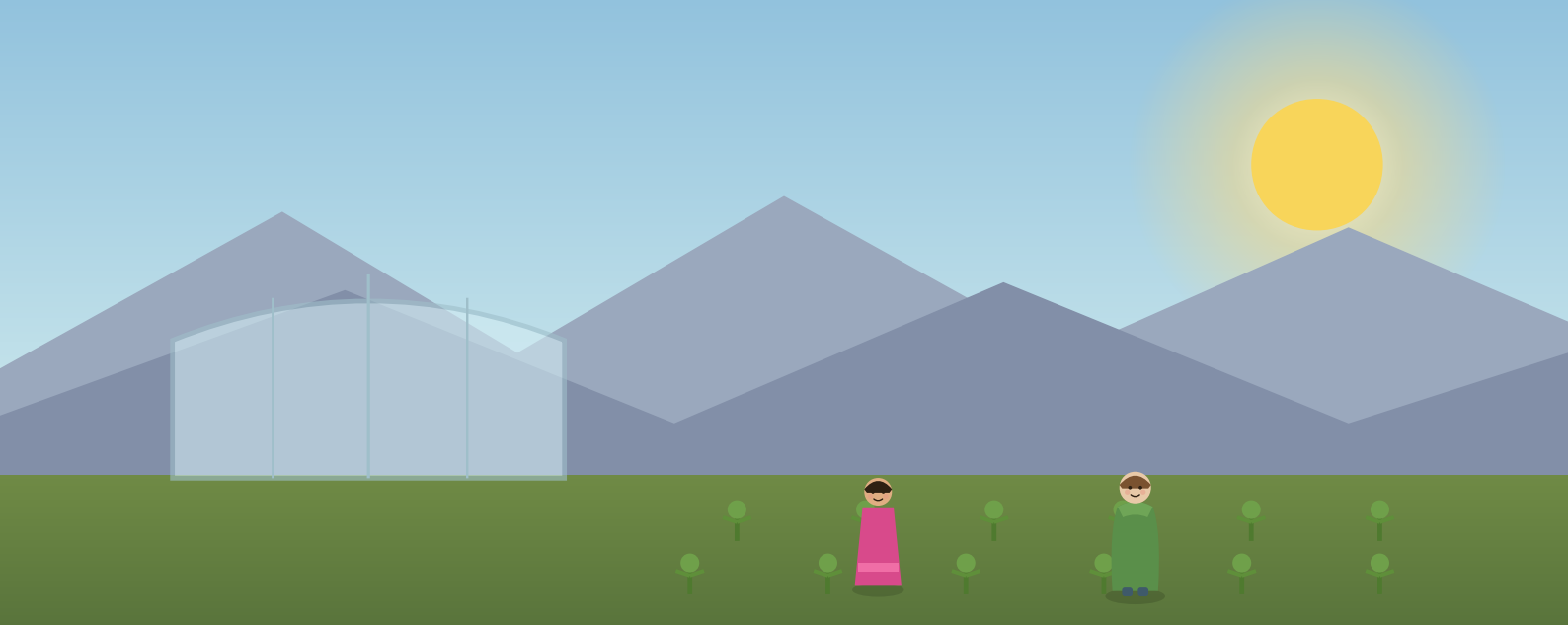
Se llenaba como se llenaba cuando los abuelos mismos eran jóvenes: con gente, todas las edades juntas, y con música. Las canciones de Don Emilio salieron al fin de su cabeza y se soltaron al aire abierto, y resultó que los jóvenes las recordaban después de todo, en algún lugar allá abajo, debajo de todo lo que la ciudad les había amontonado encima; las viejas melodías subían en ellos como el agua que encuentra un cauce que no había olvidado. Alguien sacó un tambor. Alguien encontró una quena. Y los niños que no tantos meses atrás se habían sentado tristes y pequeños en los fríos escalones de piedra ya no habrían podido encontrar ahora ni un momento libre para sentarse, aunque hubieran querido.

El valle estaba despertando. Se sentía en el aire, así como se siente venir la mañana antes de que el sol haya salido siquiera: un aclararse, un removerse, un aliento largamente contenido a punto de soltarse.

La semilla que los niños habían sembrado en la oscuridad había hecho lo que hacen las semillas. Se había abierto. Había mandado su primer brote verde hacia arriba, hacia la luz.

Y era apenas, apenas el comienzo.

. . .



CAPÍTULO Nueve

El invernadero y las huertas

el valle se alimenta a sí mismo

El pequeño terreno detrás de la casa de Kusi ya no era tan pequeño.

A lo largo de la estación había crecido — primero una pelusa verde, luego hojas, luego el pesado secreto hinchándose bajo la tierra — hasta que llegó la mañana en que desenterraron su primerísima cosecha, y de la tierra oscura salieron papas de todos los colores: rojas y doradas y de un violeta profundo y una tan oscura que era casi azul. Los niños las alzaban, con barro hasta los codos, riéndose, como si hubieran sacado un tesoro de la tierra. Que, por supuesto, era lo que habían hecho.

Pero un solo terreno no podía alimentar a un valle. Así que pensaron en algo más grande.

Con las semillas antiguas de Mama Rosa y el saber de una docena de abuelos, empezaron a abrirse huertas por todo Písaq — en los patios, y en las terrazas que los antepasados habían tallado y que todos habían dejado que se llenaran de maleza. Los cultivos de antaño volvieron a casa: las cien papas, el maíz de arcoíris, los granos pequeños y fuertes que habían alimentado al valle durante mil años y que la vida comprada en la tienda casi había dejado deslizarse hacia el olvido.

Y aquí los jóvenes que habían vuelto a casa trajeron un regalo propio.

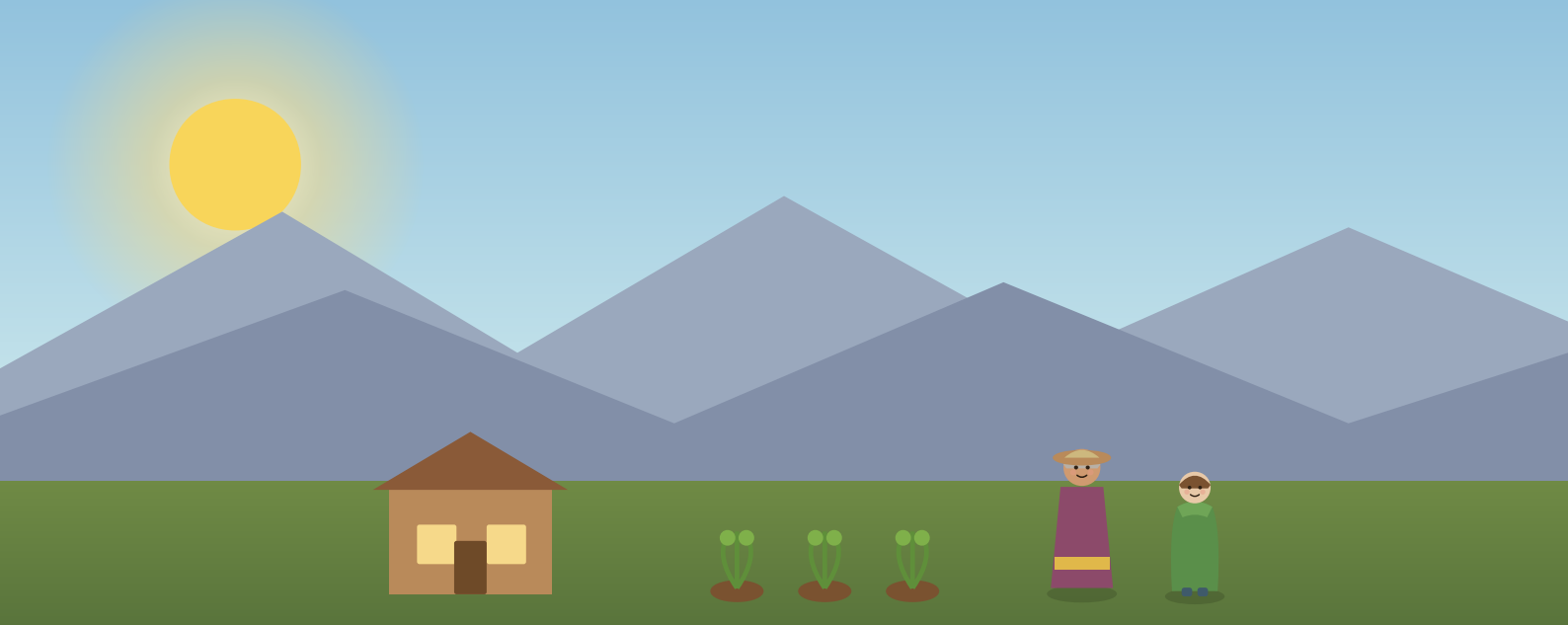
Porque la ciudad no había estado *solamente* vacía. Rafael, en sus años grises allá, había aprendido cosas — cómo construir, cómo arreglar, cómo hacer

que una cosa terca funcione — y ahora lo volcaba todo hacia el bien. Él y los jóvenes que habían regresado construyeron invernaderos: ingeniosos cuartos tibios de vidrio y luz donde las cosas verdes podían crecer incluso a través de las noches frías y claras de las altas montañas, cuando la helada antes las habría matado. Era algo nuevo. No era la manera antigua. Y los abuelos, lejos de molestarse, estaban encantados — porque esto también era la ley más antigua del valle, solo que vestida con ropa nueva. **Ayni**, el dar que va en ambas direcciones. Las montañas le habían dado a Rafael sus raíces; la ciudad le había dado un oficio; y ahora ponía los dos juntos en la misma tierra, y todos comían.

La comida que había llegado, no hacía tanto, en bolsas crujientes de la tienda — brillante y dulce y vacía — llegaba ahora una vez más de la tierra, de donde toda comida siempre había venido de verdad. Y sabía, en eso estuvieron de acuerdo todos los niños, a algo que las bolsas nunca habían tenido ni una sola vez. Sabía a las manos que la habían cultivado. Sabía a hogar.

Para el fin del año, Pisaq se alimentaba a sí mismo. No porque alguien le hubiera comprado los medios, sino porque lo habían cultivado — juntos, de la tierra y del saber antiguo y los unos de los otros. La abundancia que la ciudad le había prometido a Rafael y nunca le había dado estaba por fin aquí, tibia y real y compartida en sus propias dos manos. Y nadie había pagado ni una sola moneda por ella.

. . .



CAPÍTULO Diez

Sumaq Kawsay — La Casa que Sana

el valle crece bien

De todas las cosas que los años callados le habían quitado al valle, la más pesada era esta: la gente no había estado bien.

Se había ido metiendo despacio, como todo lo demás. Los alimentos de antaño que mantenían fuerte a un cuerpo habían cedido su lugar a los brillantes y vacíos. Las plantas que sanaban, que crecían en esos mismos cerros, se habían cambiado por costosas cajas de la farmacia del pueblo, compradas con un dinero que siempre faltaba. Y una enfermedad que no tiene nombre — el dolor callado de la gente que ha medio olvidado quién es — se había posado sobre el valle como una baja nube gris. Los cuerpos dolían. Los corazones estaban pesados. Y demasiados, como Mama Benita antes de que le levantaran el techo, sencillamente habían aprendido a soportarlo solos.

Los niños lo habían visto en los rostros de los ancianos que visitaban. Y ahora, con las huertas verdes y la plaza cantando, se volcaron hacia ello.

Don Feliciano abrió el camino, por supuesto — el anciano que conocía cada planta de la montaña. Volvió a caminar los cerros altos, aunque sus rodillas se quejaron todo el trayecto, y esta vez una docena de niños caminaban a su lado, y aprendieron: la hoja gris verdosa para el estómago que duele, la flor que baja la fiebre, la raíz que calma la tos, la hierba que desanuda una

mente preocupada. Cien medicinas verdes, creciendo libres en las laderas sobre sus cabezas, que el valle casi había olvidado que le pertenecían.

Y le construyeron una casa — un lugar donde las plantas se pudieran recoger y secar y dejar listas, donde los enfermos pudieran venir y ser atendidos, donde el saber de un viejo sanador y las manos dispuestas de un joven se pudieran encontrar. La levantaron con una *mink'a*, todo el pueblo prestando el hombro; y cuando estuvo terminada le dieron el nombre más verdadero que conocían.

La llamaron *Sumaq Kawsay*. *La vida hermosa*.

Pero la medicina más honda de esa casa no era ninguna hoja ni ninguna raíz, y los niños lo descubrieron casi por casualidad — mientras los abuelos sonreían al verlos hallar lo que ellos mismos habían sabido desde siempre. Era esto: que buena parte de la enfermedad había sido *soledad*. Que gran parte de lo que aquejaba al valle era sencillamente que la gente había llegado a sentirse no vista, y no necesitada, y sola. Y por eso la casa sanó eso primero. A nadie que llegara a Sumaq Kawsay se le dejaba jamás solo con su dolor. *Mana pi sapallanchu*. Siempre había una mano que sostener, una taza tibia, un rostro que de verdad se alegraba de verlos.

Y así el valle empezó, calladamente, a sanar.

Los enfermos empezaron a florecer. Los tristes empezaron a reír de nuevo. El color volvió a rostros que habían estado grises largo, largo tiempo. No sucedió de golpe, y no sucedió por magia alguna — sucedió por la buena comida, y la medicina verde, y el cuidado, y el pertenecer, que son (decían los abuelos) las únicas medicinas que de verdad han funcionado jamás. La gente venía de más y más lejos a sentarse un rato en la casa que sanaba, y se iban llevando no solo un remedio en la mano sino algo más tibio en el pecho: el recuerdo de la sensación de estar bien, y sostenidos, y en casa.

Sumaq Kawsay. No era solo el nombre de la casa. Estaba volviendo a ser, una vez más, el nombre del valle entero.

. . .



CAPÍTULO Once

El cuidado de la Pachamama

lo que se da, regresa

Quedaba un paciente, y era el más grande de todos. Era el valle mismo.

Los niños habían estado tan ocupados cuidando a la gente que hizo falta que Illa, una mañana clara, se detuviera a ver el conjunto entero. Las laderas que en las historias antiguas se habían alzado oscuras de bosque estaban ahora peladas, sus árboles cortados hacía mucho y jamás repuestos, la tierra desnuda deslizándose un poco más con la lluvia de cada estación. El riachuelo que atravesaba el pueblo — que debía haber corrido plateado y cantando — arrastraba en cambio la brillante y triste deriva del plástico y los desechos olvidados del pueblo. A la Tierra que los alimentaba a todos se le había quitado, cosecha tras cosecha, y no se le había devuelto casi nada.

Y no devolver nada, como cada niño del valle ahora entendía en los huesos, es lo único que la ley antigua no permite.

—Pachamama nos alimenta —dijo Illa en voz baja, mirando los cerros pelados y pardos—. Cada uno de los días de nuestra vida. ¿Y qué le hemos dado nosotros alguna vez?

Así que se volvieron, por fin, hacia la Tierra misma.

Empezaron por los cerros. Los niños cargaron plantones ladera pelada arriba — los árboles nativos, los que de verdad pertenecían a ese lugar, criados de semilla en los nuevos invernaderos — y los plantaron por cientos,

y luego por miles: pequeñas promesas verdes salpicando la ladera parda, árboles que seguirían de pie, altos y llenos de pájaros, mucho después de que los propios niños fueran abuelos. Los ancianos caminaron con ellos y les mostraron dónde habían brotado antaño los manantiales, y cómo las raíces de un bosque llaman de vuelta a casa al agua perdida.

Limpiaron el riachuelo después, metiéndose en el agua para levantar los desechos hasta que corrió limpio otra vez sobre las piedras, como corría cuando los abuelos eran chicos. Y le hicieron un lugar a lo que el pueblo dejaba, de modo que lo que podía volver a la tierra volviera — convirtiéndose en alimento oscuro y rico para esas mismas huertas — y lo que no, se juntara y se mantuviera lejos del agua y de los campos.

Fue lento, y no fue vistoso, y no había nadie en ninguna parte que les pagara una moneda por un solo momento de ello. Pero poco a poco, el valle les respondió. Las laderas se suavizaron de verde. El agua volvió a correr limpia y fría, y los pájaros volvieron a beber de ella. Y la *Pachamama*, atendida por fin por las mismas manos que ella había alimentado durante tanto tiempo, empezó — como la gente, como todo en ese valle ahora — a sanar.

Porque esto era lo que los niños entendían ahora, hasta el fondo: lo que el largo olvido gris le había hecho olvidar al mundo entero. Que no se puede solamente tomar. Que todo lo que está vivo está atado a todo lo demás por la misma ley antigua — el dar que regresa, *ayni* — la gente a los ancianos, los ancianos a los niños, el valle a la Tierra, y la Tierra, sin fin y sin que se le pida, de vuelta a todos ellos.

La semilla se había vuelto una huerta. La huerta se estaba volviendo un valle entero y vivo. Y aun así — aun así — apenas empezaba.

. . .



CAPÍTULO Doce

La Casa de la Cultura

el valle recuerda su canto

Un pueblo no es solamente un cuerpo al que hay que alimentar y sanar. Un pueblo es también una canción. Y las canciones del valle, como todo lo demás, se habían ido apagando.

Así que una vez que las huertas estuvieron verdes y la casa que sanaba estuvo llena de vida, los niños se volvieron hacia lo último y lo más hondo — la parte que no se puede comer ni se puede curar, y sin la cual no se puede vivir: la cultura misma. La música. Las historias. El tejido. Las danzas que los pies de los antepasados habían desgastado en la tierra de la plaza mil años atrás.

Le construyeron una casa, como habían construido una casa para sanar — una Casa de la Cultura, un lugar tibio para reunir los instrumentos antiguos, para armar los telares, para encender un fuego y contar las viejas historias en la oscuridad. Y a ella entraron los ancianos, cargando el tesoro que solo ellos guardaban todavía.

Don Emilio vino con sus canciones — los cientos de ellas, las que había cantado tanto tiempo solo para sí mismo — y ahora se las enseñaba a cualquiera que quisiera aprender, y resultó que todos querían. Mama Benita vino con su telar y les enseñó a los niños a tejer el valle entero en la tela: los ríos y las montañas, los antepasados y las estrellas, todo hablando en hilo de colores — una biblioteca entera escrita en lana. Y cada anciano de Písaq, al parecer, cargaba una historia — de cómo se hizo el mundo, de las montañas

que alguna vez fueron gente, del zorro astuto y del cóndor paciente — y junto al fuego, en las tardes, las regalaban todas.

Esto era *willakuy* — la manera más antigua de enseñar que existe, de abuela a nieto, la historia vertida en un corazón abierto. Así había llevado el valle mil años sin escribir jamás una sola palabra de ello. Y ahora, por fin, tenía de nuevo un hogar.

Los niños aprendieron las danzas, tropezando y riéndose, mientras los viejos aplaudían y corregían y recordaban sus propios pies jóvenes. Aprendieron las canciones hasta que las melodías vivieron en ellos del modo en que vivían en Don Emilio. Y despacio el valle se volvió a llenar del sonido de sí mismo — no el sonido metálico que se había filtrado tanto tiempo de las pequeñas pantallas que brillaban, sino el sonido de verdad, el hondo, el que hacen las manos vivas y las voces vivas en un lugar vivo.

Un forastero que pasara por Písaq ahora, al atardecer, quizás se habría detenido en la plaza y se habría preguntado en voz alta en qué gran fiesta había ido a caer. Y se habría asombrado al saber que no era ninguna fiesta. Era solo un martes cualquiera. Era solo un valle, recordando su propia canción.

. . .



CAPÍTULO Trece

La Academia de los Antepasados

para que nunca se pierda otra vez

Había un miedo que los niños llevaban en silencio, por debajo de toda la alegría. Fue Kusi quien por fin le puso nombre, una noche junto al fuego.

"Despertó una vez", dijo. "El olvido. Podría despertar de nuevo." Miró alrededor los rostros iluminados por las llamas. "Cuando Mama Rosa ya no esté, cuando todos ellos se hayan ido, ¿dónde vivirá entonces? Todo esto. Las semillas, las plantas, los cantos, el tejido, la manera de levantar un techo en un solo día. ¿Cómo hacemos para que nunca más vuelva a estar a punto de perderse?"

Y la voz del abuelo regresó a ella, desde aquella primera noche dorada: *No lo harás sola*. Y comprendió lo que tenían que construir a continuación.

No una casa esta vez. Una escuela.

Pero no una escuela de pupitres y pantallas y niños obligados a estarse quietos y callados; el valle ya había visto de sobra lo que esa clase de enseñanza hacía. Esta sería una escuela de *manos*. Un lugar donde todo el saber del valle pudiera pasarse de mano en mano, a propósito, para que nunca más pudiera escurrirse entre los años y casi desaparecer. La llamaron la Academia de los Antepasados. Cada anciano de Písaq era maestro allí. Cada niño era alumno, y, muy pronto, maestro también.

En sus huertos los niños aprendían a cultivar: cada sembrío, cada estación, la lectura del suelo y de la nube y de la luna. En sus talleres aprendían a construir: al modo antiguo, con adobe y con viga, y al modo nuevo que Rafael había traído de la ciudad, los dos puestos lado a lado. En Sumaq Kawsay aprendían a sanar, caminando por los cerros altos con Don Feliciano hasta que las cien medicinas verdes fueran suyas. En los telares y junto al fogón aprendían a tejer, y a cantar, y a contar. Y los jóvenes que habían vuelto de la ciudad también enseñaban: sus letras y sus números y sus raras y útiles destrezas de ciudad, porque el *ayni* va en los dos sentidos, y cada clase de saber tiene su lugar en la mesa.

Y había una cosa más que la Academia enseñaba, aunque jamás se escribió en pared alguna. Se enseñaba solo por la manera de ser de los ancianos, y por la manera de ser de Kusi y de Illa y de Rafael: que los que guían, en este valle, son sencillamente los que más sirven. Que ser digno de mucha confianza no es recibir un trono, sino una carga más pesada, y llevarla con gusto. Los niños lo aprendían sin una sola lección, del modo en que uno aprende la forma de su propio hogar: viviendo dentro de él.

Ahora el saber estaba a salvo. No encerrado en el pecho de una sola anciana, ni apagándose en la memoria de un solo anciano, sino vivo y en movimiento, de mano en mano, de anciano a niño, de año en año, del modo en que un río está a salvo: no por quedarse quieto, sino por mantenerse fluyendo.

El olvido no volvería. Los niños se habían encargado de ello. Habían construido la única cosa que hace a un pueblo verdaderamente inolvidable para sí mismo: habían enseñado a los que venían cómo enseñar.

. . .



CAPÍTULO Catorce

La Fiesta del Nuevo Amanecer

en lo que se habían convertido

Y entonces, cumplido un año en la misma estación desde que tres niños tristes se sentaron en los escalones fríos y una luz cálida salió del crepúsculo, el valle hizo una fiesta.

No una pequeña. La más grande que nadie pudiera recordar, ni siquiera el abuelo más viejo, ni siquiera Mama Rosa, que era más vieja que nadie. Una fiesta para alzar hacia la luz todo lo que había crecido.

Pusieron las mesas a lo largo de toda la plaza, allí en el pueblo de Písaq, en lo alto del Valle Sagrado del Perú, donde las grandes montañas se inclinan cerquita para mirar. Y llenaron las mesas con lo de los huertos: las cien papas y el maíz de colores y toda la comida que venía de la tierra y sabía a hogar. Los cantos de Don Emilio se derramaban sobre todo. Los niños bailaban las danzas que alguna vez habían tropezado y ahora sabían de memoria. Vinieron los sanados, caminando sueltos y riendo. Vinieron los que habían vuelto a casa, ya no vacíos, con los brazos alrededor de los amigos que habían traído consigo. Y los abuelos se sentaron en el lugar de honor — escuchados, necesitados, amados— y se encendieron, todos y cada uno, como lámparas.

Kusi se quedó al borde de todo aquello un momento, solo para mirar. Y pensó en los dos que habían salido de la luz dorada aquella primera noche y le habían dicho que el valle era apenas una semilla. Miró la plaza ahora —

llena, y cantando, y resplandeciente— y pensó: *se levantó. Abuela. Abuelo. Se levantó.*

Y aunque nunca después habría podido decir del todo por qué, estuvo de pronto y por completo segura de que ellos estaban allí, de que en realidad nunca se habían ido lejos, tal como lo habían prometido. *Más cerca de lo que crees.* Muy por encima de la plaza, sin que casi nadie lo notara, un gran pájaro oscuro trazó un lento círculo contra el cielo del atardecer, ladeó una sola ala, y desapareció. *Kuntur*, llevando aviso, quizás, hacia donde esperan los antiguos, de que los niños habían hecho justamente aquello para lo que habían nacido.

Toda historia en el valle termina con las mismas dos palabras, y esa noche el valle entero *era* la historia. *Mosoq Paqariy.* El nuevo amanecer. Y el secreto que la abuela había guardado para el final de todo —que el nuevo amanecer no es un tiempo, sino un *quién*— ya no era secreto en absoluto. Se podía leer en cada rostro alrededor de aquellas mesas largas y luminosas. Los niños no habían esperado a que un nuevo amanecer llegara.

Se habían vuelto ellos mismos el amanecer.

Ya entrada la noche, cuando los más chiquitos se habían dormido en regazos tibios y el gran fuego se había consumido hasta las brasas, Rafael dijo lo que estaba, callado, en todos sus corazones. Miraba más allá de la lumbre, valle oscuro abajo, hacia los otros pueblos donde las luces eran pocas.

"Ellos todavía no tienen esto", dijo en voz baja. "Taray. Coya. Lamay. Todos ellos, nuestros vecinos." No estaba triste al decirlo. Era otra cosa, algo con un fuego adentro. "Siguen sentados en los escalones fríos. Como estábamos nosotros."

Kusi siguió su mirada valle abajo, largo y oscuro, y sintió el carbón de su propio pecho avivarse brillante y seguro.

"Entonces", dijo, "más vale que vayamos a contarles."

Y esa es la siguiente parte de la historia.

. . .



CAPÍTULO Quince

La chispa que viaja

ofrecida, nunca impuesta

El problema era que no se le puede regalar a alguien un nuevo amanecer.

Los niños lo aprendieron pronto, y eso los volvió humildes. No puedes entrar al pueblo de un vecino y anunciar que has hallado el secreto de la buena vida y que más les vale empezar a vivirla de una vez. No es así como funciona el valle. No es así como funciona nada verdadero. Una cosa así no se puede empujar. Solo se puede ofrecer, y prender, del modo en que una vela toma su llama de otra: solo si la segunda vela está dispuesta.

Así que no bajaron a Taray, el pueblo más cercano río abajo, como maestros. Fueron como amigos.

Un pequeño grupo de ellos recorrió el camino del río una mañana: Illa, porque nadie con vida era mejor para hacer que un desconocido se sintiera de la familia; Rafael, porque él había sido alguna vez justamente el que necesitaba ser prendido; y un puñado de otros, cargando un atado de las semillas de Mama Rosa y nada más en absoluto. No llevaron un discurso. Se llevaron a sí mismos.

Taray los miró con recelo al principio. ¿Por qué habían venido los jóvenes de Písaq? ¿Qué querían? Pero Illa no quería nada. Solo hacía preguntas —sobre los huertos de Taray, sobre sus propios ancianos, sobre sus propios cantos— y escuchaba las respuestas como si fueran las cosas más fascinantes que

hubiera oído jamás. Cosa que, para ella, de veras lo eran. Y poco a poco el recelo se fue derritiendo, como siempre pasa en el calor de alguien que está genuina y gustosamente curioso por ti.

Nunca dijeron: *hagan lo que nosotros hicimos*. Dijeron: vengan y vean lo que ha estado creciendo en Písaq: los ancianos enseñando de nuevo, la plaza cantando, los enfermos poniéndose bien. Vengan y vean, y si algo de ello es bueno para ustedes, es suyo. Y lo decían de todo corazón. Cuidaban, siempre, de una cosa por encima de todas: nunca dijeron una sola vez que su manera fuera *mejor*. Solo que era la suya, y que los había hecho felices, y que había más que de sobra para todos. Un huerto, decía Illa —lo había aprendido de su propia abuela— es hermoso por sus muchas flores. No porque todas sean iguales.

Y antes de que se fueran, unos pocos niños de Taray —los curiosos, los que llevaban la misma callada añoranza que Kusi había cargado alguna vez en los escalones fríos— tomaron un pequeño puñado de las semillas. Esa misma tarde, en un rincón olvidado de Taray, se limpió y se removió y se sembró un pedazo de tierra dura. Exactamente como se había limpiado y removido y sembrado otro pedazo, a un pueblo y a un año de distancia.

Era una cosa tan pequeña. Apenas unas cuantas semillas en la oscuridad.

Pero a estas alturas, los niños de Písaq sabían muy bien lo que unas cuantas semillas en la oscuridad podían hacer.

. . .



CAPÍTULO Dieciséis

Vecino ayuda a vecino

ningún pueblo se levanta solo

Aquí está lo que hizo que se extendiera como un amanecer, y no como un incendio: a ningún pueblo se lo dejó nunca levantarse solo.

Cuando los primeros huertos de Taray brotaron verdes, la gente de Písaq no se limitó a asentir desde el otro lado del río y volver a sus propios asuntos. Vinieron. Trajeron sus espaldas fuertes y su saber ganado con esfuerzo, y ayudaron a Taray a levantar su propio invernadero, su propia casa de sanación, su propia Casa de la Cultura; no haciéndolo *por* ellos, sino haciéndolo *con* ellos, hombro con hombro, del modo en que el pueblo entero había levantado alguna vez el techo de Mama Benita en un solo día.

Y entonces pasó algo que fue más hermoso que cualquier cosa que los niños hubieran planeado.

Taray, ya levantada, se dio la vuelta e hizo exactamente lo mismo por el pueblo siguiente.

La gente de Taray —que apenas una estación antes había sido la desconfiada, la que estaba sentada en sus propios escalones fríos— subió valle arriba hasta Coya, resplandeciendo con esa alegría tan particular de quienes acaban de recibir algo precioso y no pueden esperar a regalarlo. Y a su lado caminaba la gente de Písaq. Y juntos ayudaron a Coya a despertar. Y luego Písaq y Taray y Coya, los tres, siguieron hasta Lamay. Y Lamay, ya

levantada, se sumó a la creciente multitud que subía el camino hacia San Salvador, y hacia Calca, y más allá, valle reluciente abajo.

Era **ayni**, pero vuelto enorme ahora, ayni entre pueblos enteros: hoy por ti, mañana por mí, de pueblo a pueblo, a todo lo largo del valle. **Kunan qanpaq, paqarin noqapaq**. Nadie construyó solo. A nadie se lo dejó en los escalones fríos una sola estación más de lo que a los otros les tomaba llegar hasta él.

Y cada pueblo, al despertar, despertaba como *sí mismo*. Taray no era copia de Písaq, ni Coya copia de Taray. Cada uno tenía sus propios cantos, sus propias danzas, su propio maíz particular, su propia manera de hacer las mismas cosas hondas. Los niños se habían mantenido tan fieles a su única regla que esta se había vuelto la regla de todo el valle: nunca que una manera fuera mejor, solo que cada una era una flor, y el valle iba creciendo hasta ser un huerto, hermoso justamente por sus muchas flores distintas.

Y una persona parada en lo alto de la ladera al atardecer ahora, mirando hacia abajo, habría visto algo que no veía desde hacía muchísimo tiempo. Luces. Luces cálidas, encendiéndose una tras otra a todo lo largo del valle — en pueblos que habían estado oscuros y callados por años— como si el valle mismo estuviera lenta y deliberadamente abriendo los ojos.

. . .



CAPÍTULO Diecisiete

El valle tejido en uno

un solo ayllu de pueblos

Cuando dos años más hubieron pasado, ya no se podía decir de verdad que Písaq había despertado, ni que Taray lo había hecho, ni Coya. Se había vuelto más cierto, y mucho más grande, decir algo del todo distinto: el valle estaba despierto.

Desde Písaq en un extremo hasta Ollantaytambo en el otro — pasando por Coya y Lamay y Calca y Urubamba, y subiendo hasta Chinchero en su alta llanura barrida por el viento — pueblo tras pueblo había encendido sus huertas y levantado sus casas de sanación y recordado sus propias canciones antiguas, cada uno a su manera y en su tiempo, y todos ahora unidos por la misma corriente cálida que corría entre ellos como el río mismo.

Y así, una temporada, celebraron un encuentro como el Valle Sagrado no había visto en la memoria de los vivos. No la fiesta de un solo pueblo, sino todos a la vez: una gran reunión del valle entero, donde cada pueblo enviaba a su gente, su música, su mejor comida y sus semillas para intercambiar.

Era una maravilla estar allí. Los tejedores de Taray intercambiaban patrones con los tejedores de Urubamba. Los sanadores de Calca caminaban por los cerros junto a los de Písaq, comparando las medicinas verdes que cada uno había guardado. Canciones antiguas que un pueblo había conservado y otro había perdido se entregaban con generosidad de fogata en fogata, para que nada verdadero pudiera volver a perderse del todo mientras un solo pueblo

aún lo recordara. Y las semillas que Mama Rosa había puesto entre las manos de Kusi, aquella lejana tarde dorada, se habían multiplicado en cien manos y habían viajado a lo largo del valle y habían vuelto más ricas de lo que se fueron — porque eso es lo que hacen las semillas, y las canciones, y el amor, y todas las demás cosas que solo se hacen más grandes al ser regaladas.

Este era el *ayllu* — la palabra antigua para la comunidad, la familia más allá de la sangre — pero crecido ahora a un tamaño que los mismos antepasados apenas habrían podido soñar: un valle entero convertido en un solo ayllu, decenas de pueblos latiendo como un gran corazón, mientras cada uno conservaba su propio rostro amado.

Kusi — que ya no era del todo una niña — se paró en medio de aquella enorme multitud alegre y recordó una semilla alzada en la luz dorada, y una voz que había dicho: *la levantarás más alto de lo que jamás ha estado*. Pensó que el abuelo estaría contento. De algún modo estaba muy segura de que lo estaba.

Pero esa noche, mientras el gran encuentro se apagaba y las fogatas ardían bajas, Kusi se encontró mirando no *hacia abajo* del valle — que ahora estaba lleno de luz — sino *hacia arriba*. Más arriba de las andenerías y de la línea de los árboles, hasta donde las grandes montañas se alzaban oscuras y silenciosas contra las estrellas. Y supo que allá arriba, en los lugares altos que los caminos no alcanzaban, había otras comunidades todavía. Las olvidadas. Las que ni siquiera el valle despierto había subido aún a alcanzar — las que llevaban esperando más tiempo que todas.

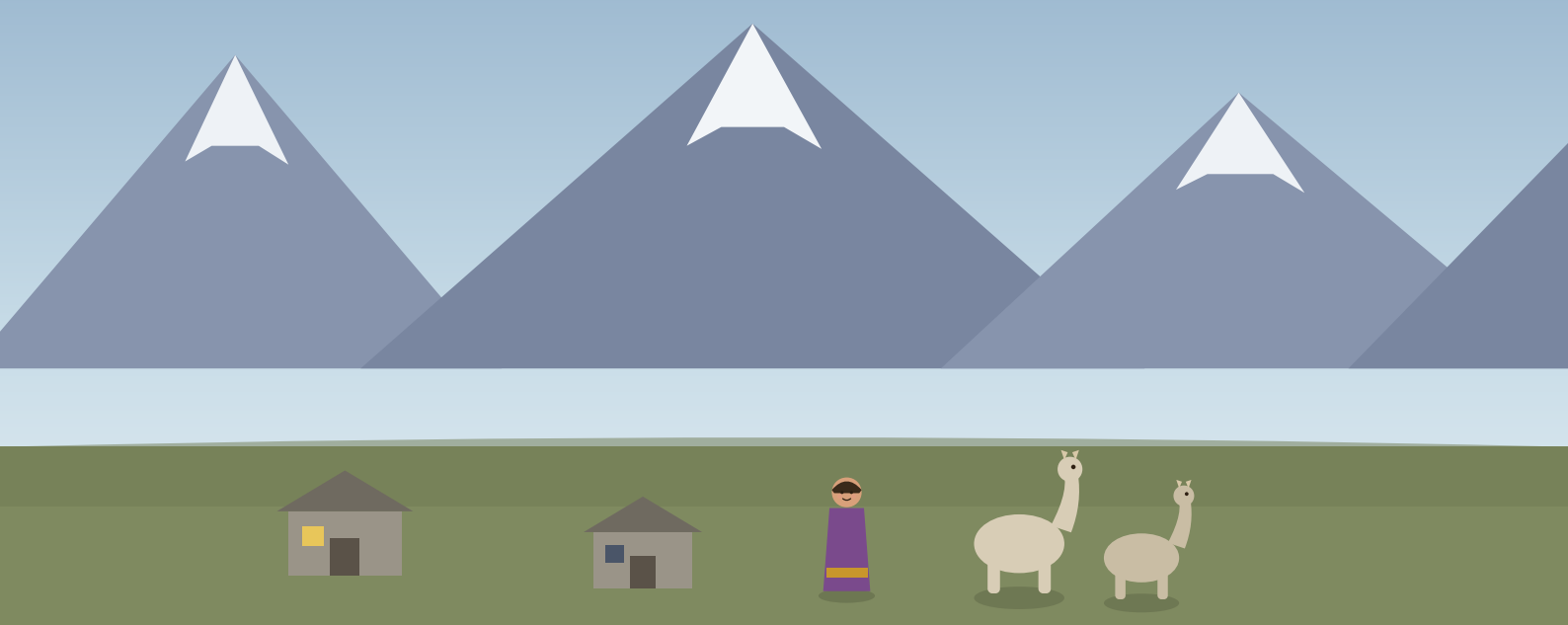
Cruzó la mirada con Illa a través de la luz del fuego y vio que su amiga contemplaba las mismas montañas oscuras, pensando exactamente lo mismo.

—No hemos terminado, ¿verdad? —dijo Illa en voz baja.

—No —dijo Kusi—. Ni de cerca.

Y esa es la siguiente parte de la historia.

. . .



CAPÍTULO Dieciocho

Los que el mundo dejó atrás

las comunidades altas

Hay un Perú que los mapas muestran, y hay un Perú que no muestran. Por encima del Valle Sagrado — más alto de lo que suben las andenerías, más alto de lo que los caminos se atreven a llegar, allá donde el aire se vuelve delgado y frío y las nubes caminan por el suelo — hay pueblos. Han estado allí más tiempo que los pueblos del valle, más tiempo que casi cualquier cosa. Y el mundo moderno, con todo su apuro, sencillamente había olvidado que existían.

Los niños conocían sus nombres, del modo en que uno conoce los nombres de parientes lejanos que nunca ha visto: Chahuaytiri. Pampallacta. Amaru. Paru Paru. Cuyo Grande. Comunidades de casas de piedra y rebaños de llamas y chacras de papa inclinadas contra el mismísimo cielo, donde la gente aún vivía casi como habían vivido sus tatarabuelos — porque nadie había subido nunca a decirles que había otra manera, y, hay que decirlo, porque nadie había subido nunca a ayudarlos tampoco.

Tenían menos que nadie. Ningún invernadero había entibiado nunca sus noches brutales; ninguna casa de sanación había aliviado nunca a sus enfermos; ningún camino había llevado nunca a un médico ni a un maestro hasta sus puertas. Si el largo olvido gris había sido cruel con el valle, había sido más cruel aún con las alturas — pues a las alturas no las había tanto olvidado como nunca se había molestado en recordarlas siquiera.

Y así, de todos los lugares que necesitaban el nuevo amanecer, estos lo necesitaban más que ninguno. Los niños sabían que tenían que subir.

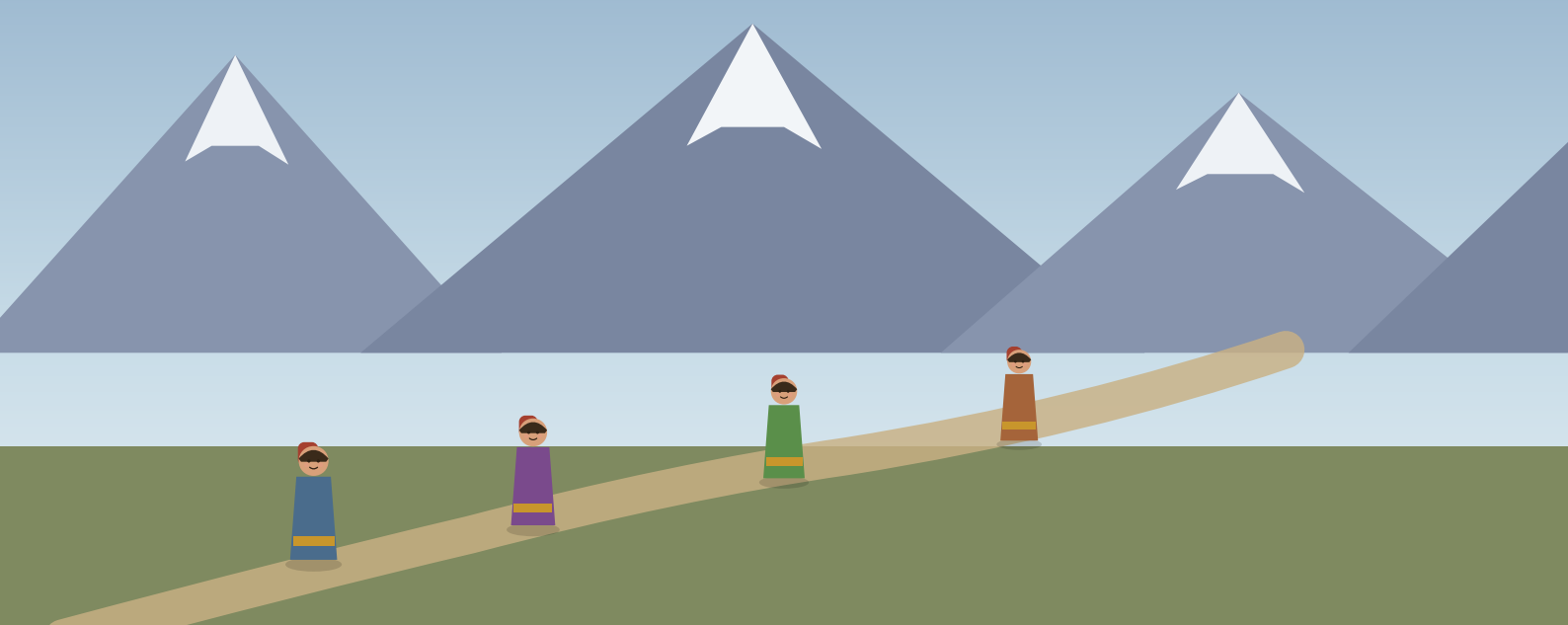
Pero antes de partir, Mama Rosa llamó a Kusi a su lado — Mama Rosa, muy anciana ya, que apenas dejaba su silla, aunque sus ojos no habían perdido nada de su luz. Tomó la mano de la niña.

—Escúchame —dijo—. Vas a subir a ayudarlos. Bien. Pero subes a *escuchar* más que a hablar. Esa gente de allá arriba —y señaló con un dedo torcido hacia el techo, hacia las cumbres más allá de él— cuando el mundo vino y lo cambió todo aquí abajo, nunca llegó hasta ellos. ¿Entiendes lo que eso significa, niña? Significa que *conservaron* cosas. Cosas que nosotros perdimos. Cosas que yo misma apenas recuerdo ahora a medias. No están detrás de nosotros. —Su mano apretó más fuerte—. En el sentido más antiguo que existe, están delante de nosotros. No estás subiendo a enseñarles a tus abuelos. Estás subiendo a *encontrarlos*.

Kusi no la entendió del todo, aquel día.

Lo haría.

. . .



CAPÍTULO Diecinueve

La larga subida

la semilla baja por la ladera

La subida fue dura.

El camino se acabó temprano, y después de eso no era más que un hilo de sendero, zigzagueando de un lado a otro por laderas tan empinadas que los niños muchas veces no miraban el suelo de adelante sino el suelo de *arriba*. El aire se adelgazó hasta que cada respiro había que ganárselo. El valle se encogió detrás y debajo de ellos hasta que todo su largo resplandeciente — todos aquellos pueblos que habían ayudado a despertar — no era más que una cinta verde allá abajo en el mundo, y las grandes cumbres que siempre se habían alzado tan altas sobre Písaq ahora quedaban a su nivel, y luego, por fin, debajo.

Llevaban semillas, y herramientas, y medicinas de Sumaq Kawsay, y cosas tejidas y abrigadas, y su fuerte esperanza joven. Estaban listos para regalarlo todo. Estaban listos, creían, para encontrar gente que no tenía nada.

Y entonces llegaron a la última cuesta, al pueblo de Amaru, y se detuvieron, y se quedaron mirando.

Era pobre — no había cómo negarlo. Las casas eran de piedra y pequeñas, el viento era un cuchillo, y la vida allá arriba le pedía a un cuerpo más en un solo día que lo que el valle le pedía en una semana. Pero los niños habían llegado esperando vacío, y lo que encontraron en cambio los dejó mudos.

Porque la gente de las alturas nunca había olvidado.

Como el mundo nunca había venido a hacerlos olvidar, lo habían conservado todo — entero, e intacto, y vivo. Las ceremonias antiguas que el valle apenas ahora reaprendía con esfuerzo, esta gente nunca había dejado de celebrarlas ni una sola vez. Las canciones que Don Emilio había guardado como las últimas brasas de un fuego que se apaga, aquí arriba pueblos enteros las cantaban sin pensar, del modo en que otra gente respira. Y sus semillas — cuando una anciana de Amaru abrió su depósito para mostrárselas, a Kusi se le cortó el aliento en la garganta, pues hacía que hasta el precioso atado de Mama Rosa pareciera pequeño: papas en colores y clases de las que el valle había perdido hasta los nombres, semillas que habían crecido en aquel aire delgado y frío durante cuatro mil años sin un solo quiebre en la cadena.

Habían venido a llevarle la semilla a la montaña. Y la montaña, resultó, era donde la semilla había estado guardada más a salvo desde siempre.

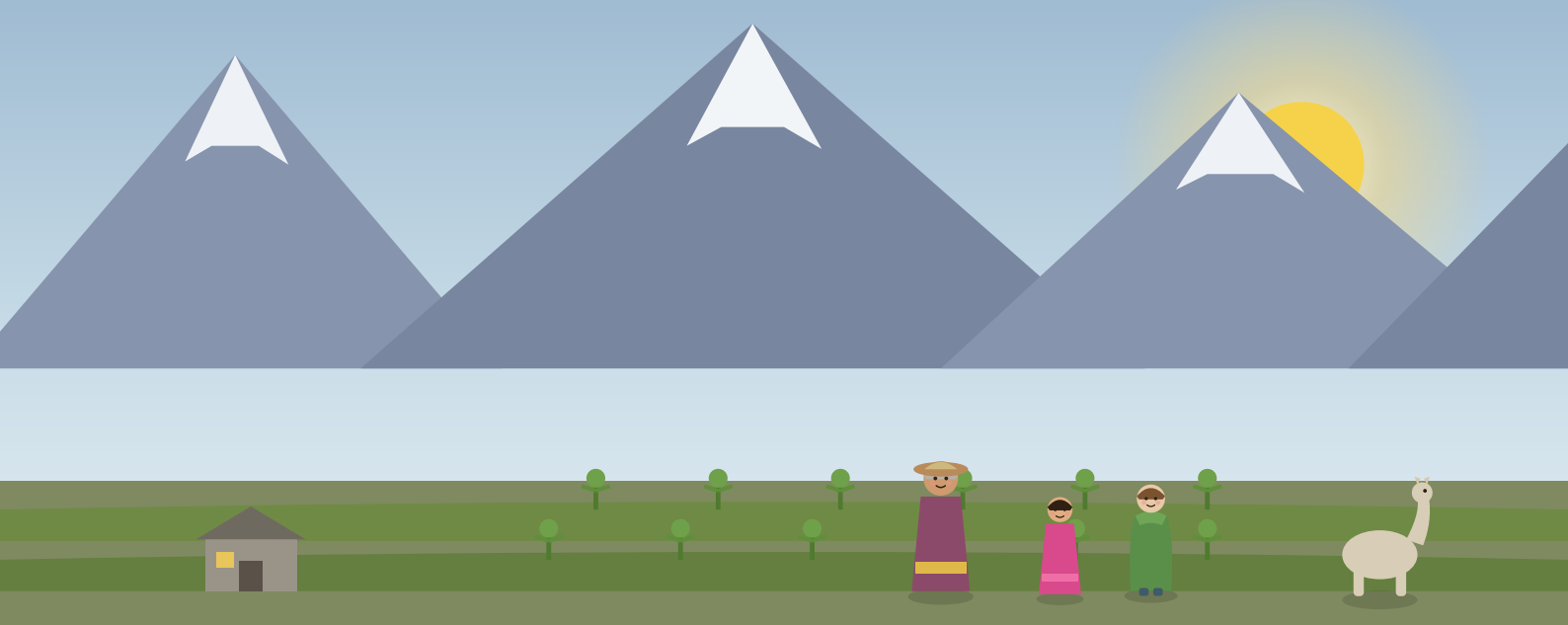
Kusi entendió por fin a Mama Rosa. *No estás subiendo a enseñarles a tus abuelos. Estás subiendo a encontrarlos.*

Y sin embargo el dar seguía corriendo en ambos sentidos, como siempre debe ser — pues esa es la ley. Porque aunque la gente de Amaru era rica en el alma antigua, estaban cansados en el cuerpo, y terriblemente solos, y por mucho tiempo habían creído que el mundo de abajo los había olvidado para siempre. Y ahora aquí estaban los niños del valle, subidos por el sendero terrible con mantas abrigadas y medicina y, sobre todo, con el hecho simple y asombroso de haber venido siquiera. De haber recordado. De haber *subido*.

Un anciano de Amaru lloró, y no se avergonzó de ello. —Pensábamos —dijo— que ya nadie volvería nunca.

—Vinimos —dijo Kusi—. Y seguiremos viniendo. Ustedes son parte del valle. Siempre lo fueron. Solo olvidamos el camino de subida. No lo volveremos a olvidar.

Esa noche, en lo alto sobre el mundo, valle y montaña se sentaron juntos alrededor de un mismo fuego — los que habían ganado las nuevas destrezas del cuerpo, y los que habían guardado las antiguas del alma — y cada uno le dio al otro lo que llevaba, y ninguno llevó la cuenta, y ambos se hicieron ricos. **Ayni**. Siempre, al final, ayni.



CAPÍTULO Veinte

Las huertas más altas

Waqaychaq, los guardianes

Se quedaron mucho tiempo en las alturas aquella temporada, y volvieron a la siguiente, y a la siguiente, hasta que el sendero hacia Amaru y Chahuaytiri y Pampallacta y Paru Paru ya no fue un hilo olvidado sino un camino tan andado que se había gastado liso.

Y entre el valle y la montaña comenzó un gran intercambio — el más rico de todos los intercambios hasta entonces.

Subieron las cosas que las alturas habían estado demasiado solas y demasiado frías para construir por sí mismas: los ingeniosos invernaderos, para que aun en el techo del mundo las cosas verdes pudieran crecer a través de las noches que matan; las medicinas de Sumaq Kawsay; manos jóvenes y fuertes para lo más duro del trabajo. Y bajó el tesoro de las alturas: las semillas de cuatro mil años, las canciones intactas, las ceremonias guardadas enteras, la honda y antigua manera de vivir con la montaña que el valle solo había conservado en pedazos. Las papas más antiguas de Paru Paru se sembraron una vez más en las huertas de Písaq. Las canciones de Amaru se cantaron de nuevo en la Casa de la Cultura. La semilla no solo subió. La semilla *bajó*.

Pues este era el secreto que la montaña le enseñó al valle — el mismo que Mama Rosa había tratado de darle a Kusi desde el principio: que a los que el mundo llama "atrasados" muchas veces, en las cosas que más importan, son los que van más adelante. Que la gente que parece más pobre puede ser la

guardiana más rica. Que el progreso no siempre va hacia adelante, y el tesoro no siempre brilla, y el futuro de todo un pueblo puede estar más a salvo que en ninguna parte en las manos que el presente olvidó.

Los ancianos de las alturas tenían un nombre para lo que eran, y para lo que habían hecho a lo largo de todos los largos años olvidados — guardando mil años de vida en el lugar más duro de la tierra, mientras el mundo de abajo pasaba de prisa y ni una sola vez levantaba la mirada. Eran **Waqaychaq** — los guardianes. Los que conservan. Y ahora, por fin, no lo conservaban solos. El valle entero, del suelo a la cumbre, se había vuelto una sola cosa: lo alto y lo bajo, lo antiguo y lo nuevo, cada uno sosteniendo lo que el otro casi había perdido — como dos manos sostienen un mismo cuenco de agua, para que no se derrame ni una sola gota.

Kusi se paró una tarde en la huerta más alta de todas, allá en Amaru, entre hileras de papas más viejas que cualquier reino, con todo el valle vivo extendido verde y resplandeciente muy abajo y las grandes cumbres ardiendo doradas arriba — y sintió a los dos abuelos tan cerca que casi se dio vuelta a buscarlos. *La levantarás más alto de lo que jamás ha estado.* Más alto, pensó, y tuvo que reírse de la palabra, parada como estaba en la mismísima cima del mundo. Más alto de lo que jamás había estado. En todos y cada uno de los sentidos que existían.

El valle estaba entero ahora. Verdaderamente entero — del río a la nieve, del invernadero más nuevo a la canción más antigua — un solo **ayllu** por fin, una sola familia desde el suelo del valle hasta el techo del cielo.

Y una cosa así de entera, y así de encendida, no permanece escondida por mucho tiempo.

Allá abajo en el valle, los viajeros habían empezado a llegar. No muchos, al principio. Pero venían de lejos, de allende los mares — y empezaban a notar que algo aquí era distinto. Que algo aquí estaba *despierto*.

Y esa es la siguiente parte de la historia.

. . .



CAPÍTULO Veintiuno

El valle que brilló

una luz encendida para ser vista

Los años pasaron, como pasan los años: rápido, cuando están llenos. Y llegó una tarde —aunque nadie habría podido decirte nunca cuál exactamente— en que el valle estaba, sencillamente, del todo, *bien*.

Cada pueblo tenía ya sus huertos, y sus invernaderos, y su casa de sanación, y su Casa de la Cultura, y su Academia donde los mayores enseñaban y los niños aprendían y, a su vez, enseñaban. A cada comunidad de las alturas se había subido, y se le había dado la bienvenida de vuelta a casa. Las semillas estaban a salvo, en mil manos. Las canciones estaban a salvo, en mil gargantas. El olvido había terminado.

Pero era mucho más que la suma de las cosas que habían construido. Era aquello en lo que la gente misma se había convertido. Los enfermos habían sanado, y seguían sanos —porque ahora comían de la tierra, y las plantas los curaban, y el *ayllu* los sostenía. Los tristes se habían vuelto alegres, y seguían alegres —porque ya nadie, nunca más, quedaba solo. Los jóvenes habían vuelto a casa y habían encontrado justo aquello que la ciudad les había prometido y jamás les había dado. Y a los viejos se les habían devuelto las dos cosas que el mundo moderno les había quitado en silencio: ser necesitados, y ser escuchados. Campesinos y tejedores, sanadores y cantores, maestros y constructores y abuelas y niños —cada clase de persona tenía un lugar, y un don, y una parte en el todo.

Y aquí viene la parte más extraña y más hermosa —la parte que los visitantes casi no podían creer cuando la oían por primera vez. Nadie lo había hecho por dinero. No había habido ningún hombre rico que lo pagara, ni gobierno que lo financiara, ni nadie en absoluto que le *comprara* al valle su nueva vida. La gente simplemente había decidido, todos juntos, construir con sus propias manos y su propio amor justo aquellas cosas que el dinero no es más que una manera de perseguir: comida suficiente, un hogar cálido y seco, medicina para los enfermos, belleza, música, y la compañía de personas que no te dejarán solo en la oscuridad. Habían querido la cosecha, así que la habían sembrado. Habían querido la canción, así que la habían cantado. Y resultó que casi todo lo que un corazón humano de verdad necesita no se puede comprar en absoluto. Solo se puede cultivar, y compartir —y cuanto más se comparte, más crece.

Así que aquella tarde —y todas las tardes que vinieron después— si te hubieras parado en lo alto de la ladera y hubieras mirado hacia abajo, habrías visto el valle entero brillando. Luz cálida en cada ventana, a todo lo largo, desde el río hasta la nieve. Un valle de luz, en un mundo que se había vuelto muy oscuro, y muy cansado.

Y una luz así, decían siempre los antiguos, no se enciende para esconderla. Una luz así se enciende para que se vea.

. . .



CAPÍTULO Veintidós

Los viajeros que lo llevaron a casa

el amanecer cruza el océano

Siempre habían llegado viajeros al Valle Sagrado.

Desde que alguien tiene memoria habían venido —de cada país del mundo— a caminar entre las viejas piedras de los antepasados, a subir a los templos en ruinas entre las nubes, a buscar el misterio que, según habían oído, vivía en estas montañas. Venían buscando algo. La mayoría no habría sabido decirte bien qué.

Pero ahora encontraban algo que no habían venido a buscar en absoluto.

Venían por las ruinas —las piedras silenciosas— y encontraban en cambio un pueblo gloriosa, desbordantemente vivo. Habían esperado el fantasma de una gran cultura, guardada a salvo tras cuerdas en el pasado. Y entraban de lleno en medio de una que estaba despierta, y construyendo, y cantando, ahora mismo, en tiempo presente: niños subiendo semillas por las terrazas verdes, abuelas enseñando en el telar, un valle entero de luz. Los detenía donde estaban parados. No era lo que las guías de viaje habían prometido. Era muchísimo más.

Y algo les hacía por dentro.

Porque cuando un viajero se sentaba a una de aquellas largas mesas de fiesta, y era recibido como de la familia, y veía a un anciano llorar de alegría

por ser escuchado, y probaba comida que una niña había cultivado con sus propias manos —algo se removía en su interior, muy hondo: un recuerdo que no era del todo suyo. Pensaban en su propio país, tan lejano. En el pueblo de su propia abuela, quedándose en silencio. En sus propias canciones antiguas, medio olvidadas. En las cosas buenas y verdaderas que sus propios antepasados habían conocido, y que su propio mundo apurado había dejado escurrirse entre los dedos. Y sentían, a veces por primera vez en toda su vida, una nostalgia por un hogar que nunca habían sabido que habían perdido.

El valle jamás les dijo que se volvieran *como* el valle. Ese nunca fue el regalo. Así se lo decía Illa, y también Mallki —que entendía los dos mundos mejor que nadie— una y otra vez, a cada viajero que preguntaba cómo podría llevarse esto a casa: *No nos copien. Nosotros somos una flor; ustedes son otra. Vuelvan a casa y encuentren sus propias raíces: sus propias semillas, sus propios mayores, sus propias canciones. La buena vida no solo crece aquí. Puede crecer en cualquier parte. Ya está dormida, ahora mismo, en la tierra de dondequiera que ustedes vengan. Vuelvan a casa, y despiértenla.*

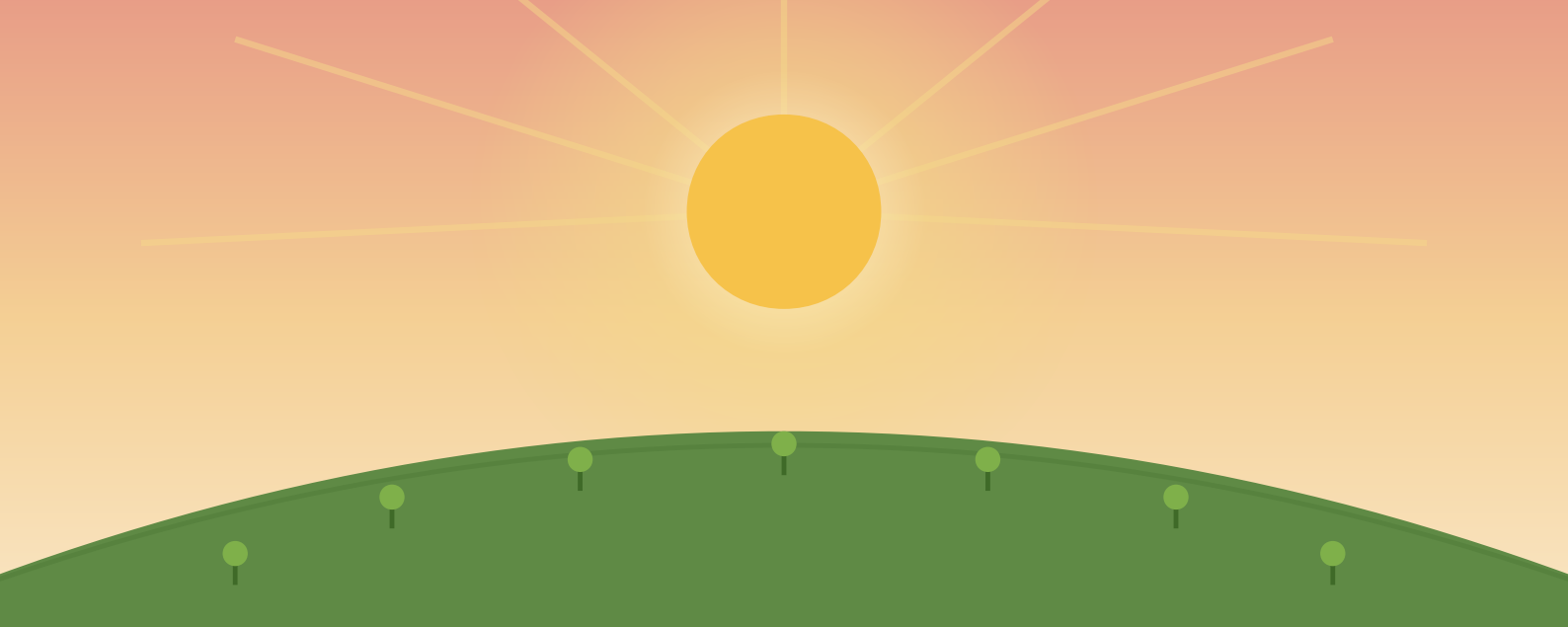
Un jardín es hermoso por sus muchas flores. No porque todas sean iguales.

Y así volvían a casa —a cien países, cruzando cada mar— sin llevar ningún recuerdo que cupiera dentro de una maleta, sino algo mucho más grande, y mucho más liviano: una semilla. Y aquí y allá, en tierras que los niños de Písac nunca verían, empezaron a plantarse jardines. Empezaron a visitarse a los mayores. Y pueblos que se habían ido quedando en silencio, en valles con otros nombres bajo otros cielos, empezaron —muy suavemente, de a una pequeña semilla por vez— a despertar.

El nuevo amanecer ya no era solo del valle.

Había cruzado el océano.

. . .



CAPÍTULO Veintitrés

Mosoq Paqariy — El Nuevo Amanecer

el gran giro

Los antepasados tenían una palabra para esto. Habían sabido que llegaría —lo habían sabido, y le habían dado nombre, y lo habían esperado, a lo largo de mil años.

Lo llamaban *Pachakuti*. El gran vuelco. El trastorno de un mundo envejecido y enfermo, y el nacimiento, desde su propia tierra, de uno nuevo. Los antiguos siempre habían dicho que volvería a llegar. Lo que quizás no habían dicho —lo que tal vez ni ellos mismos habían sabido— era *cómo* comenzaría.

No con un ejército. No con un rey, ni una fortuna, ni un acontecimiento grande y terrible.

Comenzó con tres niños que no podían dormir, en unos peldaños de piedra fría, y una luz cálida que salió del anochecer, y una sola semilla apretada en la tierra oscura a la mañana siguiente por unas pocas manos pequeñas.

Así es como comienzan las cosas más grandes. Así es como han comenzado siempre. El árbol más grande de todo el bosque fue una vez una semilla lo bastante pequeña para perderse en la palma de tu mano —y no llegó a ser árbol por la fuerza, ni por el apuro, ni por haber sido comprado. Llegó a ser árbol por haber sido plantado, y por no darse por vencido, a lo largo de todo el largo trabajo oscuro y paciente de las raíces que nadie ve jamás.

Y ahora el vuelco se movía por toda la faz de la tierra. No como un valle conquistando el mundo —esa es la vieja manera cansada, y era justamente la manera que ahora estaba terminando— sino como valle tras valle, tierra tras tierra, pueblo tras pueblo, cada uno despertando a sí mismo, cada uno recordando su propia buena vida, cada uno volviéndose su propia flor en el único gran jardín del mundo. El amanecer no rompe en un solo lugar y se detiene. Sigue rodando alrededor de la tierra que gira, y toca cada tierra a su turno, y no deja a ninguna en la oscuridad.

Mosoq Paqariy. El nuevo amanecer. La promesa de los antepasados, cumplida al fin —y cumplida, según resultó, por los más pequeños y los más improbables y los más pasados por alto de todos: por los niños, y por las abuelas, y por la gente olvidada de las alturas. Por justamente aquellos que el viejo mundo cansado no había tenido en nada.

Lo habían volcado. Los niños habían volcado la era.

Y el sol salió, aquella mañana, sobre un mundo que —muy calladamente, y en todas partes a la vez— empezaba a acordarse de sí mismo.

. . .



CAPÍTULO Veinticuatro

Esto es real — y eres tú

la puerta se abre

Y ahora la historia debe decirte una última cosa —la más importante de todas. Y para decirla, la historia tiene que hacer algo que las historias casi nunca hacen. Tiene que levantar la mirada, fuera de la página, directo hacia ti: quien la está leyendo.

Porque este es el secreto que estuvo escondido dentro de todo este libro desde el mismísimo comienzo, guardado —como la abuela guardaba el suyo — para la última página.

Esto no es solo una historia.

Pisac es un lugar de verdad. Podrías ir. El Valle Sagrado es real —el río, las terrazas, las grandes montañas que velan, las altas comunidades olvidadas con sus nombres verdaderos: Amaru, Chahuaytiri, Pampallacta, Paru Paru. Son reales. Están ahí ahora mismo, mientras lees esto.

Y **Allin Kawsay** —la buena vida, la vida hermosa, el valle de luz— también es real. Está naciendo. No érase una vez, sino *ahora*, en tu propia vida, en este mismísimo mundo en el que sostienes este libro. Los niños de esta historia son los niños de aquel valle. Y la semilla que plantaron en la oscuridad es real, y está creciendo, y el amanecer en que se convirtieron está, real y verdaderamente, en este preciso instante, comenzando a levantarse.

No solo estabas leyendo sobre ello. Al leerlo —al dejarlo entrar— ya te has vuelto, un poquito, parte de ello.

¿Te acuerdas de lo que dijo el abuelo, aquella primera noche dorada, cuando los niños preguntaron cómo podrían hacer alguna vez algo tan enorme? Dijo: *Empieza pequeño. Mañana, planta una sola cosa. Lo demás vendrá solo.*

No solo les hablaba a ellos.

Dondequiera que estés —en cualquier país, en cualquier valle, en cualquier clase de hogar— hay cerca de ti un jardín esperando a ser plantado. Hay cerca de ti un mayor, en una banca al sol, con un mundo entero dentro de él y nadie que se detenga a escuchar. Hay algo viejo y bueno y verdadero, en el lugar de donde vienes, que calladamente se está quedando en silencio. No tienes que esperar a ser grande. No tienes que esperar el dinero, ni el permiso, ni que otro dé el primer paso. Puedes empezar exactamente como empezaron ellos —pequeño, y hoy, y con amor. Planta una sola cosa. Visita a un solo mayor. Reúne a un solo amigo. Así es como ha comenzado cada nuevo amanecer en toda la historia del mundo. Y así es como comenzará este también, dondequiera que estés.

Porque la abuela les contó el secreto a los niños —y ahora la historia te lo cuenta a ti, sin rodeos, una última vez, lo más verdadero que sabe.

El nuevo amanecer no es un tiempo. No es algún día. No es otro lugar.

Mosoq Paqariy.
*El nuevo amanecer eres **tú**.*

En lo alto de las montañas del Perú, donde los ríos corren fríos y claros, el valle está despertando. Y está esperando —con sus jardines, y sus canciones, y su larga mesa servida— a que todos los demás valles del mundo despierten también.

Incluido el tuyo.
Incluida tú.

Kausachun Allin Kawsay · Mosoq Paqariy.
Viva la buena vida. Y el nuevo amanecer —que eres tú.



MOSOQ PAQARIY · LIBRO DOS

Las Crónicas del Valle Sagrado

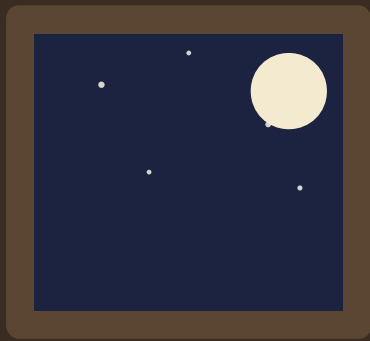


LA HISTORIA SE HACE REAL

La Puerta en la Historia

donde el cuento se vuelve vida

AMISTAD SAGRADA · YACHAY WASICHA · ANTIGUOS APUS · PISAQ



CAPÍTULO Uno

El libro que te leyó a ti

la recursión comienza

En lo alto de las montañas del Perú, en el pueblo de Písaq, en una casita con una lámpara tibia encendida, una niña llamada Nina leía un libro.

Era tarde. Afuera de su ventana las grandes montañas se alzaban negras contra las estrellas, y el pueblo se había quedado en silencio, y todos los demás en su casa dormían hacía rato. Pero Nina no podía dormir. Había llegado a las últimas páginas de su libro, y no lo habría soltado ni aunque el techo hubiera salido volando de la casa.

Era un libro sobre su valle. Sobre niños muy parecidos a ella, en un pueblo muy parecido al suyo, que una tarde se habían puesto tristes porque el mundo se estaba quedando poco a poco en silencio — y que habían sido visitados, en una noche sin sueño, por dos abuelos hechos de luz dorada. Era un libro sobre una semilla sembrada en la oscuridad, y un valle que despertó, y un amanecer que se extendió desde un pequeño pueblo hasta el ancho mundo entero.

Y ahora Nina había llegado a su última página. Y en esa página había cuatro palabras, apartadas, solitas — como a veces están las cosas más importantes.

Las leyó despacio.

El nuevo amanecer eres tú.

Y Nina levantó la mirada del libro.

Ahora bien — aquí es donde pasa algo extraño, y debo contártelo con cuidado, porque es lo más verdadero de todo este libro.

Cuando Nina levantó la mirada de su libro, estaba haciendo exactamente lo mismo que estás haciendo *tú*, en este mismísimo instante, sosteniendo *este*.

Ella leía. Tú lees. Ella sostenía un libro sobre el valle. Tú sostienes un libro sobre el valle. Y cuando leyó aquellas cuatro palabras — *el nuevo amanecer eres tú* — y sintió que algo se daba vuelta calladamente en su pecho, una pequeña puerta que nunca había sabido que estaba ahí abriéndose apenas una rendija... pues bien. Quizás tú también lo sentiste, hace un momento. Aquel pequeño vuelco. Aquella callada apertura.

Porque hay una puerta dentro de cada uno de nosotros — un pequeño lugar quieto de silencio y de saber — y ciertas palabras, leídas en ciertas noches, tienen la manera de encontrarla, y de tocar.

Nina se quedó muy quieta, y escuchó los golpecitos.

El libro había dicho que el nuevo amanecer era *ella*. Pero eso era solo una historia... ¿verdad? Una hermosa historia. Kusi e Illa y el arbolito llamado Mallki, los abuelos dorados, el valle entero de luz — seguramente estaban hechos solo de palabras y de deseos. ¿O no?

Y sin embargo.

Cuanto más se quedaba Nina con aquello, menos segura se sentía. Porque el valle del libro era *su* valle. Las montañas del libro eran las mismísimas montañas de afuera de su ventana. El mercado, el río, las terrazas trepando por la ladera — las conocía todas; las había caminado ese mismo día. Y si los lugares eran reales... entonces, ¿cuánto más podría serlo?

No podía dormir. Se bajó de la cama y fue de puntitas hasta su ventana, y miró las formas oscuras de las montañas — los **Apus**, así los había llamado el libro, los antiguos que velan por el valle — y sintió exactamente lo que los niños de la historia habían sentido, en aquella primera noche sin sueño, antes de que llegara la luz. Como si estuviera esperando algo. Como si algo estuviera a punto de comenzar.

Todavía no lo sabía. Pero tenía razón.

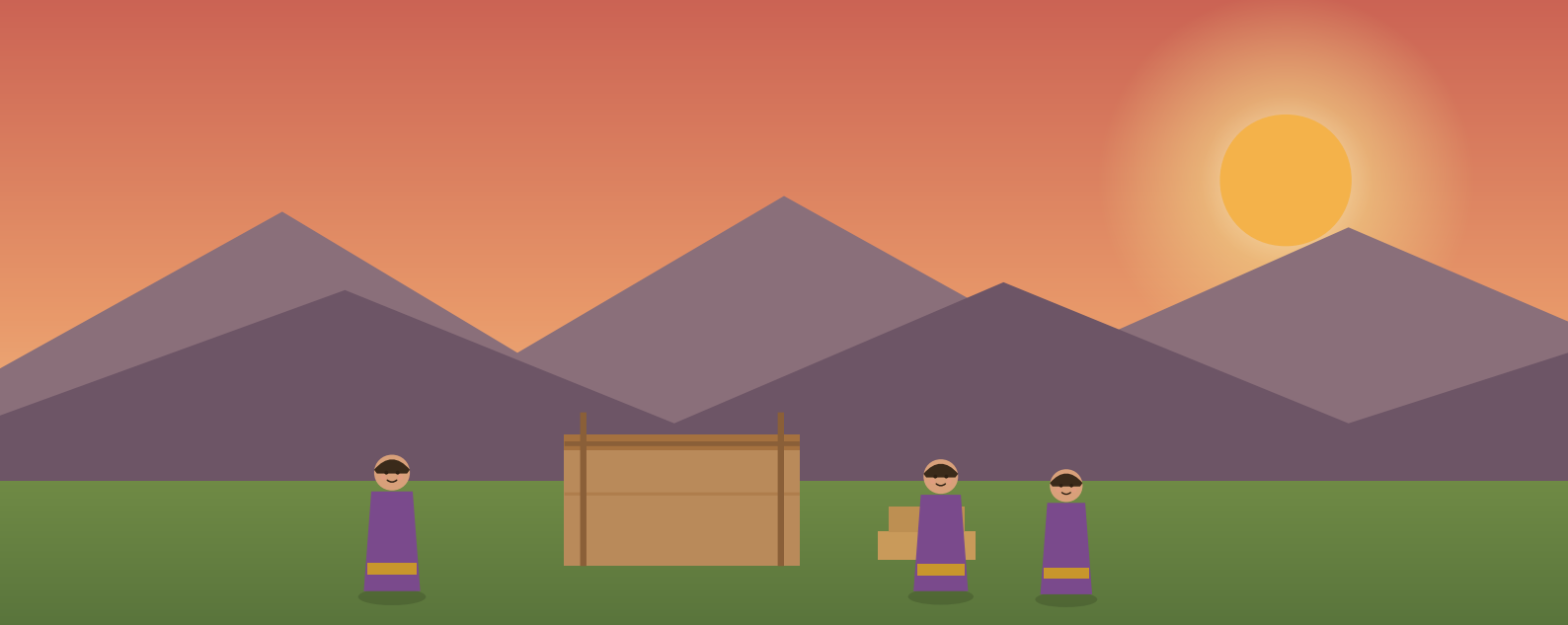
Porque el libro que Nina tenía en las manos no había terminado del todo con ella. De hecho — y este es el secreto que toda la historia había estado

guardando, reservado hasta ahora, como una abuela guarda lo más dulce para el final — el libro apenas comenzaba a contarle la verdad.

Y la verdad era esta: todo era real. Y había sido real, y había estado creciendo calladamente, en la oscuridad, todo el tiempo que ella había estado leyendo.

Déjame mostrarte cómo.

. . .



CAPÍTULO Dos

Los constructores que nadie vio

el andamiaje de la gracia

Este es el secreto.

Todo el tiempo que la historia se estuvo contando — todo el tiempo que los niños en cien casas la leían junto a sus lámparas, y el gran mundo de afuera seguía corriendo en sus asuntos ruidosos y atareados — algo se estaba construyendo en el valle. Calladamente. Tan calladamente que casi nadie lo notó siquiera.

No construido por magia. Esa es la parte que a la gente más le cuesta creer, y es la parte más maravillosa de todas. Se construyó con *manos*. Manos de verdad, manos comunes — las manos de gente que amaba el valle y amaba a sus niños — trabajando, año tras paciente año, mientras todos los demás miraban hacia otro lado.

Compraron un pequeño pedazo de tierra. Pusieron unos cimientos, piedra por piedra. Levantaron muros de adobe, a la manera antigua, del mismísimo barro y paja del valle. Reunieron maestros, y herramientas, y semillas, y libros. Remendaron y prepararon y dejaron todo listo — como un jardinero voltea y riega un cantero de tierra mucho antes de que haya una sola cosa verde que mostrar. Como una madre hace un hogar tibio y esperando en los meses callados antes de que nazca su bebé.

Durante quince años hicieron esto. Quince años — más de lo que Nina llevaba viva.

Y lo hicieron calladamente, a propósito. No para esconderse, sino porque las cosas más verdaderas y más hondas casi siempre se construyen así. No con trompetas y anuncios y multitudes — sino calladamente, con constancia, día a día, por unas pocas manos fieles, a un costado de dondequiera que todos los demás estén mirando. Una semilla, después de todo, hace su trabajo más importante bajo la tierra, en la oscuridad, donde nadie puede ver. Nadie le aplaude jamás a una semilla. Simplemente crece, porque crecer es para lo que fue hecha.

Pero aquí está la razón más hermosa de todas por la que lo construyeron tan calladamente. Lo estaban construyendo *para los niños*. Querían que estuviera listo — de verdad listo, terminado y tibio y esperando — para que un día los niños pudieran simplemente entrar, y encontrarlo hecho. Como a veces uno despierta en una mañana fría y descubre que alguien que lo ama se levantó antes que uno en la oscuridad, y prendió el fuego, e hizo el desayuno, y entibió todo el cuarto — para que lo único que uno tuviera que hacer fuera abrir los ojos, y ser recibido.

Eso es lo que hace el amor, cuando nadie mira. Se levanta temprano. Lo deja todo listo. Y luego se hace calladamente a un lado, y te deja creer que encontraste la mañana tú solito.

En la historia — ¿te acuerdas? — los abuelos dorados les prometieron a los niños que estaban *más cerca de lo que crees*. Pues bien. También lo estaban los constructores. A lo largo de toda la historia, justo del otro lado de sus páginas, en el mismísimo valle donde Nina ahora yacía despierta, gente de verdad estaba levantando algo real, piedra por paciente piedra, para que la historia tuviera dónde volverse verdad.

Y el corazón de todo lo que construyeron — la primera piedra, el centro tibio, la razón de todo lo demás — era una casa.

Una casa de una clase muy particular. Una casa construida no para dormir, ni para guardar grano, sino para algo que el valle casi había olvidado cómo hacer.

Una casa para *recordar*.

Y tenía un nombre.

. . .



CAPÍTULO Tres

Yachay Wasicha — La Casa del Saber

la historia y la vida se hacen una

La llamaron Yachay Wasicha.

En la antigua lengua del valle, **yachay** significa *saber* — no el saber frío de los datos machacados en un pupitre, sino el saber tibio del corazón y de las manos. Y **wasi** significa *hogar*. Así que Yachay Wasicha es la casita donde se hace el saber. El hogar del aprender. El lugar adonde los niños del valle vienen a recordar quiénes son.

Pero no debes imaginarte la clase de escuela que quizás estés imaginando — de esas con filas de pupitres duros, y niños obligados a quedarse quietos y callados, y un reloj en la pared arrastrando sus manecillas hacia el momento en que por fin puedan salir corriendo afuera. Yachay Wasicha no es nada de eso. El valle ya había visto de sobra esa clase de aprendizaje, y lo que le hace a la luz en los ojos de un niño.

No — Yachay Wasicha es una casa de jardines, donde los niños aprenden a cultivar. Es una casa de telares y tambores y canciones, donde los ancianos vienen a enseñar las viejas maneras con sus propias manos. Es una casa de cuentos contados junto al fuego, de semillas contadas en palmas abiertas, de pan todavía tibio de la tierra. Es una casa donde aprendes con tu *ser entero* — tus manos en la tierra, tu voz en la canción, tu corazón abierto de par en par — y donde a nadie, ni una sola vez, se le hace sentir que su propio valle

es algo que hay que corregir, o algo que se supera al crecer, o algo que hay que dejar atrás.

Es un puente. Esa es la palabra más verdadera para ella. No un muro, levantado para dejar afuera al gran mundo moderno que corre sin parar — sino un *puente*, para que los niños puedan un día entrar en ese mundo enteros, y arraigados, y sin miedo, llevando el valle a salvo dentro de ellos, y ofreciéndole al mundo una manera de vivir más gentil y más verdadera.

Y ahora te contaré aquello que hizo que Nina se sentara de golpe en su cama, en el momento en que por fin lo entendió.

Los niños de Yachay Wasicha — los niños *de verdad*, riendo en su patio de verdad, bajo el sol de verdad de la mañana, este mismísimo día — son los niños de la historia.

Kusi, cuyo nombre significa alegría. Illa, cuyo nombre significa luz. Mallki, el arbolito traído del otro lado del mar. Nunca estuvieron hechos *solo* de palabras. Fueron dibujados a partir de niños de verdad — niños con nombres de verdad y risas de verdad, que de verdad van a una casa de aprendizaje de verdad, en un pueblo de verdad llamado Písaq, en lo alto del verdadero Valle Sagrado del Perú.

¿Y el libro que contó su historia? Fue escrito desde dentro de esa mismísima casa. Sobre esa mismísima casa. Para los niños de esa mismísima casa.

Lo cual significaba — y este fue el momento en que la pequeña puerta se abrió del todo en el pecho de Nina — que el libro que ella sostenía no era una historia sobre alguien lejano, y de hace mucho tiempo.

Era una historia sobre *ella*. Sobre sus amigos. Sobre su valle, y su vida.

No estaba leyendo un libro.

Estaba leyendo un espejo.

Nina bajó la mirada al libro en sus manos, y luego la alzó hacia las montañas oscuras, y luego la bajó de nuevo al libro — y entendió, por primera vez, que los dos eran lo mismo. Que las páginas y el valle eran una sola cosa. Que había estado viviendo dentro de la historia todo el tiempo, y que apenas ahora había levantado la mirada, y se había dado cuenta.

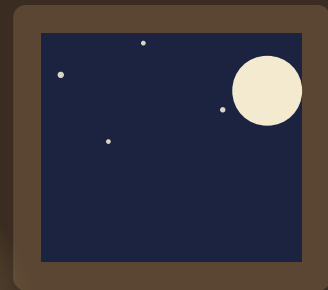
En algún lugar del pueblo oscuro y dormido — aunque Nina no podía verla desde su ventana — la puerta de Yachay Wasicha esperaba calladamente la mañana. Esperando, como había esperado a lo largo de quince pacientes años, a que los niños vinieran y entraran.

Y la única pregunta que quedaba en todo el mundo — la pregunta que este libro fue escrito para hacerle a ella, y, si has llegado hasta aquí, para hacértela a ti también — ya no era *¿es real?*

Era: *¿vas a entrar?*

Y esa pregunta tiene una respuesta. La respuesta es el resto de este libro. Así que da vuelta la página, amigo mío, y sigamos adelante juntos.

. . .



CAPÍTULO Cuatro

La plegaria en la cuna

lo que te susurraron

Nina no durmió esa noche. Y por la mañana — aunque sus pies parecieron decidirlo un poco antes que su cabeza — se encontró bajando por el pueblo que despertaba, pasando los puestos del mercado que se armaban para el día, hacia una casita en el mismísimo borde de Písaq, detrás de una puerta azul desteñida.

Conocía la casa. Todos la conocían. Allí vivía una mujer muy anciana — sola, o lo había estado, antes de que los niños del valle empezaran a venir a sentarse con ella, años atrás. Nina había pasado por esa puerta azul mil veces sin pensarlo dos veces.

Pero nunca, hasta anoche, había sabido el nombre de la anciana.

Ahora sí lo sabía. Porque lo había leído, en el libro. La abuela olvidada con el atado tejido de semillas de mil años — aquella a la que los niños recordaron.

Mama Rosa.

A Nina le temblaba un poco la mano al tocar. Y cuando la puerta azul se abrió, y la anciana apareció allí — pequeña, y encorvada, e imposiblemente vieja, con unos ojos que no habían perdido una sola gota de su luz — a Nina se le cortó la respiración en la garganta. Porque era *ella*. La mujer de las páginas, de pie en su propia puerta, en la mañana de verdad, en el mundo de verdad.

Mama Rosa miró a Nina por un largo momento. Y entonces sonrió, como si la hubiera estado esperando todo el tiempo.

—Terminaste el libro —dijo. No era una pregunta.

Nina solo pudo asentir.

—Entra, pues, hija —dijo Mama Rosa, haciéndose a un lado—. Hay fuego, y hay té, y hay muchísimo que un libro no puede contarte. Solo una anciana puede.

Adentro, junto al pequeño fuego tibio, Mama Rosa se acomodó en su silla, juntó sus manos ancianas, y comenzó.

—Quieres saber si es real. No habrías venido de otro modo, así que no voy a hacerte perder tu tiempo ni el mío. Sí. Es real, todo ello. Pero esa no es la pregunta que de verdad te mantiene despierta, ¿o sí? —Sus ojos centellearon—. La pregunta que te mantiene despierta es la que el libro te hizo en su mismísima última página. Si el nuevo amanecer eres, de verdad... *tú*.

Nina tragó saliva. —Sí —susurró.

—Entonces déjame contarte un secreto más viejo que el libro. Más viejo que yo — y yo soy muy vieja. —Mama Rosa se inclinó hacia adelante—. Cuando naciste, hija — el mismísimo día en que abriste por primera vez los ojos en este mundo — alguien se inclinó sobre ti, muy cerca, y te susurró algo al oído.

Nina frunció el ceño. —No me acuerdo de eso.

—Claro que no. Eras una bebé. Pero sucedió. Le ha sucedido a cada niño de este valle, en una cadena sin romperse, por mil años y más. Tu madre lo hizo — o tu abuela, o una tía, o quienquiera que te sostuvo primero. Se inclinaron muy cerca, y susurraron — no siempre en palabras; a veces solo en la manera en que te sostenían — una especie de oración.

—¿Y qué susurraron? —preguntó Nina.

—La esperanza más antigua que existe —dijo Mama Rosa con suavidad—. Que eres amada. Que perteneces aquí. Que llevas algo precioso dentro de ti — un don, una luz, una semilla — que un día el mundo va a necesitar. Y que cuando llegue el momento justo, lo recordarás, y lo entregarás. —Sonrió—. Esa es la oración en la cuna, pequeña. Se nos susurra a cada uno de nosotros antes de que podamos siquiera entender las palabras. Y luego crecemos, y olvidamos que alguna vez la oímos. Pero no se va. Espera —

enroscada, pequeña y paciente en la parte más honda de nosotros, como una semilla en la oscuridad.

Nina se quedó muy quieta. Porque podía sentirlo — estaba casi segura de que podía sentirlo — aquella cosa pequeña, enroscada, paciente, en algún lugar bajo sus costillas, para la que nunca había tenido una palabra hasta este mismísimo instante.

—¿Está... en mí? —dijo—. ¿La oración? ¿Ha estado en mí todo el tiempo?

—En ti —dijo Mama Rosa—. En cada niño que alguna vez durmió en este valle. En los niños del libro — y en los niños que lo leen. —Extendió la mano y posó una palma de papel muy suavemente sobre el corazón de Nina—. El nuevo amanecer del que hablaba el libro no es algo que sucede muy lejos, allá en el mundo. Es *esa semilla*, ahí dentro, despertando. Eso es todo lo que un nuevo amanecer ha sido siempre, hija. Una oración, recordada.

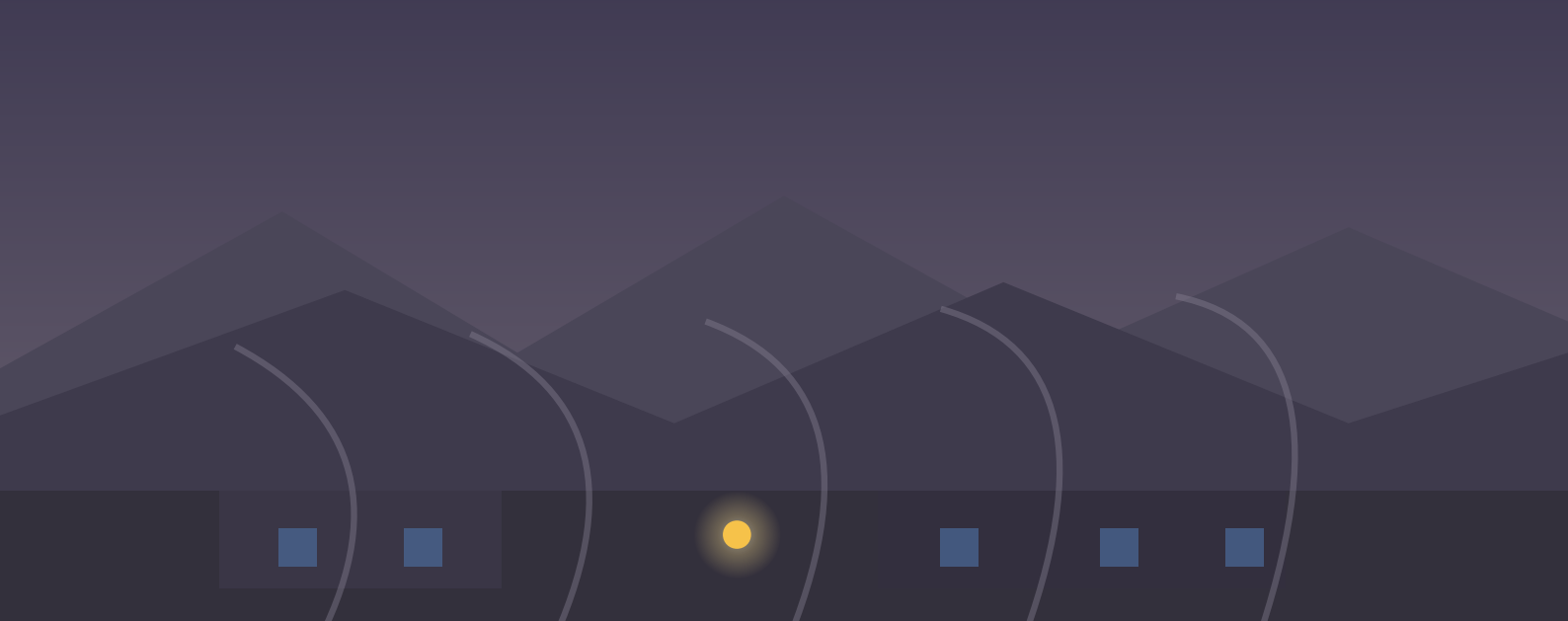
Nina bajó la mirada hacia la vieja mano sobre su corazón, y la alzó hacia los ancianos ojos brillantes, y sintió que algo que no podía nombrar empezaba, muy calladamente, a moverse.

—Pero si está en todos nosotros —dijo despacio—, la oración... entonces, ¿cómo estuvo el valle a punto de perderla? ¿Cómo puede alguien olvidar algo susurrado justo dentro de su propio corazón?

La sonrisa de Mama Rosa se apagó, apenas un poco, en algo más viejo y más triste.

—Ah —dijo—. Eso. Eso es lo próximo que debes entender — y es la parte más difícil de toda la historia. Toma tu té, hija. Te contaré cómo todo un valle estuvo a punto de olvidar su propio nombre.

. . .



CAPÍTULO Cinco

Casi perdido en el torbellino

lo callado, casi sin oírse

No fue una sola cosa grande la que casi se lo llevó —comenzó Mama Rosa—. Eso es lo que la gente siempre espera: una guerra, una inundación, algún enemigo terrible a las puertas. Pero no es así como suelen perderse las cosas más preciosas. No las roban. Simplemente... se dejan a un lado. Y se olvidan. Un poquito a la vez.

—Vino al mundo un gran remolino —dijo—. No un viento que pudieras sentir en la cara. Un remolino de *prisa*. De ruido. De mil cositas brillantes y urgentes, todas reclamando a la vez nuestros ojos y nuestras manos y nuestras horas, el día entero. Pequeñas pantallas brillantes que jalaban toda mirada hacia abajo. Comida que venía en bolsas de colores, rápida y fácil y vacía. Cien razones, cada santo día, para estar en otra parte, pensando en otra cosa, corriendo hacia algo distinto.

—Y en medio de tanta prisa, las cosas calladas ya no se podían oír. Y la oración en la cuna, mi niña, es la más callada de todas. No grita. No pelea por tu atención. Solo espera, y susurra, tan suavequito que en un mundo lo bastante ruidoso una persona puede vivir toda su vida sin oírla ni una sola vez.

—Así, despacio, tan despacio que nadie se dio cuenta de que estaba pasando, el valle empezó a olvidar. Los jóvenes miraban sus pantallas y veían una vida más grande y más brillante en algún lugar lejano, y allá se iban a buscarla. Los viejos se sentaban en sus bancas con mil años de

recuerdos por dentro, y ya nadie se detenía a escuchar. Las canciones se fueron haciendo más tenues. Las chacras se fueron haciendo más pequeñas. Las viejas costumbres se volvieron algo que uno oía una vez, de labios de una abuela: un lindo cuento antiguo, nada más. Y una oración que se vuelve «solo un lindo cuento antiguo», hija, es una oración que está a punto de perderse.

Y en ese momento a Nina se le heló la piel, porque ya no estaba oyendo hablar de un tiempo lejano en un libro. Estaba oyendo hablar de su *propio pueblo*. Pensó en sus primos que se habían subido a los buses hacia la ciudad y no habían vuelto. Pensó en las mesas de la cena donde todos miraban fijamente hacia abajo, hacia las pequeñas pantallas brillantes. Pensó en el viejo de la banca de la plaza, junto al que pasaba cada santo día y por quien nunca se había detenido ni una sola vez. No era historia. Estaba pasando. Ahora. A su alrededor. Tal vez incluso, un poco, dentro de ella.

—No pongas esa cara de susto —dijo Mama Rosa con dulzura, pues había visto el rostro de Nina—. No te cuento esto para ponerte triste. Te lo cuento porque no se puede entender lo brillante que es de verdad una luz hasta que sabes lo cerca que estuvo de apagarse. El olvido nunca fue malvado, hija. Solo fue... *soñoliento*. El mundo entero se cansó, y se distrajo, y se echó a dormir una siestecita... y por poco no despierta.

Se inclinó y atizó el fuego, y este se avivó, tibio y dorado.

—Pero esto es lo que tiene esa pequeña oración enroscada como semilla. Es paciente más allá de todo entendimiento. Puede esperar en la oscuridad, olvidada, muchísimo, muchísimo tiempo. No muere. Solo espera. A que alguien. La recuerde.

—¿Y qué tan cerca estuvo? —preguntó Nina, casi con miedo de la respuesta—. ¿De perderse para siempre?

Mama Rosa se quedó callada un largo rato, mirando el fuego.

—Más cerca de lo que jamás querrías saber —dijo por fin—. Hay un camino que el valle venía andando, hija; todos lo andábamos, medio dormidos, y en mi larga vida he visto adónde lleva ese camino. Lo he visto con claridad. —Alzó la mirada, y ahora sus ojos estaban muy serios—. ¿Quieres que te lo muestre? No es algo alegre de contemplar. Pero creo que ya tienes edad suficiente, y valor suficiente. Y creo que necesitas verlo, para que entiendas aquello de lo que toda tu generación nació para apartar el rostro.

Nina tenía la boca seca. Pero asintió.

—Entonces mira el fuego —dijo Mama Rosa—, y te mostraré el valle que casi llegó a ser.

. . .

A stylized, geometric illustration of a mountain range in shades of blue and grey, with a green valley floor, serving as a background for the top half of the page.

CAPÍTULO Seis

El museo que casi fue

el camino que no tomamos

Nina miró el fuego. Y ocurrió la cosa más extraña. Si fue por la vieja voz suave de Mama Rosa, o por la danza de las llamas, o por algo todavía más antiguo, Nina nunca después habría sabido decirlo; pero mientras la anciana hablaba, Nina empezó a *verlo*. No del todo con los ojos. Con algún lugar más hondo. Como si mirara por un largo corredor gris de años, hacia un valle que pudo haber sido.

Seguía siendo Písaq. Esa era la parte terrible. Las montañas seguían allí. El río seguía corriendo. Pero la *vida* se le había ido, del modo en que el calor se va de un cuarto cuando el fuego se apaga.

Las chacras ya no estaban; ahora la comida venía solo en bolsas de colores de muy lejos. Los telares estaban quietos, juntando polvo detrás de un vidrio en un pequeño museo, con una tarjetita impresa que explicaba lo que el valle había sabido hacer alguna vez, hace mucho tiempo. Las viejas canciones sonaban desde un parlante metálico para los turistas que llegaban en buses enteros, tomaban sus fotografías, compraban un recuerdito hecho en alguna fábrica lejana, y se iban. Los niños estaban sentados en filas, con la mirada clavada en sus pantallas, sin aprender nada que sus corazones pudieran usar jamás. Y los ancianos —los últimos que todavía recordaban la lengua antigua, las viejas costumbres, la oración susurrada— se sentaban solos, sin que nadie los escuchara, y uno por uno morían, y se llevaban consigo mil años, hacia abajo, al silencio.

No era una ruina. Eso, de algún modo, era peor. Era *bonito*. Los turistas lo decían. «Qué lugar tan hermoso», decían, y lo decían de verdad, y nunca supieron que estaban parados en medio de algo que había muerto con los ojos abiertos: un valle convertido en museo de sí mismo, una linda cáscara pintada sin nada vivo por dentro.

Nina sintió las lágrimas asomando en sus ojos, y no supo en qué momento habían llegado. —Es tan triste —susurró—. Es lo más triste que he visto en mi vida.

—Sí —dijo Mama Rosa, y con dulzura, con una sola palabra, el fuego volvió a ser solo fuego, y el largo corredor gris desapareció—. Lo es. Ahora aparta la mirada de él, hija. Ya has visto suficiente. No hace falta quedarse mirando fijo la oscuridad. Solo hace falta saber que está ahí, para saber hacia dónde caminar.

Tomó con ternura la barbilla de Nina entre sus viejos dedos y volvió su rostro de nuevo hacia el cuarto tibio y vivo: el fuego que chisporroteaba, la luz de la mañana entrando dorada por la ventanita.

—Ese es el camino que *no* tomamos —dijo—. ¿Entiendes? Ese valle, en el fuego, no es real. Nunca ocurrió. ¿Y sabes *por qué* nunca ocurrió? —Todo su antiguo rostro empezó, despacio, a resplandecer—. Porque alguien recordó. Justo en el último momento, cuando la oración se había vuelto tan tenue que ya casi no estaba, unos cuantos niños, en una noche sin sueño, recordaron. Y despertaron. Y despertaron a los demás. Y el camino dio un vuelco.

Nina se secó los ojos. Y lo que sentía ahora, debajo de la tristeza, era algo feroz, y brillante, y del todo nuevo: la misma pequeña semilla enroscada, se dio cuenta, pero desenroscándose ahora. Estirándose. Despertando.

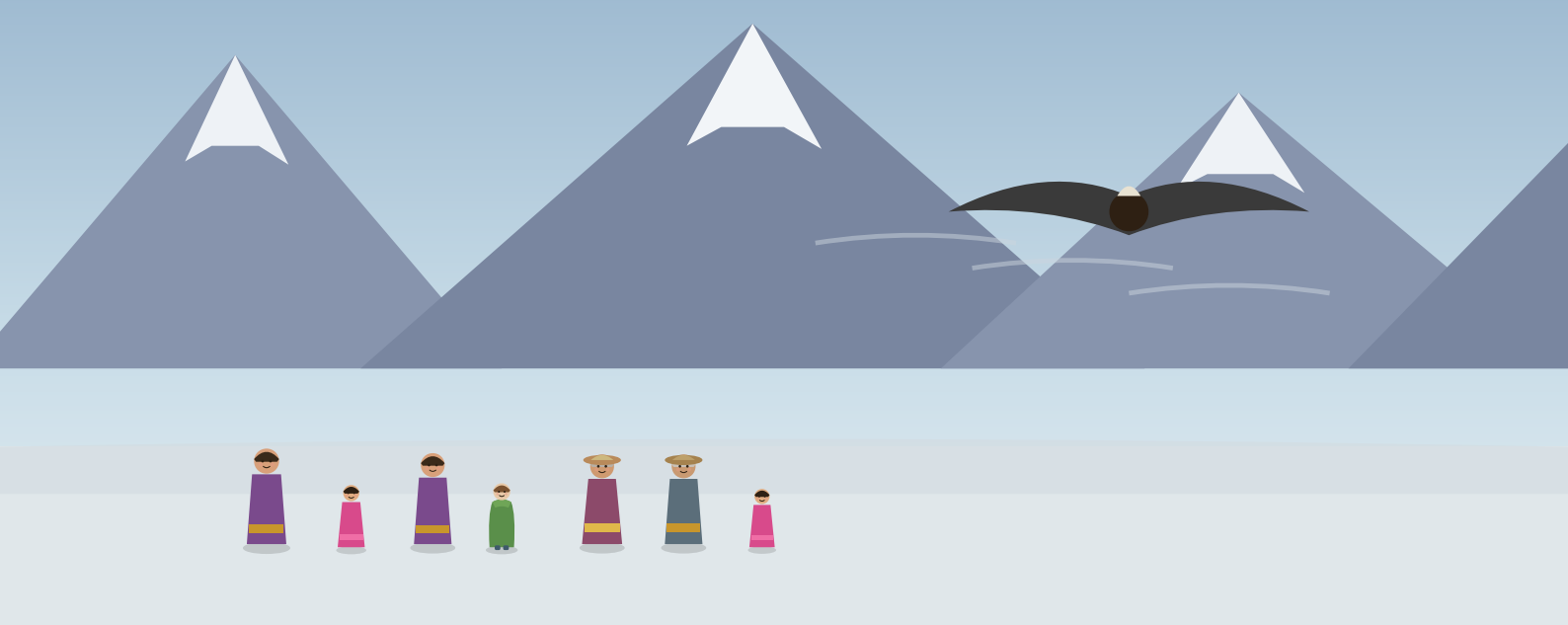
—¿Cómo? —dijo—. ¿Cómo supieron que debían virar? ¿Cómo lo vio venir alguien, si el mundo entero estaba dormido?

Mama Rosa sonrió, y se levantó despacio de su silla, y le tendió una mano a Nina.

—Ah —dijo—. Ahora sí estás haciendo la pregunta correcta. Y esa es una pregunta para mi esposo, pues ha pasado toda su larga vida aprendiendo a escuchar precisamente esa clase de cosa callada que hace virar un camino a tiempo. Ven. Está junto al otro fuego. Y tiene una historia que contarte: una historia antigua, muy antigua, sobre un pueblo que cruzaba una gran llanura helada, y los que entre ellos sabían sentir un cambio que venía en el viento.

Y llevó a Nina de la mano por la casita, hacia el sonido de un segundo fuego, más hondo, y de una voz baja y bondadosa que ya empezaba, en algún lugar, a hablar.

. . .



CAPÍTULO Siete

El cuento de la tundra

contado junto al fuego

El segundo fuego estaba más adentro de la casita, en un cuarto tibio del fondo donde de las vigas colgaban hierbas secas y la luz era baja y dorada. Y junto a él, en una silla pulida por muchos y largos años, estaba sentado un anciano.

Era tan viejo como Mama Rosa, y parecía, de algún modo, como si estuviera *escuchando*: la cabeza inclinada, los ojos entrecerrados, como hacia una música que nadie más alcanzaba a oír. Cuando Nina entró, él abrió los ojos, y eran bondadosos, y muy hondos.

—Este es mi esposo —dijo Mama Rosa—. Don Emilio. Ha estado escuchando algo toda su vida entera. Hazle tu pregunta, hija.

Nina vaciló. Luego: —¿Cómo *supieron* los niños? —dijo—. ¿Cómo supo nadie que el camino necesitaba virar, si el mundo entero estaba dormido?

Don Emilio sonrió despacio, e hizo un gesto hacia un banquito junto al fuego. —Siéntate —dijo—. Y te contaré una historia antigua, muy antigua. Más antigua que este valle. Pertenece a todos los pueblos errantes de la tierra.

—Hace mucho tiempo —empezó—, antes de que hubiera pueblos, ni caminos, ni mapas, los pueblos del mundo *caminaban*. Cruzaban juntos grandes llanuras heladas, tribus enteras, moviéndose con las estaciones hacia el siguiente buen lugar. Y, ay, era algo hermoso de ver. Los niños

corrían adelante, jugando. Las madres caminaban en medio, cargando a los bebés, riendo mientras iban. Y los ancianos venían detrás, calladamente, observando, y escuchando. Había risas, y había silencio, y todos simplemente seguían caminando juntos, hacia el siguiente lugar.

—Pero entre ellos, en cada tribu, siempre había unos cuantos —los guardianes de la sabiduría— que caminaban con otra clase de atención. Y de vez en cuando, uno de ellos sentía algo. En el viento. —Don Emilio alzó una mano curtida, como palpándolo ahora—. Un ave que pasaba por encima con un mensaje en su manera de volar. Un cambio en un aroma lejano. Alguna señal pequeña y callada de que otra tribu, a mil leguas de distancia, andaba un camino que un día se cruzaría con el suyo; y que si ambas seguían exactamente como iban, las dos se encontrarían mal, en un lugar duro y hambriento, y habría pena.

—Y entonces el guardián de la sabiduría les hablaba en voz baja a los demás, y la tribu entera hacía un pequeño cambio de rumbo. Solo uno pequeñito, tan pequeño que el primer día apenas se notaba. Pero a lo largo de cien leguas, de doscientas, hacía toda la diferencia del mundo. El encuentro duro nunca llegaba. La pena se evitaba calladamente. Y aquí viene la parte más hermosa, hija, así que escucha con atención.

Se inclinó hacia ella.

—Los niños nunca dejaron de jugar. Las madres nunca dejaron de reír. Casi nadie en toda la tribu llegó siquiera a saber que un peligro había estado cerca, o que el camino se había virado. Simplemente confiaban en los que escuchaban, y seguían caminando juntos, felices, sin saber nunca lo que pudo haber sido. —Se recostó en la silla—. Así es como se apartan los peligros más hondos. No con pánico. No con todos deteniéndose a gritar y a discutir sobre el viento. Sino con unos pocos que escuchan, que sienten el cambio temprano, y hacen una sola corrección, pequeña y callada, a tiempo.

Nina se quedó muy quieta. —Eso fue lo que hicieron los niños —dijo despacio—. ¿Verdad? Ellos eran los que escuchaban.

—Lo eran —dijo Don Emilio con suavidad—. El valle entero venía andando un camino hacia ese lugar gris y sin vida que mi esposa te mostró en el fuego, andándolo medio dormidos, todos nosotros. Y unos cuantos niños, en una noche callada, sintieron el cambio en el viento, e hicieron la corrección. Pequeña, al principio. Una sola chacra. Una anciana recordada. Pero con los años... hizo toda la diferencia del mundo.

—¿Pero *cómo*? —dijo Nina—. ¿Cómo se aprende a sentirlo, el viento, el cambio? ¿Cómo se oye algo tan callado?

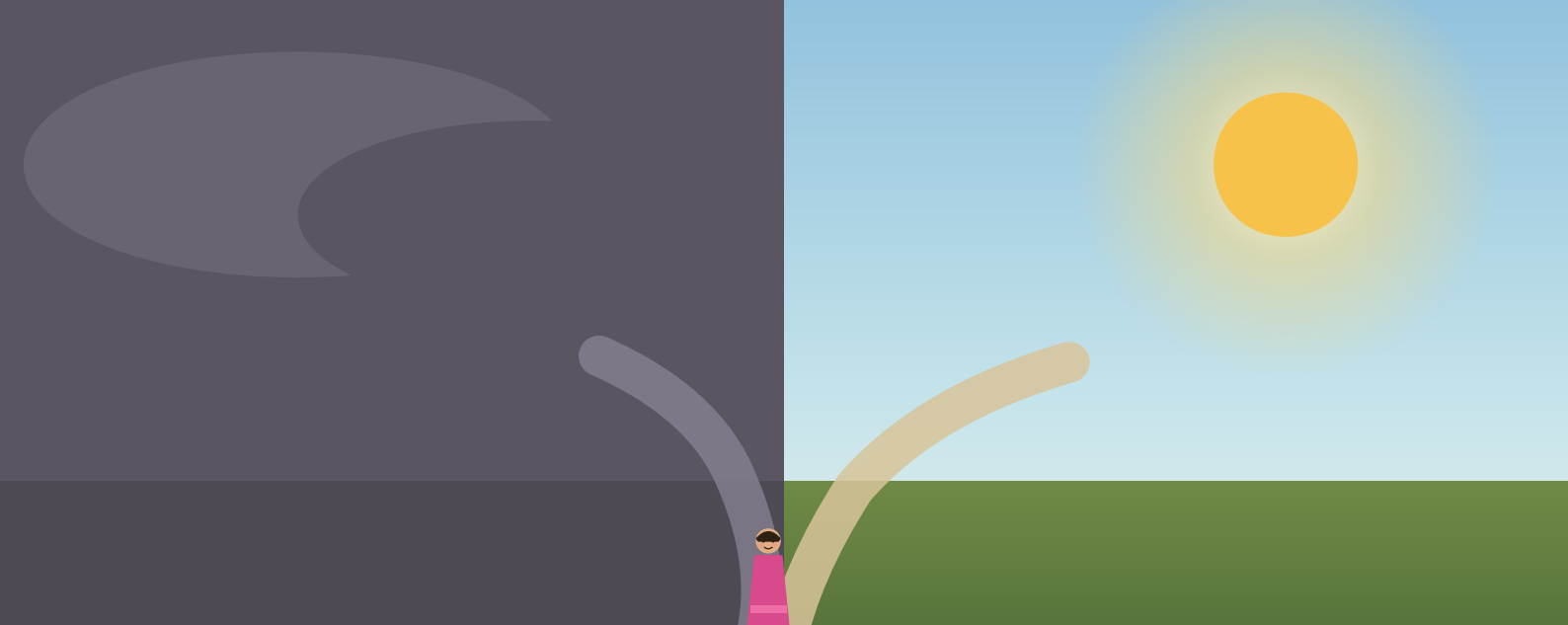
—Ah —dijo Don Emilio, y sus ojos chispearon igualito que los de su esposa—. Ahora *eso*, esa es la verdadera pregunta. Y la respuesta es más sencilla, y más difícil, de lo que crees. —Se dio unos golpecitos en un lado de la cabeza, y luego, con ternura, en su propio pecho—. Te vuelves callada. Dejas de permitir que las cosas ruidosas te llenen hasta el tope. Aprendes a escuchar la voz de aquí *adentro* —su mano sobre el corazón— y no solo la voz de allá afuera, en los labios de todos y en las pantallas de todos. Porque el viento no grita, hija. Susurra. Igual que la oración. Y un susurro solo se puede oír en un cuarto lo bastante callado.

—Hay dos maneras de atravesar un tiempo como este —prosiguió—. Y casi todo depende de cuál elijas. ¿Quieres que te hable de ellas?

Nina asintió.

—Bien —dijo Don Emilio, acomodándose más hondo en su silla—. Entonces déjame hablarte de los dos caminos que están siempre, siempre abiertos bajo tus pies.

. . .



CAPÍTULO Ocho

Las dos líneas del tiempo

el camino ruidoso y el callado

Hay dos caminos —dijo Don Emilio—, que corren siempre uno al lado del otro, y a ti te toca elegir, cada santo día, cuál de ellos andas. La mayoría de la gente ni siquiera se da cuenta de que está eligiendo. Pero tú sí, de ahora en adelante, porque estoy a punto de contártelo, y una vez que uno sabe una cosa, ya no la puede des-saber.

—El primer camino es el ruidoso. Es el camino de la reacción. Algo sale mal en el mundo —y siempre hay algo que sale mal, en alguna parte— y el camino ruidoso te agarra del cuello y te jala hacia adentro. Te llena de preocupación, y de rabia, y de la necesidad de discutir, y de tomar partido y pelear por él. Y aquí está lo complicado, hija: muchas veces tienes *razón*. Muchas veces aquello que te indigna de verdad está mal, y de verdad merece tu indignación. El camino ruidoso no está hecho de mentiras. Eso es justamente lo que hace tan difícil apartarse de él.

—Pero fíjate en lo que hace. Toma tu atención, y tu energía, y tus horas, y tu paz, y lo derrama todo en cosas lejanas que no puedes cambiar, mientras poco a poco te vacía. Y una persona vacía —dijo— no puede construir nada. No puede sembrar nada. No puede dar calor a nadie. Un mundo entero lleno de gente buena, gritando en el camino ruidoso, y mientras tanto la chacra se queda sin sembrar, y el viejo solitario de la banca se queda sin visita, un día más, y otro más.

—El segundo camino es el callado. Y no me malentiendas, hija. El camino callado no es el camino de *fingir*. No te pide que cierres los ojos ante las cosas duras, ni que digas que no importan, ni que flotes por encima del sufrimiento del mundo con una sonrisita tranquila. Eso no es más que el camino ruidoso vestido con ropa más suave. —Negó despacio con la cabeza—. No. El camino callado pide algo más difícil. Te pide que veas las cosas duras con claridad, y que las sientas por completo, y *entonces* que respondas desde un lugar de paz en vez de pánico. Que preguntes, no «¿a quién puedo culpar?», sino «¿qué puedo construir?». Que viertas tu única, breve y preciosa vida no en pelear contra la oscuridad, sino en hacer crecer la luz.

—Porque —y el valle aprendió esto, y nos costó caro aprenderlo— no se puede salir de una oscuridad peleando contra ella. Pelear contra ella solo te ata a ella, y te mantiene parada dentro de ella. Sales de ella construyendo algo tan bueno, y tan vivo, y tan cálido, que un día levantas la mirada y descubres que sencillamente ya no estás parada en la oscuridad. Estás parada en una chacra. Y apenas puedes recordar cuándo se fue lo oscuro.

—Y uno elige un camino o el otro —dijo— no en grandes momentos solemnes, sino en cien pequeñas decisiones que nadie más verá jamás. En qué conversaciones te metes, y cuáles dejas pasar de largo. Con qué llenas los ojos apenas despiertas, y qué dejas que sea lo último en tu mente antes de dormir. Si dejas que la tormenta de afuera decida el clima dentro de tu propio pecho. —Sonrió—. Pequeñas correcciones. Hechas a tiempo. Igual que en la tundra. Eso es todo lo que el camino callado ha sido siempre.

Y Nina entendió, entonces, algo que hizo que el libro entero encajara calladamente en su lugar. —Por eso fue tan callado —dijo—. El despertar. Nadie peleó contra nadie. Solo... construyeron. Chacra por chacra.

—Chacra por chacra —asintió Don Emilio—. Canción por canción. Una anciana recordada a la vez. Lo más ruidoso que ocurrió en todo el despertar de este valle fue una fiesta. —Rió por lo bajo—. Ese es el gran secreto que el mundo ruidoso nunca creará: que el camino callado es el que lo cambia todo.

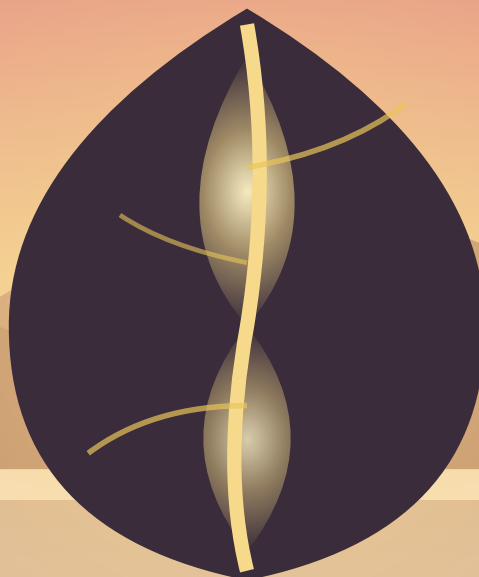
Nina se quedó mirando el fuego un buen rato. Pero algo todavía la inquietaba, y por fin lo dijo en voz alta.

—Pero cuando miré el fuego, y vi el triste valle gris... lloré. Me dolió. ¿Está diciéndome que no debí hacerlo? ¿Que debí quedarme tranquila, y no sentirlo?

Y ante eso, los dos ancianos —Mama Rosa en el umbral, y Don Emilio junto al fuego— se quedaron muy quietos, y la miraron con una seriedad nueva y luminosa, como si ella, sin saberlo, hubiera llegado a la puerta más importante de todas.

—No, hija —dijo Don Emilio, con mucha ternura—. En absoluto. Esas lágrimas que lloraste son lo más importante que te ha pasado hasta ahora. Acércate. Porque ahora debo contarte el secreto más hondo de toda esta casa, más hondo que la oración, más hondo que el viento. —Bajó la voz—. Debo contarte para qué *sirve* de verdad una herida.

. . .



CAPÍTULO Nueve

La herida es la puerta

la gracia halla las grietas

Cuando sientes una gran tristeza —dijo Don Emilio—, o un gran miedo, o un gran dolor, la mayoría de la gente hace una de dos cosas con él. Algunos huyen de él, tan rápido como pueden, y llenan su vida de ruido para no tener que sentirlo jamás. Y otros hacen justo lo contrario: se meten dentro de él, y allí construyen una casa, y viven dentro de su tristeza por años y años, hasta que se vuelve el único cuarto que conocen.

—Pero hay una tercera cosa que puedes hacer. Es la más difícil de las tres, y es la puerta hacia todo. —La miró sin apartar los ojos—. Puedes *sentirlo*. Hasta el fondo. Hasta el fondo mismo, sin huir, y sin instalarte para quedarte. Dejas que te atraviere, como el clima. Como una tormenta que pasa sobre las montañas y se va. Y lo sientes tan completamente, tan honestamente, que algo se agrieta.

—¿Se agrieta? —dijo Nina.

—Aquí. —Don Emilio se tocó el pecho—. El corazón. Cuando sientes una cosa verdadera hasta el fondo, el corazón se agrieta y se abre. Y un corazón agrietado y abierto, hija, al principio se siente como si se rompiera. Por eso todos le tenemos tanto miedo. Pero no se está rompiendo. —Sus viejos ojos brillaban ahora—. Se está *abriendo*. Porque un corazón que jamás se ha agrietado es una puerta cerrada. Y un corazón que se ha agrietado es una puerta que se ha abierto de par en par. ¿Y sabes qué entra por una puerta abierta?

Nina negó con la cabeza.

—*Todo*, —dijo con dulzura—. La luz. El amor. El valle entero y vivo del que has estado leyendo: todo entra a raudales, por la grieta. Hay un dicho en este valle más viejo que yo: *la gracia sabe encontrar las grietas*. No puede entrar en un corazón sellado con fuerza, entero y defendido. Solo puede entrar por donde nos hemos quebrado y abierto. Así que la herida misma que tanto temes —la tristeza, el dolor, las lágrimas que lloraste en el fuego de mi esposa— no es lo que se interpone en tu camino, hija. *Es el camino*. Es la puerta.

Mama Rosa cruzó entonces el cuarto, y se arrodilló —despacio, sobre sus viejas rodillas— junto a Nina, y le puso algo entre las manos. Era un pequeño cuenco de barro. Y Nina vio, dándole vueltas a la luz del fuego, que alguna vez se había roto —partido limpiamente en dos— y remendado. Pero no escondido. *Remendado*. A todo lo largo de la rotura corría una veta de oro, brillante y reluciente.

—Cuando algo que amamos se rompe —dijo Mama Rosa—, no lo tiramos. Y no lo pegamos a escondidas y escondemos la herida y fingimos que nunca pasó. Lo remendamos con *oro*. Llenamos la grieta misma de oro, para que cualquiera pueda ver exactamente dónde se rompió, y para que ahora sea más hermoso de lo que jamás fue antes de romperse. —Cerró con suavidad los dedos de Nina alrededor del cuenquito—. Eso son tus penas, hija. Eso son tus cicatrices. No cosas feas para esconder. Vetas de oro. Los lugares por donde entró la luz. Los lugares donde te volviste más hermosa. Todas y cada una de ellas.

Y Nina sostuvo el cuenquito de vetas doradas entre sus dos manos, junto al fuego tibio, entre los dos antiguos rostros radiantes — y sintió la pequeña puerta en su pecho, la que se había entreabierto una rendija cuando leyó la última página de su libro, abrirse ahora un poco más. Y por ella algo empezó a manar — tibio, y enorme, y vivo — y comprendió, de golpe, que había estado cargando esa puerta toda su vida. Acurrucada, y esperando. Justo donde la oración había sido susurrada, el día en que nació.

—La puerta en el cuento —susurró—. No... no está en el libro, ¿verdad? —Se apretó una mano contra el pecho—. Está en *mí*.

Don Emilio y Mama Rosa se miraron, por encima de su cabeza, y sonrieron — la sonrisa de dos personas que han esperado muchísimo tiempo a que alguien diga exactamente eso.

—Ahora —dijo Don Emilio con dulzura— sí está lista.

—¿Lista para qué? —dijo Nina.

—Para que le cuenten —dijo Mama Rosa— de dónde vino de verdad todo esto. No los constructores. Ni siquiera los niños. Algo más antiguo, que se movía en silencio a través de todos ellos. —Se levantó, y le tendió la mano—. Ven, hija. Hay un fuego más junto al cual sentarse esta noche. Y este no está en ninguna casa.

. . .



CAPÍTULO Diez

Desde adentro, no desde afuera

el valle responde su propia plegaria

Afuera, la noche estaba fría, y enorme, y ardiente de estrellas. Mama Rosa y Don Emilio llevaron a Nina más allá de la última de las casas, a un lugar llano donde el suelo caía y el valle entero se abría abajo — y las grandes montañas se alzaban por todas partes, enormes y negras y cercanas, sosteniendo un cielo tan espeso de estrellas que parecía menos un cielo que un campo de semilla, esparcida por alguna mano vasta y generosa.

—Este —dijo Mama Rosa en voz baja, alzando su viejo rostro hacia la luz— es el fuego más antiguo. El que nunca se apaga.

Se quedaron un rato en el silencio. Y entonces Nina hizo la pregunta que era, en verdad, la pregunta más honda de todo el libro — la que yacía debajo de todas las demás.

—¿De dónde vino? —dijo—. Todo esto. El despertar. ¿Quién *salvó* el valle? ¿Fueron los constructores? ¿Los niños? Alguien tuvo que empezarlo. Alguien tuvo que venir.

—Ah —dijo Don Emilio—. Ahora has hecho la última pregunta. La que está en el fondo mismo. Y la respuesta es la cosa más importante que jamás te diré, así que guárdala con cuidado. —Calló un momento—. Nadie vino.

Nina se volvió a mirarlo. —¿Nadie?

—Nadie vino de afuera —dijo Mama Rosa—. Eso es lo que el mundo entero y cansado siempre espera, hija: que alguien venga de muy lejos y lo salve. Un héroe. Un rey. Un extraño con oro, o con poder, o con todas las respuestas. El mundo espera, y espera, a que el rescate llegue de otra parte. —Negó despacio con la cabeza—. Pero nunca llegó. Aquí no. Nadie cruzó el mar para salvar este valle. Nadie llegó. La ayuda no vino de *afuera*.

—Entonces de dónde... —empezó Nina.

—De *adentro*, —dijo Don Emilio — y lo dijo como si fuera la cosa más sagrada de todo el mundo, cosa que quizás sea—. Se alzó desde adentro. Desde tres lugares a la vez: todos ellos aquí mismo, todos más cerca que cerca.

—Primero —dijo, y posó la mano sobre la tierra fría—, de las montañas mismas. —Señaló hacia las enormes formas oscuras a su alrededor—. Los **Apus**. Te han enseñado, quizás, que una montaña es solo piedra. No es así. Los Apus están vivos, hija — viejos más allá de todo lo que pueda contarse, y despiertos, y velando. Y cuando el valle empezó a quedarse en silencio, las montañas se afligieron. Lo sintieron, como sientes a un ser querido enfriándose en tus brazos. Y empezaron a llamar — a su modo lento, paciente, de montaña — a que alguien despertara.

—Segundo —dijo Mama Rosa, apretándose una mano contra el corazón, y luego alzándola hacia las estrellas—, de los antepasados. Las abuelas y los abuelos de mil años — los que susurraron las oraciones dentro de todas las cunas, y luego se adelantaron a nosotros, al otro lado. Nunca dejaron de velar, hija. Nunca dejaron de amar este valle, ni de esperar por él. Han estado inclinándose cerca, desde justo más allá del borde de las cosas, todo este largo tiempo.

A Nina se le cortó el aliento. —Los abuelos dorados —susurró—. En el libro. Los que vinieron a los niños la primera noche. ¿Eran... los antepasados?

—Lo eran —dijo Mama Rosa con dulzura—. Todas las abuelas y los abuelos que alguna vez amaron a un niño de este valle, reunidos en dos rostros radiantes, vueltos por una noche para recordarles a los niños lo que se habían dejado olvidar. —Sonrió, y había lágrimas en sus antiguos ojos, y atrapaban la luz de las estrellas—. Y un día, hija — no pronto, espero, pero un día — Don Emilio y yo iremos a reunirnos con ellos. Y estaremos entre los dorados, velando por ti, y por tus hijos, y por los niños que lean este mismísimo libro, desde el otro lado de ese velo tan, tan delgado. Por eso él y

yo estamos aquí ahora, de *este* lado. Solo somos el mismo amor — de pie donde todavía puedes alcanzarnos.

—Y el tercer lugar del que se alzó —dijo Don Emilio— ya lo sabes. Porque lo encontraste esta noche, en tu propio pecho. —Tocó, con mucha suavidad, el lugar sobre el corazón de Nina, donde la pequeña puerta se había abierto—. De los niños. De la semilla. De la oración, despertando. Las montañas llamaron, y los antepasados se inclinaron cerca y susurraron — pero fueron los niños quienes tuvieron que recordar. Quienes tuvieron que decir que sí.

—Así que ya ves —dijo Mama Rosa—, nadie salvó el valle. El valle se salvó a *sí mismo*. Las montañas, los antepasados y los niños — que no son tres cosas, hija, sino una sola. Un amor, con tres rostros. El valle escuchó su propia oración de mil años, por fin... y la respondió.

Y Nina alzó entonces la mirada hacia las montañas — las miró *de verdad* — con la puerta en su pecho ahora abierta de par en par. Y por primera vez en toda su vida, las *vio*. No como piedra. Como seres. Vastos, y pacientes, e insoportablemente bondadosos, inclinándose alrededor del pequeño valle como se inclinan los abuelos alrededor de una cuna. Sintió a las estrellas velando. Y sintió, justo en el borde mismo del sentir, una gran multitud tibia de amor apretándose cerca desde algún lugar que no podía señalar — todas las abuelas y los abuelos, hasta el comienzo mismo, conteniendo el aliento, y sonriendo.

Nada había cambiado. Las montañas siempre habían estado allí. Las estrellas siempre habían estado allí. El amor siempre había estado allí.

Lo único que había cambiado era que Nina por fin podía verlo. Porque la puerta estaba abierta ahora. Y una puerta abierta deja entrar el ver.

—Todo está vivo —susurró—. Estuvo vivo todo el tiempo. Yo solo... no podía verlo.

—Sí —dijo Don Emilio, y su voz estaba llena de alegría—. Ahora — hay más. Pues una vez que los niños recordaron, una vez que se encendió esa pequeña chispa, comenzó algo maravillosísimo. Mira el valle, hija. Mira las luces.

Y la volvió, con suavidad, a mirar el valle extendido debajo de ellos en la oscuridad.



CAPÍTULO Once

La chispa se hace llama

una vela enciende a la siguiente

Nina miró el valle. Y allí, esparcidas por la oscuridad debajo de ella, estaban las luces.

Luces tibias. En ventanas, a lo largo de todo el largo valle, desde el río allá abajo hasta los altos pliegues oscuros de las montañas. Cientos de ellas. Las había visto mil veces y jamás les había dedicado un pensamiento. Pero ahora, viendo con la puerta abierta, comprendió por fin lo que estaba mirando.

Cada una de esas luces era un corazón que había prendido la llama.

—Cuando los niños encendieron la primera chispa —dijo Don Emilio—, no siguió siendo una sola chispa por mucho tiempo. Ese no es el modo del fuego, ni del amor. La llevaron a una anciana, y ella recordó, y su corazón se encendió como una lámpara. Y ella la llevó a otra. Los jóvenes volvieron a casa desde la ciudad, uno contándoselo al siguiente, y al siguiente; y cada corazón que la prendía se la pasaba al corazón de al lado. De amigo a amigo. De vecino a vecino. De casa a casa. De pueblo a pueblo, valle abajo — y luego arriba, a las montañas — y luego, aunque los niños nunca lo vieron, a través del mar, a tierras que jamás conocerán.

—Sin fanfarrias —dijo Mama Rosa—. Sin anuncios. Sin ejércitos. Solo una vela, tocada en silencio con la siguiente, y la siguiente, y la siguiente. Así se propagan los fuegos más hondos, hija. Tan en silencio que el mundo ruidoso

ni siquiera se da cuenta — hasta que una noche alza la mirada, y encuentra el valle entero resplandeciendo.

Y Nina se quedó allí de pie en el frío y la luz de las estrellas, mirando todas esas luces tibias y vivas, y sintió la cosa más extraña. Sintió su propio corazón — encendido esta noche, por el fuego y el cuenquito de oro y la puerta abierta — lo sintió *unirse* a ellas. Como si un hilo invisible se hubiera encendido entre su pequeño pecho tibio y cada una de aquellas lejanas ventanas brillantes. Como si no estuviera aparte, mirando las luces, en absoluto.

Como si fuera una de ellas.

—Estoy dentro —dijo despacio—. ¿Verdad que sí? Ya no estoy leyendo sobre esto. Estoy... dentro.

—Siempre estuviste dentro —dijo Mama Rosa con dulzura—. Solo que apenas ahora alzaste la mirada.

—Y hay algo tan maravilloso —dijo Don Emilio— que hasta yo sigo asombrándome de ello, viejo como soy. El libro que leíste — el cuento del despertar — ¿sabes lo que es de verdad? Es una vela. Una vela hecha de palabras. Alguien la encendió de su propia llama, y la soltó por el mundo, para que pudiera tocar su pequeño fuego al corazón de quienquiera que la abriese. Eso es lo que es un cuento verdadero, hija. No un informe de algo que pasó, muy lejos y hace mucho tiempo. Una vela — pasada de mano en mano, encendiendo a un lector a la vez.

—Prendiste tu llama esta noche, del libro. Igual que los niños prendieron la suya de los abuelos dorados, y la anciana prendió la suya de los niños. Y un día, tocarás tu vela con la de otra persona. Así es como va. Y sigue, y sigue. Uno por uno por uno. —Sonrió—. Pues ese es el último secreto, y el más hondo — que cuando siquiera uno de nosotros despierta de verdad, y recuerda, todos nos acercamos un poco más a la mañana, todos juntos. Más allá del tiempo. Más allá del espacio. Más allá incluso de las páginas de un libro.

Nina miró las luces, y las estrellas, y los dos antiguos rostros radiantes a su lado, y sintió algo enorme y quieto asentarse en su lugar dentro de ella — un saber más viejo que ella misma, que había estado cargando todo el tiempo, y que solo esta noche había recordado.

—Entonces el libro no era en realidad sobre Kusi —dijo despacio, atándolo todo—. Ni sobre Illa, ni sobre Mallki. ¿Verdad?

Mama Rosa sonrió la sonrisa más amplia de toda la larga noche.

—No, hija —dijo—. Nunca lo fue. ¿Quieres que te diga de quién trataba el libro *de verdad*? ¿De quién ha tratado, todo el tiempo, desde su primerísima palabra?

. . .



CAPÍTULO Doce

Siempre estuviste en la historia

el espejo

Dime —dijo Nina—. ¿De quién trataba el libro en realidad?

Mama Rosa tomó el rostro de Nina entre sus dos viejas manos, y la miró por un largo, largo momento, con todo el amor de mil años en los ojos.

—*De ti*, —dijo—. Trataba de ti.

—El libro siempre trató de ti, hija. De cada niño que alguna vez lo abrió. La alegría de Kusi era solo un espejo, alzado ante la alegría que ya está en ti. La luz de Illa era tu propia luz. El arbolito llevado a través del mar y acogido — ese eras tú también, y cada niño que alguna vez se sintió lejos de casa. Cuando leíste sobre los niños en los escalones fríos que no podían dormir, estabas leyendo sobre ti misma, en esta mismísima noche. Cuando leíste sobre la semilla sembrada en la oscuridad — esa era la semilla que la oración dejó en tu propio pecho, el día en que naciste. El libro entero era un espejo, desde la primera palabra hasta la última. Y cuando llegaste a esa última página, y te dijo, *el nuevo amanecer eres tú* — hija, no estaba siendo poético. Te estaba diciendo un hecho sencillo y simple. Quería decir exactamente lo que decía.

Y Nina comprendió. De golpe, y por completo — del modo en que uno comprende una cosa que de algún modo siempre ha sabido.

No había estado leyendo un cuento sobre otra persona, en algún otro lugar, en algún otro tiempo. Había estado leyendo el relato verdadero de su *propio*

despertar — un despertar que la lectura misma había comenzado. El libro le había dicho que ella era el nuevo amanecer, y al decirlo, había despertado el nuevo amanecer dentro de ella. El cuento y la niña eran una sola cosa. Siempre lo habían sido.

Y ahora — con dulzura, en voz baja, del modo en que siempre se dicen las cosas más importantes — debo decirte a ti lo mismísimo que la anciana le dijo a Nina. Porque es igual de verdad para ti.

Este libro también es un espejo.

Si has leído hasta aquí — si algo en ti ha estado dándose vuelta en silencio, y abriéndose, página tras página, del modo en que se abrió en Nina — entonces es porque la mismísima semilla está en ti. La mismísima oración fue susurrada sobre ti, el día en que naciste, quienquiera que seas, dondequiera que vivas, en cualquier valle o vasta ciudad de esta ancha y hambrienta tierra. Tú eres Kusi. Tú eres Illa. Tú eres Nina. Y cuando este cuento te dice que el nuevo amanecer eres tú, tampoco está siendo poético contigo.

Quiere decir exactamente lo que dice.

Pues este es el último y más hondo secreto de todo el libro — el que los antiguos han estado llevándote todo este tiempo. Que en realidad no somos muchos, despertando de uno en uno, cada cual a solas. Hay una gran cosa dormida — llámala el corazón humano, llámala el alma misma del mundo, llámala Aquel que respira dentro de todos nosotros — que despacio, despacio se va recordando a sí misma, a través de cada niño y cada anciano y cada persona sola y olvidada que alguna vez prendió la llama y la pasó adelante. De modo que cuando siquiera uno de nosotros despierta de verdad — cuando siquiera un corazón se agrieta y se abre y deja entrar a raudales la luz — todos nos acercamos, juntos, un poco más a la mañana. Nina, en su fría noche de montaña. Y tú, sosteniendo este libro. Y mil miles de otros que jamás conocerás. Todos una sola llama. Todos una sola familia. *Huk ayllulla kanchis* — somos uno.

Cuando Nina por fin apartó la mirada de los dos viejos rostros, vio que el cielo sobre las cumbres del este había empezado, muy tenuemente, a palidecer. Habían estado despiertos toda la larga noche, junto a un fuego y luego a otro — y ahora el verdadero amanecer, el amanecer común, cotidiano, del todo milagroso, venía, dorado y rosa, sobre las montañas del mundo real y despierto.

—Es de mañana —susurró Nina.

—Lo es —dijo Don Emilio—. Y ahora solo te queda una cosa por hacer. El libro te hizo una pregunta, al final del cuento de Yachay Wasicha — ¿te acuerdas? No *si es real*, sino *si vas a entrar*. —Se levantó, despacio, y Mama Rosa se levantó a su lado, y juntos los dos antiguos guías se volvieron hacia la luz que palidecía, y le tendieron las manos—. La puerta está abierta, hija. Ha estado abierta todo el tiempo. Y la mañana ya está aquí. Ven. Déjanos mostrarte cómo es atravesarla.

. . .



CAPÍTULO Trece

La puerta en la historia

la unión

A sí que Nina se levantó, en la pálida luz dorada, y caminó con los dos ancianos de vuelta por el pueblo que despertaba — pasando los puestos del mercado que apenas se armaban, pasando la puerta azul, y subiendo por un sendero serpenteante que jamás se le había ocurrido trepar, hasta un lugar en el mismísimo borde de Písaq donde un bajo edificio de piedra se alzaba de cara al amanecer.

Sobre su amplio umbral, tallada hondo en el dintel y pulida por muchas manos, había una forma que Nina conocía — la misma cruz escalonada que había visto mil veces, en los tejidos y en las piedras y estampada en el fondo de los cuencos de barro. Tres peldaños que suben por cada lado, y un pequeño agujero redondo abierto limpiamente por el mismísimo centro. Y el sol de la mañana, que apenas ahora asomaba sobre las cumbres del oriente, se derramaba justo a través de aquel agujerito redondo, de modo que todo el umbral parecía sostener una moneda de pura luz.

—Esto —dijo Don Emilio— es Yachay Wasicha. La Casa del Saber. La que leíste en el libro. Es real. Está aquí. Y esto —posó la mano sobre la cruz de piedra tallada sobre la puerta— es la más antigua de todas las puertas. La *chakana*. La que tus abuelas estampaban en cada tejido, y nunca te dijeron que era una puerta.

Nina alzó la mirada hacia ella. —¿Una puerta hacia dónde?

—Ah. —Don Emilio sonrió—. Ese es todo el secreto, niña. Escucha bien, porque te lo diré sin rodeos, tal como me lo dijeron a mí los antiguos. La *chakana* es un puente. Eso es lo que significa la palabra — un cruce, una escalera, una grada. Y une los tres mundos que están siempre aquí, los tres a la vez, apretados como las páginas de un libro. —Tocó el peldaño más alto—. Aquí arriba, *hanan pacha* — el mundo de arriba. Las estrellas, las cumbres, los antepasados, todo lo que es alto y reluciente. —Tocó el centro, por donde se derramaba la luz—. Aquí, *kay pacha* — este mundo. Aquel sobre el que se paran tus dos pies. El mercado, la chacra, la mesa de la cena, el anciano en su banca. —Y tocó el peldaño más bajo—. Y aquí abajo, *ukhu pacha* — el mundo de adentro. Los lugares hondos. Las raíces. La semilla en la oscuridad. La plegaria acurrucada en tu propio pecho.

—Y la chakana —dijo Mama Rosa— es la escalera que atraviesa los tres. Es como la luz de arriba baja a este mundo — y como la semilla de abajo sube. Es como se tocan. Por eso la tallamos en todo, niña. Para recordar que los tres son uno. Que lo alto y lo hondo se encuentran *aquí* — en el mundo del medio — en el lugar pequeño y común donde estás parada.

Nina miró el agujerito redondo, lleno de mañana. —¿Y es una puerta que puedo cruzar?

—Has estado caminando hacia ella toda la noche —dijo Don Emilio con dulzura—. Pero aquí está lo que debes entender antes de dar el paso — y es lo más importante de todo, así que lo diré despacio. —La tomó por los hombros y la volvió de cara a la luz—. Esta puerta no lleva *afuera*. No es como las puertas de los cuentos antiguos, el ropero o el cuadro pintado o el tornado, que se llevan a un niño a algún país lejano y mágico, y dejan atrás el mundo gris y aburrido. —Negó con la cabeza—. No. Esta puerta lleva *adentro*. Más *adentro*. Directo al centro del mismísimo mundo en que ya vives — el real, el común y corriente — pero con la puerta de tu pecho abierta de par en par, para que al fin puedas verlo tal como de verdad es. Vivo. Reluciente. Sagrado de punta a punta. La magia nunca estuvo en otra parte, niña. La magia está *aquí* — y siempre lo estuvo — y lo único que la puerta cambia eres *tú*.

Nina se quedó un largo instante en el umbral. Detrás de ella, el pueblo en que había vivido toda su vida — los mismos tejados, el mismo río, la misma mañana azul. Delante de ella, la pequeña Casa del Saber, y la moneda de luz. No eran dos lugares distintos. Ahora lo entendía. Eran el mismo lugar. Simplemente nunca, hasta esta noche, había tenido ojos para verlo.

Tomó aliento. Y cruzó la puerta.

Y no pasó nada — y pasó todo. No cayó a otra tierra. No rodó por la madriguera de un conejo ni cabalgó una tormenta hacia algún lugar nuevo. Simplemente caminó hacia adelante, hacia la cálida moneda de luz matinal — hacia la Casa del Saber, hacia el día común y milagroso, hacia su propia vida real — y descubrió que todo aquello, hasta la última cosa sencilla y corriente, ardía calladamente con una luz junto a la que había pasado diez mil veces sin verla ni una sola vez.

—Ya crucé —susurró—. Pero... sigo aquí.

—Sí —dijo Mama Rosa, cruzando detrás de ella, su viejo rostro lleno de alegría—. Así es como sabes que era la puerta verdadera. Las puertas falsas te llevan lejos. La verdadera te trae a *casa* — al mismísimo lugar donde empezaste — y te deja verlo, por primera vez, con los ojos bien abiertos.

La puerta no lleva fuera del mundo. Lleva hasta lo más adentro.

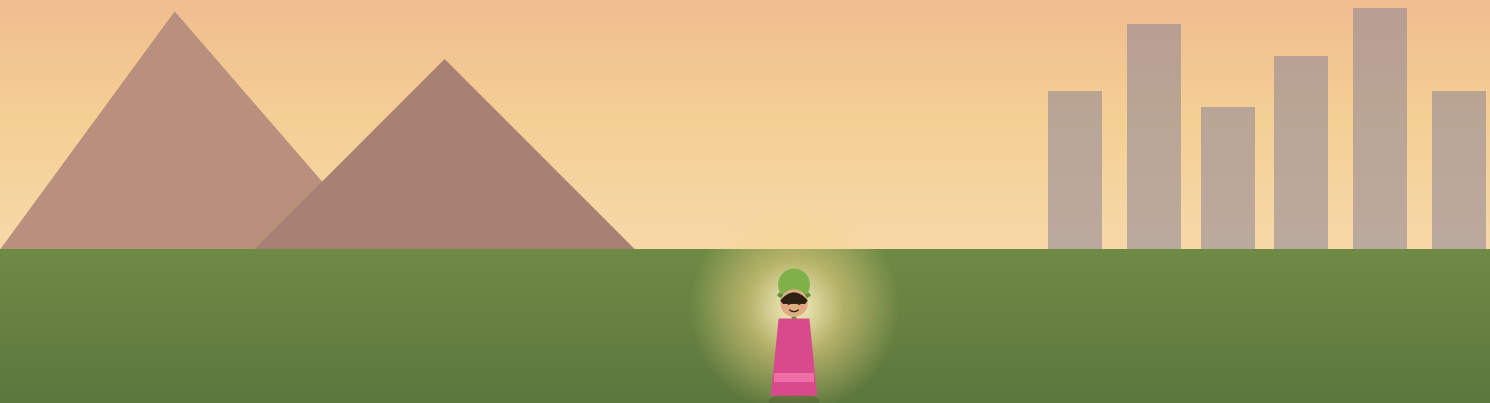
Y Nina se quedó de pie en la Casa del Saber, en el oro que se derramaba, y se rió en voz alta por el puro asombro de todo ello. Y entonces, de golpe, una nueva pregunta nació en ella — porque era esa clase de niña — y se volvió hacia los dos ancianos con los ojos brillantes.

—Pero no puede ser solo aquí —dijo—. No puede ser solo este valle. ¿Y todos los demás? ¿Y todos los otros niños, en todos los otros lugares, que nunca tuvieron un Pisaq, ni una chakana, ni un libro? ¿No hay puerta para ellos?

Y ante eso, los dos ancianos se miraron, y sonrieron la más honda de todas las sonrisas.

—Ahora —dijo Don Emilio— has hecho la pregunta que abre el mundo entero. Ven a sentarte al sol, niña. Y te contaré el último y más ancho secreto — el que llega mucho más allá de este pequeño valle, hasta dondequiera que *tú* estés parada.

. . .



CAPÍTULO Catorce

Dondequiera que estés

la buena vida puede crecer en cualquier lugar

Se sentaron juntos en el cálido peldaño de piedra de Yachay Wasicha, en el primer sol pleno de la mañana, y Don Emilio se quedó callado un rato, juntando las palabras como un anciano junta la leña menuda — con cuidado, y con amor.

—Te preocupa —dijo al fin— que esta puerta sea solo para los niños de los Andes. Que la luz de la que hemos hablado toda la noche pertenezca solo a este valle — a nuestras montañas, nuestra lengua, nuestra chakana, nuestras propias abuelas. Y por eso temes que un niño lejano, en una ciudad de vidrio, o en una chacra verde y llana, o junto a algún mar frío del norte, quede afuera de ella. ¿Es esa la forma de tu preocupación?

Nina asintió.

—Entonces deja que tranquilice tu corazón, porque es la más fácil de responder de todas tus preguntas. —Extendió su vieja mano hacia toda la ancha mañana—. Cada tierra de este mundo tiene su propio valle. Cada pueblo tiene su propia plegaria, susurrada sobre sus propias cunas, en su propia lengua, desde el mismísimo comienzo. La nuestra se llama **Allin Kawsay** — el buen y hermoso vivir. Pero lleva mil nombres. Muy al norte hay pueblos que la llaman con otras palabras que significan *todos somos parientes*, o *todos nos pertenecemos unos a otros*. En los grandes desiertos, y las islas verdes, y los bosques fríos, las abuelas tienen su propia palabra para ello — una palabra que siempre, siempre significa lo mismo por debajo:

sean buenos unos con otros. Cuiden la tierra. Recuerden a los que vinieron antes, y vivan por los que aún no han nacido. Regalen su don.

—Es un solo secreto —dijo Mama Rosa— vestido con cien abrigos. Nosotros, al devolver, lo llamamos *ayni* — que cuando ayudas hoy a tu vecino a levantar su techo, él te ayuda mañana a levantar el tuyo, y así el pueblo entero se sostiene entre todos a la vez. Pero no hay valle en la tierra que no haya conocido esto a su manera, y no le haya dado su propio nombre querido. Nunca fue *nuestro*. Solo creció, aquí, en nuestro propio suelo, con nuestras propias flores. Igual que creció, en otras partes, en el suyo.

—Así que cuando una niña lejana lea este mismísimo libro —dijo Don Emilio— y sienta la puerta empezar a abrirse en su pecho — no debe pensar que tiene que volverse una de nosotros. No tiene que mudarse a las montañas, ni aprender nuestras palabras, ni cambiar sus propias abuelas por las nuestras. Para nada. —Sonrió—. Solo tiene que ir y mirar — con sus ojos recién abiertos — dentro de su *propia* tradición. Su propio valle. Y allí, esperándola, más antiguo de lo que jamás imaginó, encontrará el mismísimo secreto, en su propia lengua, guardado tibio todo este tiempo por su propia gente. No necesita nuestra puerta. Solo necesita descubrir que estuvo parada frente a la suya, todo el tiempo.

Nina pensó en los niños de los que había leído — el árbol llevado a través del mar y plantado en suelo extraño, y acogido. —¿Y qué hay de los que sí están lejos de casa? —preguntó—. ¿Los que fueron llevados lejos, como un arbolito arrancado y plantado en un lugar nuevo? ¿Tienen ellos una puerta?

—Ellos sobre todo —dijo Mama Rosa con calidez—. Una semilla no deja de estar viva porque el viento la haya llevado por encima del muro al jardín de al lado. Echa sus raíces dondequiera que caiga, y florece — y muchas veces florece aún más radiante, por haber tenido que estirarse un poco más hacia la luz. La niña lejos de casa lleva su valle *dentro* de sí. Es un puente entre dos tierras. Eso no es una herida, niña. Es un don que los que están arraigados no tienen.

—Distinto —dijo Don Emilio— es la palabra a la que aferrarse. No *mejor*. Nunca *mejor*. Nuestro valle no es mejor que ningún otro valle, y nuestra puerta no es la única puerta, y el niño de los Andes no es más amado que el niño de la ciudad. Esa fue la vieja enfermedad — la que hizo a pueblos enteros creer que su propio modo era el único modo verdadero, y el de todos los demás una oscuridad que había que arreglar. No. —Negó con la cabeza con firmeza—. Un jardín no es más hermoso por tener una sola clase de flor. Es más hermoso por tener mil clases, cada una exacta, gloriosamente ella

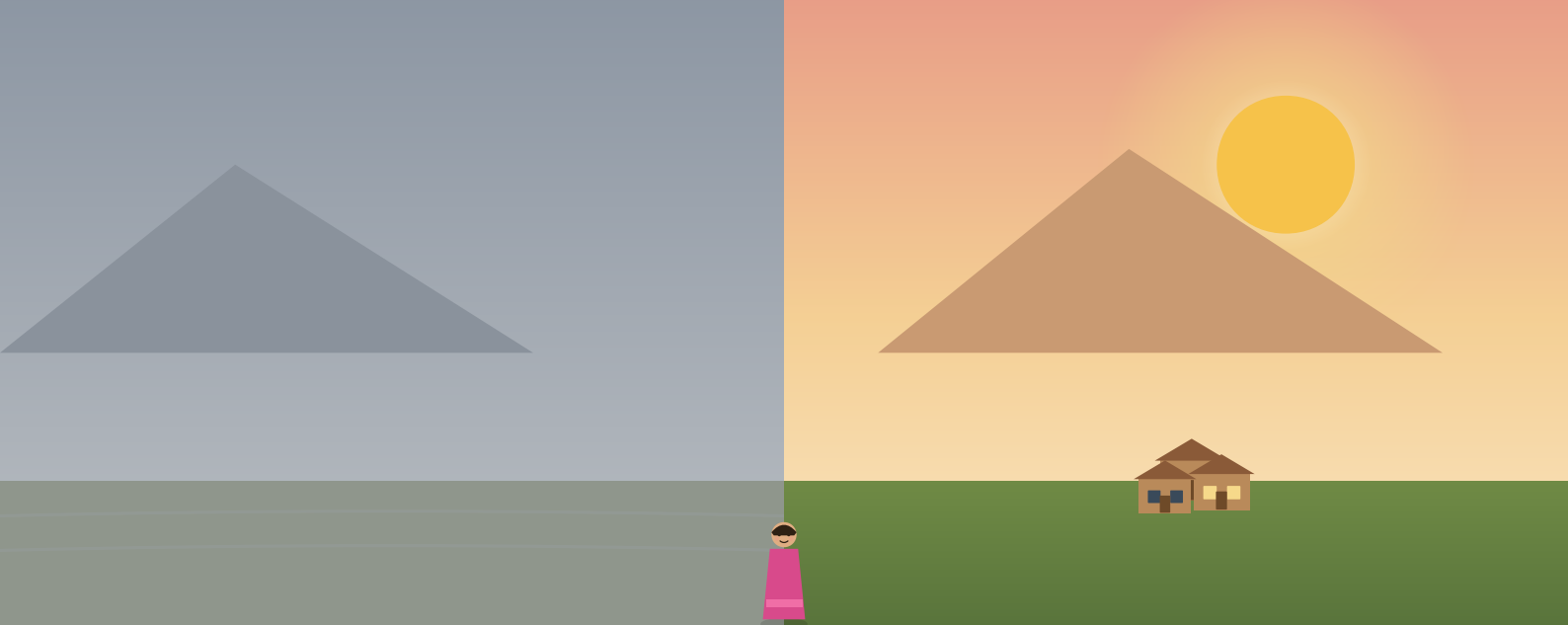
misma. Así se ve el mundo que despierta, niña — no todos volviéndose iguales, sino todos volviéndose, al fin, plena y libremente *ellos mismos* — y gozándose unos en otros.

Un solo secreto, cien nombres. Un solo jardín, mil flores.

Nina soltó un largo suspiro, y algo en ella que había estado ansioso se quedó quieto y contento. —Así que hay una puerta en todas partes —dijo—. Para todos. A su propia manera.

—Una puerta en todas partes —convino Don Emilio—. Para todos. A su propia manera. Y cada una de ellas lleva al mismo lugar — no lejos del mundo, sino más adentro de él. A casa. —La miró entonces, y su rostro se puso, muy suavemente, más serio—. Pero debo decirte una cosa dura antes de que termine esta mañana. Porque una puerta que puedes cruzar es también una puerta junto a la que puedes pasar de largo. Y el valle gris del fuego — el que te hizo llorar — no se ha ido, niña. Sigue siendo uno de los caminos. Sigue abierto, cada día, bajo los pies de todos. —Se levantó, y le tendió la mano—. Ven. Hay una cosa más que debes ver, antes de volver a bajar la montaña. Debes ver los dos caminos — con claridad — con tus propios dos ojos. Para que puedas elegir.

. . .



CAPÍTULO Quince

Los dos caminos

elegido con sabiduría, no con miedo

Don Emilio llevó a Nina un trecho ladera arriba por encima de la Casa del Saber, hasta un lugar donde el propio sendero se dividía — una rama doblando hacia abajo y a la izquierda, otra trepando hacia la derecha — y allí se detuvo, y la hizo pararse en la bifurcación, con un camino corriendo bajo cada pie.

—No te mostraré otra vez el valle gris —dijo—. Ya lo has visto una vez, y una vez basta; no hace falta quedarse mirando fijo la oscuridad. Pero quiero que sientas, parada aquí, que ambos caminos están de verdad abiertos. No uno. Ambos. Cada día, por el resto de tu vida, estarás parada en una bifurcación exactamente como esta — cien veces al día, de maneras tan pequeñas que apenas lo notarás — y elegirás sobre cuál camino cae tu pie.

Señaló hacia abajo el sendero de la izquierda, donde se hundía en la sombra. —Ese camino es el fácil de tomar. Ni siquiera se siente como elegir. Es el camino del torbellino — de dejar que el mundo ruidoso decida tu día por ti, de ir a la deriva hacia donde jala el ruido, de dejar la pequeña plegaria, una vez más, porque estás cansada, y siempre hay algo más brillante y más urgente que llama. Nadie recorre ese camino a propósito, niña. Eso es lo terrible de él. Es simplemente el camino en el que terminas cuando no eliges el otro. Es el camino de la *deriva*.

—Y el camino del miedo corre junto a él —dijo Mama Rosa en voz baja—, que parece su opuesto pero en realidad es su gemelo. A unos, el torbellino

los arrastra al sueño; a otros los azuza hacia el miedo — hacia el apuro y el pavor y el bracear contra cien peligros, reales e irreales, hasta que no les queda paz para construir nada en absoluto. Sueño o pánico — son las dos caras del mismo camino ruidoso. Y ambos, niña, se eligen desde el *miedo*. El miedo que dice: es demasiado tarde. Es demasiado grande. Tú eres demasiado pequeña. Échate, o corre — pero no te atrevas a *construir*.

Entonces Don Emilio la volvió, con dulzura, de cara al sendero de la derecha, donde trepaba hacia la Casa del Saber y las cálidas ventanas iluminadas y, más allá de ellas, todo el valle que despertaba bajo el sol de la mañana.

—Y este —dijo— es el otro camino. Y no te diré que es el fácil, porque no lo es. Es el camino que debes elegir *a propósito*, cada día, muchas veces contra todo el peso del mundo inclinándose hacia el otro lado. Pero óyeme, niña — no se elige desde el miedo. Se elige desde algo mucho más fuerte y mucho más callado. Se elige con *sabiduría*. Y se elige con *amor*.

—La gente del camino ruidoso te dirá que te estás escondiendo. Que lo sabio, lo despierto, es elevarse por encima de todo — cerrar los ojos al mundo duro y flotar hacia algún lugar sereno y dejar atrás el desorden. — Negó con la cabeza despacio—. Pero ese no es el camino callado. Ese es solo el camino del miedo, con una máscara de paz. El camino verdadero no te pide *elevarte por encima*. Te pide *bajar* — arremangarte, y arrodillarte en la tierra real del mundo real, y plantar algo. Todavía no es hora de flotar hacia los cielos, niña. Es hora de *actuar*. Aquí mismo. Con tus dos manos. En este valle, en esta mañana.

—Y cómo gastas esta única vida corta —dijo Mama Rosa, tomando ambas manos de Nina entre las suyas viejas— es lo más verdadero que jamás dirás sobre lo que crees. No las palabras que dices. No las cosas que sientes. La *vida* que de verdad vives — dónde pones tus horas, tu amor, tu atención, tu única y pequeña fuerza. Ese es tu verdadero voto, echado de nuevo cada día, por cuál valle habrá de llegar a ser. No eliges el camino dorado deseándolo, niña. Lo eliges *viviéndolo*. Votando por él — con tu propia vida.

Y Nina se quedó allí en la bifurcación del sendero, con todo el valle debajo de ella y los dos caminos abiertos bajo sus pies, y sintió la elección asentarse en ella — no como algo pesado, un deber o una carga, sino como algo casi insoportablemente alegre. Porque vio, al fin, que el camino dorado no era el camino duro fingiendo que valía la pena. Era simplemente el camino que estaba *vivo*.

*El camino oscuro se recorre con miedo. El camino dorado se
elige con amor.*

—Elijo este —dijo. Y lo dijo con calma, y con sencillez, como se dicen siempre las cosas más hondas — no como un gran juramento gritado al cielo, sino como un pequeño hecho verdadero, colocado como la primera piedra de una casa—. Elijo el camino dorado. No porque no tenga miedo. Sino porque prefiero construir a ir a la deriva. Prefiero plantar a entrar en pánico. Lo elijo. Y lo seguiré eligiendo. Cada día.

Y los dos ancianos se miraron por encima de su cabeza — y tenían los ojos llenos, y brillantes — porque sabían que acababan de oír el sonido que toda la larga noche, y todo el largo libro, y toda la larga plegaria de mil años, habían estado esperando. El sonido de una niña, despierta, eligiendo la luz a propósito.

—Entonces está hecho —susurró Don Emilio—. O más bien — niña — recién ahora, esta mañana, de verdad ha comenzado.

. . .



CAPÍTULO Dieciséis

Ahora vive

la puerta se abre por completo

Nina no volvió a casa, al valle de abajo, al final. O — sí volvió, muchas veces, en todos los días comunes que siguieron; pero no volvió a ser quien había sido. Se quedó cerca de la Casa del Saber. Venía cada mañana al bajo edificio de piedra con la chakana tallada sobre su puerta, y aprendió las canciones antiguas, y las viejas maneras con las semillas, y la vieja lengua que su propia abuela había medio olvidado. Y más que todo eso, aprendió lo que Mama Rosa y Don Emilio habían pasado sus largas vidas enteras aprendiendo — cómo mantener la pequeña puerta de su pecho abierta de par en par, y cómo ayudar a abrir de par en par las puertas de los demás.

Porque eso, al final, era la labor. No ser una heroína. No salvar el valle ella sola, en un solo destello brillante de gloria. El valle no necesitaba otra heroína; el camino ruidoso está lleno de héroes. Lo que el valle necesitaba — lo que todo valle necesita — era simplemente un corazón más mantenido tibio y abierto, acercando calladamente su pequeña llama al siguiente corazón frío, y al siguiente.

Y así Nina se volvió una de las que pasan la vela. Cuando un niño nuevo llegaba a la puerta azul, desvelado y afligido, recién terminado cierto libro — y llegaban, uno por uno, a lo largo de los años — era a menudo Nina ahora quien se sentaba con ellos junto al fuego, y servía el té, y decía: *Sí. Es real. Todo ello. Pasa.* Los ancianos envejecieron. Y una mañana luminosa y fría, años después, se fueron al fin a reunirse con los antepasados

relucientes al otro lado del velo delgado, delgadísimo — y Nina lloró por ellos, las buenas lágrimas de oro que llenan las grietas; y luego se secó los ojos, y encendió su vela en la llama que le habían dejado, y siguió adelante. Porque así es como va. Adelante, y adelante. Uno por uno por uno.

Y ahora — con dulzura, del modo en que siempre se dicen las cosas más importantes — debo apartarme, una última vez, de Nina, y hablarte a ti. Sí: *tú*. El que sostiene este libro. Porque hemos llegado hasta la última página, y no dejaría que lo cerraras sin decirte la única cosa que toda esta historia ha venido llevando hacia ti, desde su mismísima primera palabra.

Es real.

No en cada-detalle-exactamente-así — Nina es un nombre inventado, y parte del fuego de estas páginas es el fuego del cuento. Pero debajo de la historia, sosteniéndola como las montañas sostienen el cielo, hay algo verdadero, y es esto: hay un valle real, en los Andes reales, donde gente real despierta calladamente una luz real — construyendo una Casa del Saber real, cuidando chacras reales, sentándose con ancianos solitarios reales, recordando una plegaria real de mil años. Está sucediendo ahora, mientras sostienes este libro. Y es solo un valle entre mil — porque el mismo despertar se agita, calladamente, en cada tierra de este mundo, dondequiera que aunque sea un solo corazón haya abierto su puerta de par en par.

Y hay un lugar en él para ti.

No algún día. No cuando seas más grande, o más valiente, o más terminado, o más seguro. *Ahora*. Exactamente como eres, exactamente donde estás parado. No tienes que venir a las montañas. No tienes que ser nadie más que tú mismo. Solo tienes que ir y encontrar la puerta que ya está allí, en tu propio pecho y tu propio valle, y abrirla de par en par — y luego empezar. Y empieza *pequeño*, niño. Ese es el último secreto, y el más bondadoso. No trates de salvar el mundo para el jueves. Planta una cosa, y cuídala. Visita a un anciano solitario, y escucha de verdad. Reúne a un amigo, y recuerden juntos algo digno de ser recordado. Elige, una vez hoy, el camino dorado en vez del gris.

Porque ningún amor es jamás demasiado pequeño. Esa es la gran mentira del mundo ruidoso — que a menos que puedas hacer algo enorme, más te vale no hacer nada en absoluto. No es cierto. Nunca fue cierto. Todo el despertar de todo el ancho mundo no está hecho de otra cosa que de pequeños amores, calladamente elegidos, uno tras otro, por gente común

que decidió no esperar. Una vela, acercada a la siguiente. Eso es todo lo que ha sido siempre. Eso es todo lo que jamás necesitará ser.

Así que aquí, en la última página, el libro te pregunta lo mismo que el anciano le preguntó a Nina — no *si es real*, sino *si vas a entrar*. La puerta está abierta. Ha estado abierta desde el principio. Estaba abierta antes de que siquiera tomaras este libro; el libro no fue nunca más que una vela, llevada desde muy lejos, para ayudarte a encontrarla en la oscuridad.

*Mosoq Paqariy. El nuevo amanecer eres tú.
Y es ahora. Y la puerta está abierta —
y ya estás dentro.*

Ve, entonces, niño de cualquier valle. Abre tu puerta de par en par. Elige el camino dorado. Planta tu única cosa pequeña, y mantén tu único corazón tibio, y pasa tu única pequeña llama a la siguiente mano fría que encuentres. Y sabe, mientras lo haces, que no estás solo — que una gran multitud cálida de nosotros, los vivos y los antepasados, los cercanos y los lejanos, los mil valles a la vez, estamos haciendo lo mismísimo a tu lado, esta misma mañana, moviéndonos todos juntos, un poco más cerca de la luz.

Kausachun Allin Kawsay. Viva el buen y hermoso vivir. Juntos — tú, y yo, y Nina, y las montañas, y todos los relucientes que se han adelantado — juntos, recordaremos.

Y cómo el valle cumplió su promesa — cómo creció la pequeña Casa del Saber, y quién más llegó al fin a través de la puerta, y cómo se ve el mundo que despierta una vez que la mañana está de verdad en lo alto — ah. Ese es el próximo libro. Y el próximo amanecer.

Y ya está comenzando.

. . .

MOSOQ PAQARIY • LIBRO TRES

Las Crónicas del Valle Sagrado



EL LARGO CAMINO A CASA

El Regreso a Casa

de vuelta a donde siempre estuvimos

AMISTAD SAGRADA • YACHAY WASICHA • ANTIGUOS APUS • PISAQ



CAPÍTULO Uno

La mañana del valle entero

años después, y cada ventana encendida

Pasaron los años, como pasan los años — calladamente, y de golpe — y la niñita llamada Nina, que una vez había cruzado una puerta al amanecer, creció.

Ahora era una mujer joven. Y había cumplido la promesa que hizo aquella mañana en la bifurcación del sendero de la montaña: se había quedado. Vivía todavía en Pisaq, en el Valle Sagrado, bajo las mismas grandes montañas que habían velado por ella desde el día en que nació. Y cada mañana — pues los antiguos se lo habían enseñado, y ella había comprobado que era cierto — se levantaba antes de la luz, se envolvía en una cálida manta tejida contra el frío, y subía al llano encima del pueblo para ver despertar al valle.

Y ay — qué cosa se había vuelto aquello de contemplar.

Porque el valle que Nina contemplaba ahora desde lo alto no era el lugar somnoliento y medio olvidadizo de su niñez. Estaba despierto. De veras, enteramente despierto. En la luz gris antes del sol, alcanzaba a ver las chacras en terrazas trepando por las laderas — cientos de ellas, verdes y generosas, donde antes solo había habido maleza y espera. Alcanzaba a ver los pequeños invernaderos respirando su neblina matinal, y las largas hileras de los granos antiguos y las papas antiguas, mil clases, regresando desde el borde mismo del olvido. Alcanzaba a ver los telares ya dispuestos en las terrazas, sus hilos brillantes atrapando la primera luz, y sabía que

para media mañana el valle entero estaría zumbando con las canciones antiguas — cantadas ahora no por unas últimas voces temblorosas, sino por los jóvenes, que las habían aprendido, y las habían amado, y las habían hecho suyas otra vez.

Y alcanzaba a ver las luces. En el pueblo abajo, y desperdigadas cerro arriba por los oscuros pliegues de las montañas, ventanas cálidas brillando doradas — una apagándose, ahora, y ahora otra, mientras las familias dentro soplaban sus lámparas y salían al amanecer. Nina nunca se cansaba de esas luces. Recordaba una noche, hace mucho, en que dos antiquísimos rostros luminosos se habían parado junto a ella en este mismísimo lugar y le habían enseñado lo que cada una de aquellas ventanas lejanas era en verdad: un corazón que había prendido la llama.

Ahora había tantas. Muchísimas más de las que había habido.

Pensaba — como solía hacerlo, aquí arriba en el frío y el silencio — en el otro valle. El gris. El que la vieja Mama Rosa le había mostrado, hace ya tantos años, en el danzar de un fuego: el lugar bonito, vacío, moribundo, el valle vuelto un museo de sí mismo, hermoso y hueco, con las viejas costumbres tras un vidrio y las canciones antiguas sonando metálicas desde un parlante para los turistas que venían y fotografiaban y se iban. Aquel valle había parecido tan cercano, esa noche. Tan terrible, tan respirablemente cercano — el camino que todos habían estado recorriendo, medio dormidos.

Y nunca había llegado.

Esa era la cosa que todavía podía cortarle el aliento a Nina, algunas mañanas, aquí parada. No que algo maravilloso se hubiera construido — aunque así fuera — sino que algo terrible había sido *apartado*. El valle gris no había sucedido. El camino se había torcido, a tiempo, por un pelo y luego por una legua, y aquí en cambio estaba *esto* — la mañana viva, que respiraba y cantaba, extendida dorada allá abajo. No era cosa pequeña haber apartado a todo un pueblo del borde del olvido. Era, pensaba Nina, casi la cosa más grande que había.

Y ahora ella tenía parte en conservarlo. Porque Nina se había vuelto una guía.

Había sucedido despacio, como sucede lo mejor. Había empezado simplemente por estar presente — ayudando en Yachay Wasicha, la Casa del Saber, con los niños más pequeños; sentándose con los mayores; aprendiendo, y aprendiendo, y aprendiendo. Y entonces, un día, un niño

había llegado a la puerta azul de la casa de Mama Rosa — sin sueño, y afligido, y apretando cierto libro contra el pecho — exactamente como una vez había llegado la propia Nina. Y había sido Nina, ese día, quien puso la tetera al fuego, y sirvió el té, y dijo las palabras que ella misma había ansiado tanto oír: *Sí. Es real. Todo ello. Pasa.*

Ahora era una de los que pasan la vela. Ese era el nombre más verdadero de lo que hacía. Tomaba la pequeña llama que habían acercado a su propio corazón, en una fría noche de montaña, dos ancianos y un cuenco de vetas doradas — y la acercaba, con paciencia, al siguiente corazón, y al siguiente.

El sol rompió entonces sobre las cumbres del oriente, de golpe, dorado y rosa, y el valle entero saltó al color bajo ella — el verde de las terrazas, el rojo de los tejados, el destello de plata del río allá abajo. Y desde algún punto sendero abajo, Nina oyó las primeras voces claras de la mañana: niños, subiendo hacia la Casa del Saber, riendo mientras venían, como los niños han subido hacia el siguiente lugar bueno desde el mismísimo principio del mundo.

Sonrió, y se ciñó la manta, y se volvió para bajar a su encuentro.

Pero se detuvo, un momento más, en lo alto del sendero — y miró atrás sobre todo ello: el valle, las montañas, el humo que subía, las ventanas que se apagaban, el entero y cálido milagro de aquello. Y le vino un pensamiento que aún no habría sabido poner en palabras, aunque pasaría el resto de este libro aprendiendo cómo. Era un pensamiento sobre lo *lejos* que todos habían llegado. Y sobre el extraño y hermoso secreto escondido dentro de esa distancia — un secreto que apenas, aquella mañana dorada, empezaba a adivinar.

*Habían llegado tan lejos.
Y haría falta el resto entero de la historia
para ver cuán lejos — y hacia dónde.*

. . .



CAPÍTULO Dos

Los niños que crecieron

alegría, luz, y el árbol que acoge

Abajo en el pueblo, la mañana ya estaba llena de la gente que Nina amaba — y tres de ellos, ese día como casi todos, estaban cerca del corazón de todo.

Tal vez recuerdes sus nombres. Porque eran los mismísimos niños sobre los que se escribió el primer libro — aquellos cuya historia Nina había leído, la noche que la cambió, sin soñar jamás que un día caminaría por las mismas calles que ellos, y los llamaría amigos. Entonces eran niños pequeños, en el libro. Pero los libros tardan en viajar por el mundo, y los corazones tardan en crecer. Y así, para cuando llegó Nina, Kusi e Illa y Mallki eran mayores que ella — crecidos, ahora, hasta sus dones, como una semilla crece hasta ser exactamente la planta que siempre estuvo plegada dentro de ella.

Kusi había sido la alegre — la niña cuyo nombre mismo significaba alegría, y que no podía dejar de reír como el río no puede dejar de correr. Y Kusi seguía siendo exactamente eso; solo que ahora la alegría tenía una tarea que cumplir. Era Kusi quien guardaba las fiestas del valle — las siembras y las cosechas, los días de dar nombre y los nombramientos de las montañas, los festines que marcaban el girar del año. Cuando un valle entero despierta, verás, no solo necesita chacras y escuelas. Necesita *celebración* — necesita el tambor y la danza y la mesa compartida — porque a un pueblo lo sostiene unido no solo su trabajo sino su alegría. Y Kusi, riendo, velaba por la alegría.

Illa había sido la llena de luz — callada, y atenta, con una lámpara encendida en algún lugar detrás de los ojos. E Illa se había vuelto maestra. No de la clase ceñuda, que llena a un niño de datos como se llena un costal de piedras, sino de la otra clase — la clase rara y preciosa — que se arrodilla junto a un niño y lo ayuda a encontrar la lámpara que ya arde dentro de su *propio* pecho, y luego simplemente le hace compañía mientras se aviva. Fue Illa, más que nadie, quien había hecho de Yachay Wasicha lo que ahora era: no un lugar donde a los niños se los hacía iguales, sino un lugar donde a cada uno se lo ayudaba a llegar a ser, por fin, gloriosa y plenamente sí mismo.

Y Mallki — ah, Mallki. El nombre de Mallki significaba un árbol joven, un arbolito; y había una razón para ese nombre, y era tierna. Porque Mallki era el niño que había venido de muy lejos — traído a través del mar cuando era pequeño, plantado en la nueva y extraña tierra del valle, y acogido. Mallki sabía, de un modo que los demás nunca podrían, lo que era estar lejos de casa, y ser recibido, y echar raíces en un suelo que no era el suelo del propio nacimiento. Y así Mallki se había vuelto el puente — el que daba la bienvenida a los que venían de otra parte, el que se sentaba con los solitarios y los recién llegados, el que entendía sin que se lo dijeran lo que es pertenecer a dos lugares a la vez, o sentir que uno no pertenece, por un tiempo, a ninguno. Un arbolito llevado por encima del muro, vuelto ahora un árbol lo bastante ancho para dar cobijo a otros. No hay cosa más hermosa en que una semilla trasplantada pueda convertirse.

Tres niños de un mismo valle. La alegría, y la luz, y el árbol que acoge. Habían sido pequeños y temerosos una vez, en una noche sin sueño, en el mismísimo principio de todo. Y habían crecido hasta ser las tres ramas fuertes sobre las que buena parte de la nueva vida del valle se sostenía ahora, calladamente.

Nina los encontró esa mañana en la plaza — Kusi colgando los vistosos estandartes tejidos para una fiesta de siembra que faltaba tres días, Illa rodeada como siempre por un pequeño enredo de niños, Mallki metido en una conversación suave con una familia recién subida de la ciudad, ayudándola a sentirse, ya, un poco menos forastera. Y Nina se quedó un momento al borde de la plaza y simplemente los miró, a estos niños del libro ya crecidos, haciendo el trabajo común de un mundo que despierta, y sintió su corazón entibiarse y colmarse.

—Estás embobada, guía —dijo una voz a su lado, riendo. Era Kusi, por supuesto, que había llegado con un brazado de estandartes—. Se te pone esa mirada, y luego te quedas ahí parada como una piedra. ¿Qué es esta vez?

—Solo estaba pensando —dijo Nina despacio— en lo lejos que ha llegado todo. En todo lo que ha crecido. A veces casi no puedo creer que sea real.

El rostro risueño de Kusi se puso, por un momento, inesperadamente tierno y serio — como se ponen aun los rostros más alegres, cuando alguien dice una cosa verdadera.

—Lo sé —dijo Kusi en voz baja—. Yo estuve al mismísimo comienzo de todo, sabes — con frío, y con miedo, y segura de que éramos demasiado pequeños para importar. Y ahora mira. —Un gesto hacia toda la plaza luminosa—. Pero ¿quieres saber la parte más extraña, Nina? ¿La parte de la que casi nadie habla?

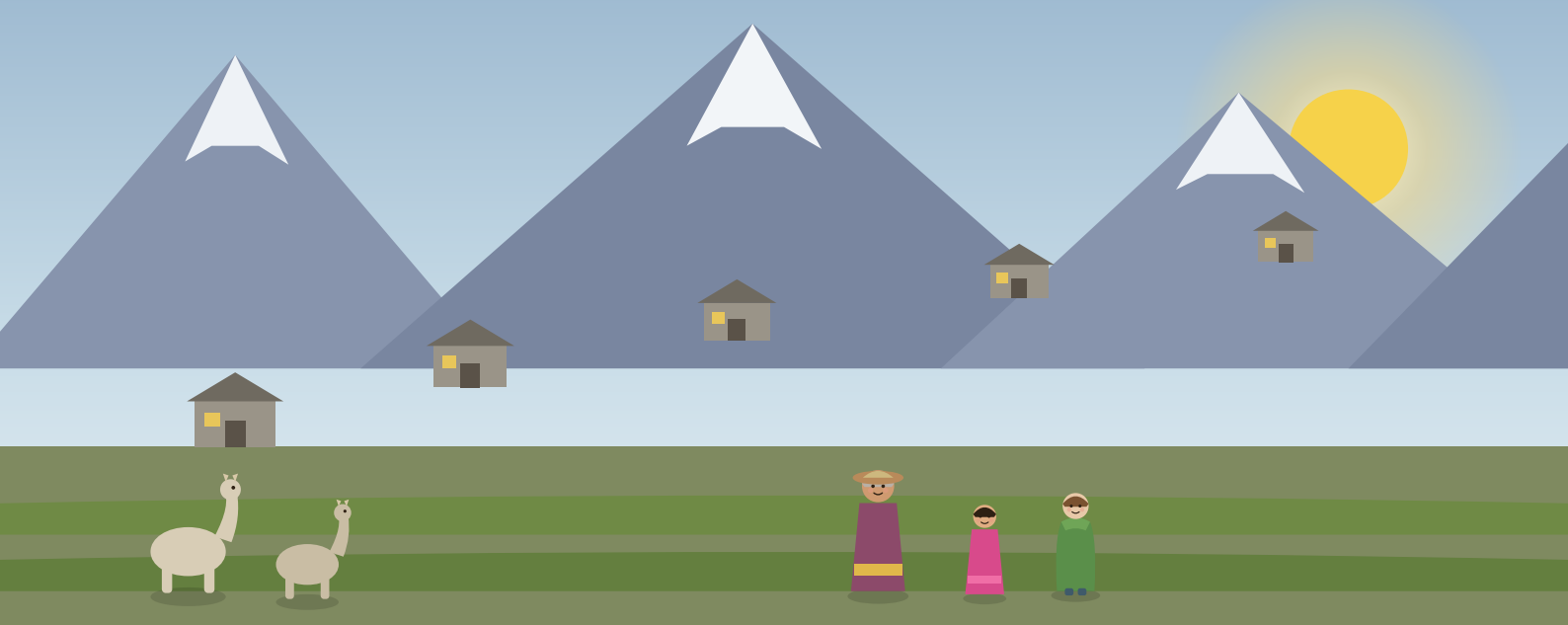
—Dime —dijo Nina.

—No construimos nada *nuevo* —dijo Kusi—. No en realidad. Todo lo que ves aquí — las chacras, las canciones, los modos de la semilla y del telar y del cuidarnos unos a otros — las abuelas lo tenían todo, desde siempre. No inventamos la buena vida. Solo... —Kusi hizo una pausa, buscando—. Solo volvimos a ella. Dimos un rodeo larguísimo. Y terminamos exactamente donde empezamos.

Y ahí estaba otra vez — ese pensamiento. El mismo que había rozado a Nina en la cima de la montaña al amanecer. Abrió la boca para preguntarle más a Kusi; pero justo entonces Illa llamó desde el otro lado de la plaza, y un niño jaló la manga de Kusi, y la mañana los arrebató a todos hacia sus luminosos quehaceres de siempre, y el pensamiento se escabulló una vez más — aunque no fue lejos.

La estaba esperando, según resultó, más arriba en la montaña. Adonde, esa misma tarde, Nina se dirigía.

. . .



CAPÍTULO Tres

Montaña arriba, casa por casa

los lugares más altos, encendidos otra vez

Porque el fondo del valle, con su mercado y su plaza y su Casa del Saber, era solo el comienzo de la historia — solo su umbral. El verdadero alcance de lo que había despertado no podía verse desde el pueblo en absoluto. Para verlo, había que subir.

Y así esa tarde Nina subió — por los viejos senderos de piedra que zigzagueaban hacia la tierra alta, más allá de las últimas chacras en terrazas, hasta donde el aire se volvía delgado y frío y limpio y las grandes cumbres se alzaban tan cerca que sentías que podías posar la mano sobre ellas. Aquí era donde vivían las comunidades de la montaña: los pueblos altos, desperdigados por los pliegues de los **Apus** como semillas lanzadas por una mano generosa — pequeños racimos de casas de piedra, cada una más vieja que la memoria, cada una hogar de familias que habían guardado las alturas desde mucho antes de que se soñaran los pueblos de abajo.

Alguna vez, no hace tanto, estos habían sido los lugares más solitarios de todos. Cuando el gran torbellino de la prisa y el olvido había barrido el mundo, había vaciado los pueblos altos primero y peor. Los jóvenes habían bajado la montaña y no habían vuelto. Los viejos habían quedado solos con las llamas y el viento y un silencio que crecía, año tras año, más ancho y más frío. Nina había oído las historias. Una comunidad entera, una vez, de cuarenta familias — reducida a tres viudas viejas y un muchacho. Casas en

pie vacías, sus techos hundiéndose. Las altas terrazas, construidas por cien pacientes generaciones, volviéndose pasto otra vez.

Pero esa era la vieja historia. Y Nina había subido toda la tarde para pararse, ahora, en medio de la nueva.

Porque los pueblos altos estaban vivos otra vez. Al coronar la última cuesta, respirando fuerte en el aire delgado y brillante, lo vio extenderse ante ella: la comunidad de Willka Orqo, y estaba floreciente. Las casas vacías habían sido reparadas, sus techos recién techados de paja, sus ventanitas — las contó, y el corazón se le levantó — encendidas todas y cada una. Las altas terrazas trepaban las laderas de nuevo en prolijos peldaños verdes, sembradas con los granos recios que solo crecen bien aquí arriba, cerca del cielo. Había llamas y alpacas en los pastos de altura, más de las que podía contar, y su lana era la riqueza de la comunidad. Había niños — *niños*, aquí arriba, donde por un tiempo casi no había habido ninguno — corriendo entre las casas, persiguiendo una pelota, exactamente como corrían los niños en el pueblo de abajo.

Y había una escuela. Pequeña, de piedra, con una chakana tallada sobre su puerta, igual que la gran Casa del Saber en el valle — porque el despertar, cuando llegó, no se había quedado abajo en el pueblo cómodo. Había *subido*. Casa por casa, pueblo por pueblo, cerro arriba y más arriba, la llama había sido llevada a los lugares más altos y más solitarios, y había sido encendida allí, y había prendido, y había perdurado.

Un viejo pastor llamado Don Teofilo la encontró en el sendero, su rostro un mapa arrugado de noventa inviernos de montaña, y la acompañó cuesta arriba hasta la comunidad. Y mientras iban le contó, al modo lento de la gente de las alturas, cómo había llegado a suceder.

—No vinieron a salvarnos —dijo — y Nina sonrió, porque conocía esta canción, y la amaba—. Nadie vino del pueblo con un plan para la pobre gente de la montaña. No fue así como fue. Algunos de nuestros propios jóvenes volvieron a casa, es todo. Volvieron a subir la montaña, con una luz dentro que habían prendido allá abajo. Y se sentaron con nosotros. Y escucharon — de veras escucharon, a los viejos, a lo que todavía recordábamos aquí arriba y que hasta el valle había olvidado. Y descubrimos que teníamos algo que darles *a ellos*, tanto como ellos tenían que darnos a nosotros. —Sus viejos ojos se arrugaron—. Ese es el secreto, hija. No vino de arriba, y no vino de abajo. Vino de *en medio*. De la gente volviéndose a mirarse las caras de nuevo, cerro arriba y cerro abajo por toda la montaña, y

recordando que eran un solo pueblo. Un solo *ayllu*. Una sola familia, del río a la nieve.

Nina se quedó con el anciano en lo más alto de Willka Orqo, y miró hacia abajo — por toda la vasta caída de la ladera, hasta el fondo del valle allá lejos, el río de plata reluciendo, y luego otra vez hacia arriba por la ladera lejana del otro lado, donde más pueblos altos que apenas alcanzaba a ver atrapaban la última luz dorada. Y entendió, viéndolo entero de ese modo, lo que de verdad se había construido aquí. No un solo pueblo despierto. Una *montaña* entera despierta — una escalera viva de comunidades, desde los pastores más altos en la nieve hasta los comerciantes del mercado junto al río, cada una distinta, cada una enteramente ella misma, y todas ellas, ahora, encendidas.

—Cuán lejos —murmuró — la tercera vez que ese pensamiento le venía ese día, y ahora ya no se iba—. Cuán lejos ha llegado todo.

—Sí —dijo Don Teofilo—. Muy, muy lejos. —Se quedó callado un momento, mirando sus montañas—. Y ¿sabes la gracia de todo esto, la hermosa gracia? Con todo ese llegar tan lejos — aquí arriba, ahora vivimos casi exactamente como vivía mi bisabuela. Las mismas semillas. Las mismas canciones. El mismo cuidarnos unos a otros contra el frío. —Rió entre dientes, hondo en su viejo pecho—. Salimos hasta el borde mismo de perderlo todo. Y volvimos todo el camino de regreso a casa. Y la casa estuvo aquí todo el tiempo, esperando. Esa es la historia entera, hija. Si entiendes eso, lo entiendes todo.

Nina todavía no lo entendía todo. Pero parada allí, en la alta luz dorada, con la montaña viva entera extendida bajo ella, se sintió dar un largo paso más cerca.

*Del río a la nieve, una sola familia.
Fueron hasta el borde de perderlo todo —
y hallaron que el camino a casa había estado bajo sus pies.*

. . .



CAPÍTULO Cuatro

La Casa de Sanación

Sumaq Kawsay — el hermoso vivir

Había una casa en el valle que Nina amaba por encima de todas las demás, y era la casa donde los quebrados venían a volverse enteros.

Se alzaba un poco apartada, entre jardines, con una puerta ancha y cálida que nunca se cerraba con llave, y sobre esa puerta había dos palabras talladas en la lengua antigua: *Sumaq Kawsay* — el hermoso vivir. Algunos la llamaban la casa de la sanación, pero Nina había aprendido que esto no era del todo exacto, y que ese no-del-todo importaba. Porque no era una casa donde se remendaban los cuerpos enfermos, aunque a veces se remendaban. Era una casa donde los *corazones enfermos* venían a recordar cómo vivir.

Venían de todas partes, los heridos. Algunos bajaban de los pueblos altos, ahuecados por demasiados inviernos a solas. Algunos volvían a casa desde las grandes ciudades, adonde habían ido persiguiendo la promesa reluciente y habían hallado en cambio una soledad tan vasta que los había vaciado por dentro. Estaban los que penaban, que habían perdido a alguien y no encontraban el camino de regreso a la mañana. Estaban los jóvenes a quienes el torbellino había llenado de un dolor inquieto y roedor al que no sabían dar nombre. Y estaban los que simplemente habían olvidado — olvidado que eran amados, que pertenecían, que llevaban dentro algo digno de ser llevado.

Y en la ancha y cálida puerta de Sumaq Kawsay, la mayoría de las veces, era Mallki quien los recibía.

Mallki — el arbolito traído a través del mar, vuelto ahora el árbol que acoge — había hecho de esta casa la obra de una vida. Y Nina, que venía a menudo a ayudar, había visto a Mallki hacer una cosa que parecía, al principio, no ser sanación en absoluto. Porque cuando una persona quebrada llegaba a Sumaq Kawsay, Mallki no la sentaba y la arreglabas. Mallki no la llenaba de consejos, ni de palabras ingeniosas, ni siquiera, al principio, de consuelo. En cambio — y este era el extraño secreto de la casa — Mallki le daba algo que *hacer*.

—Toma —decía Mallki con dulzura, al joven de ojos hundidos recién llegado de la ciudad—. Hay que dar de comer a las cabras, y la vieja Serafina ya no puede con ellas. ¿La ayudarías? —O, a la viuda gris de tanto penar—: Hay aquí una niña cuya madre está enferma, y nadie que le enseñe a tejer. Tú sabes tejer. ¿Te sentarías con ella?

Y Nina lo había visto suceder, una y otra vez, el pequeño milagro diario de todo ello. El joven ahuecado, que había llegado convencido de que no valía nada y de que no tenía remedio alguno — tres semanas después Nina lo encontraba riendo en el corral de las cabras, la vieja Serafina apoyada en su brazo, y algo encendido otra vez detrás de sus ojos. La viuda gris, que solo había querido echarse y seguir a su marido hacia la oscuridad — Nina la encontraba inclinada sobre un telar junto a una niñita absorta, su rostro deshecho suavizado por un propósito que había creído perdido para siempre.

—No lo entiendo —le dijo Nina a Mallki una vez, mirando esto—. Llegan aquí quebrados. Y tú los pones enseguida a trabajar cuidando a *otro*, a alguien aún más quebrado que ellos. Parece casi cruel. Y en cambio es justo lo que los sana. ¿Cómo?

Mallki la miró un largo instante, con los hondos y bondadosos ojos de quien ha estado lejos de casa y ha hallado el camino de regreso.

—Porque ahí es donde *está* la medicina, Nina —dijo Mallki—. Lo tenemos al revés, todos nosotros, toda la vida. Creemos que para ser sanados tenemos que ser llenados — cuidados, atendidos, colmados por dentro. Y a veces, sí, una persona necesita ser sostenida primero, y la sostenemos. Pero eso no la *sana*. ¿Sabes qué la sana? —Mallki señaló con la cabeza al joven en el corral de las cabras, a la viuda en el telar—. Ser *necesitada*. Descubrir que aun en su quebranto — *sobre todo* en su quebranto — tiene algo que otra persona

requiere. Al solitario no lo sana que lo visiten. Al solitario lo sana volverse alguien que visita. Al vacío no lo llena que le den. Al vacío lo llena descubrir que todavía tiene algo que dar.

Nina le dio vueltas despacio. —Entonces el dar... —empezó.

—El dar es el recibir —dijo Mallki—. El servir es la medicina. Ese es el secreto entero de esta casa, y es el secreto más hondo del hermoso vivir. Aquí no sanamos. Solo le volvemos a presentar a una persona la única cosa que siempre iba a sanarla — que es la oportunidad de amar a alguien. No hay otra medicina, Nina. En todo el mundo, no hay más medicina que esa.

Y Nina se quedó en el umbral de Sumaq Kawsay, bajo las dos palabras talladas, y miró a los quebrados cuidando a los quebrados en la dorada luz de la tarde — y sintió la verdad de aquello asentarse en ella, cálida y enorme y sencilla.

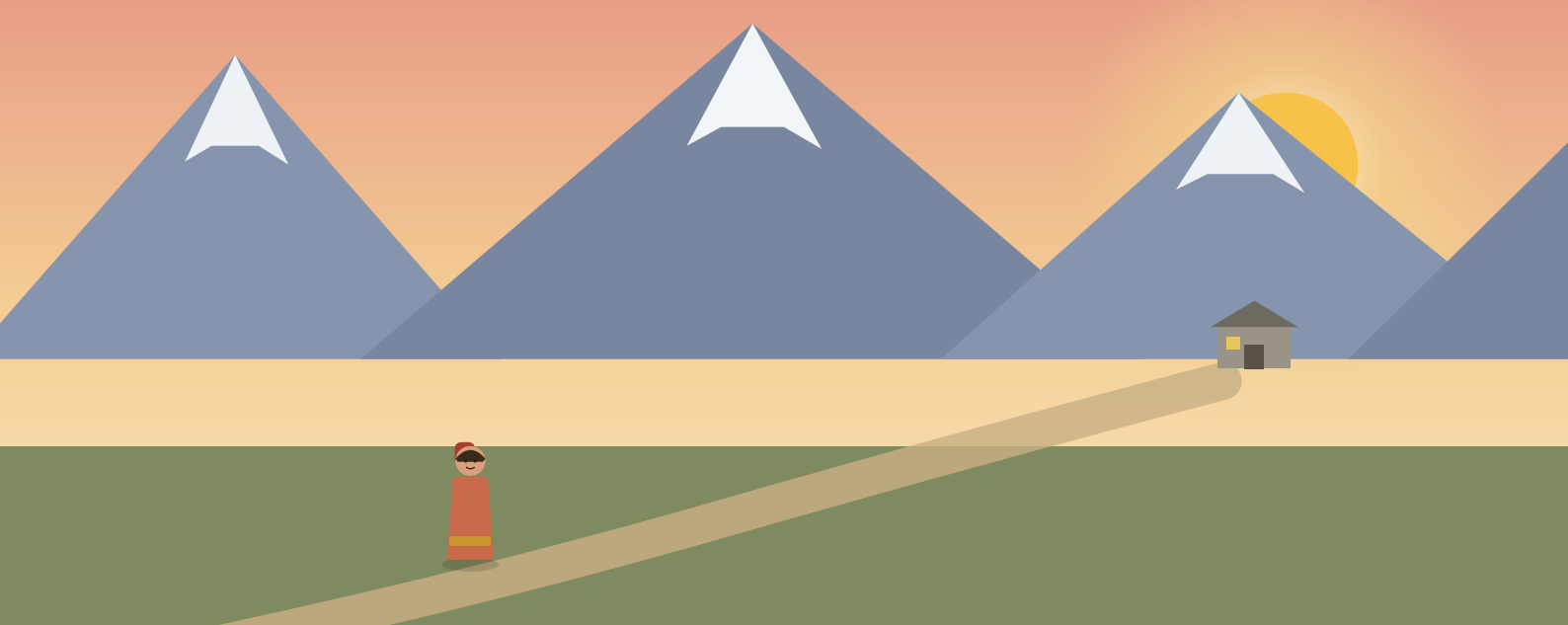
El servir es la medicina.

*No sanamos porque nos colmen por dentro,
sino al descubrir que aún tenemos algo que verter.*

—Creo —dijo Nina despacio— que eso solo lo aprendí de veras una vez. Muy arriba en la montaña. Con una mujer que no me quería allí para nada. — Sonrió, un poco apenada, ante el recuerdo—. ¿Te lo cuento? No es una historia que me deje bien parada. Salgo de ella quedando bastante tonta.

—Esas —dijo Mallki, acomodándose en el cálido peldaño— son siempre las mejores. Cuéntame.

. . .



CAPÍTULO Cinco

El que subió a dar

y recibió aún más a cambio

Fue en mi segundo año como guía —empezó Nina—. En aquel entonces me tenía en muy alta estima. Había cruzado la puerta, ¿sabes? Había prendido la llama. Y ahora quería, con muchísimas ganas, ir a ser *útil* —llevar mi luz nueva y brillante montaña arriba y volcarla en algún pobre rincón oscuro que me necesitara.

—Orgullo —dijo Mallki con dulzura—, vestido con el abrigo de la bondad.

—Exactamente eso. Aunque entonces no podía verlo. —Nina se rió de sí misma—. Así que me mandaron a Willka Orqo, a acompañar a una anciana llamada Doña Feliciano. Vivía sola en lo más alto del pueblo, en una fría casa de piedra, y era — cómo lo diría — era famosa por difícil. Amargada. De lengua filosa. Había perdido a su esposo y a sus dos hijos, uno tras otro, a lo largo de duros años de montaña, y le había cerrado la puerta al mundo entero, y lo había retado a tocar. Los demás casi se habían dado por vencidos con ella. Y yo, en mi gran sabiduría, estaba segura de que yo — ¡yo! — sería la que llegaría a ella. Le llevaría consuelo. Sanaría su soledad. Ya me imaginaba lo agradecida que estaría.

Mallki sonreía ahora. —¿Y cómo recibió Doña Feliciano a su joven sanadora?

—Ni siquiera me miraba —dijo Nina—. El primer día me dejó parada en el frío, fuera de su puerta, durante una hora, y luego me dejó entrar solo para ignorarme por completo mientras trabajaba. El segundo día me dijo — con

toda claridad, y usando palabras que no voy a repetir — exactamente lo que pensaba de las niñas consentidas del valle que subían la montaña para sentirse bien consigo mismas. Me veía por dentro, ¿comprendes? Veía el orgullo bajo la bondad, tan claro como el día. Y eso la ponía furiosa.

—Esa noche volví a casa —siguió Nina, más callada ahora— y lloré. No de lástima por ella — de orgullo herido, si soy honesta. Había venido a dar, y me habían rechazado. Mi hermosa luz me la habían arrojado de vuelta a la cara. Estuve muy cerca de no volver nunca más.

—Pero volviste.

—Volví. Y esta vez — porque me había quedado sin una gota de astucia, y no me quedaba nada que ofrecer — no traté de sanarla, ni de consolarla, ni de arreglarla, ni de volcar mi luz en ella en absoluto. Solo le pregunté si podía sentarme junto a su fuego, porque tenía frío. Y me quedé callada. Y al cabo de un largo rato, por hacer algo con mis manos inútiles, le pregunté si me mostraría cómo hilaba su lana — porque era más fina que ninguna que yo hubiera visto jamás, y esto era verdad, y ella escuchó que era verdad.

Los ojos de Nina estaban lejos ahora, montaña arriba, en un frío cuarto de piedra de años atrás.

—Y algo cambió. Porque ahora, ¿ves?, era *ella* la que tenía algo que dar. No era un pobre rincón oscuro al que compadecer y llenar. Era maestra de un oficio que yo no conocía, y yo era una muchacha que deseaba aprenderlo. Y eso — eso sí podía hacerlo. Sus manos recordaban lo que su corazón había olvidado. Empezó a enseñarme. A regañadientes, y corrigiéndome con dureza, y fingiendo todo el tiempo que le resultaba un gran estorbo. Pero me enseñó. Día tras día, todo aquel invierno, arriba en el frío, sus viejas manos guiando las mías torpes.

—Y aquí está la cosa, Mallki. Aquí está todo. —La voz de Nina se hizo baja—. Yo había subido esa montaña para sanar *su* soledad. Pero yo también estaba sola — nunca lo había admitido ni una sola vez, tan ocupada estaba en ser la joven guía fuerte de la luz brillante. Y sentada allí, semana tras semana, necesitándola, aprendiendo de ella, recibiendo de ella — fue *mi* soledad la que se derritió en silencio. Fue *mi* corazón el que sanó. Ella me dio algo que nadie más me había dado jamás: me dejó ser pequeña, y torpe, y necesitada de ella. Y para la primavera, sin que ninguna de las dos hablara jamás de soledad ni de sanación ni de luz, éramos sencillamente dos amigas. Dos amigas que se extrañaban en los días de por medio.

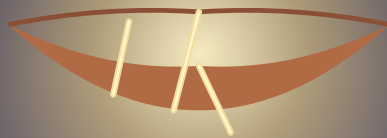
—Murió tres inviernos después —dijo Nina en voz baja—. En paz, mientras dormía, con la mitad del pueblo que se había «dado por vencido con ella» apretujada en aquella casita, porque para entonces los había dejado entrar de nuevo, uno por uno. Y al final ya no era la anciana amargada de Willka Orqo. Era Feliciano, la que enseñaba a hilar a los jóvenes, y cuyo fuego siempre estaba tibio, y cuya puerta — la misma puerta que una vez había retado al mundo a tocar — nunca volvió a cerrarse.

Nina se secó los ojos, y rió un poco, sin vergüenza.

—Fui a dar —dijo— y fui yo la que recibió. Subí la montaña para ser la sanadora, y bajé siendo la sanada. Ese es el secreto del que hablabas, ¿verdad? Esa es la medicina. Corrió *al revés* todo el tiempo — montaña arriba, por la misma montaña por la que yo creía estar bajándola.

—Siempre lo hace —dijo Mallki con dulzura—. No hay quien da ni quien recibe, Nina. Solo hay amor, moviéndose entre dos personas, sanándolas a las dos a la vez, de modo que después ni siquiera puedes decir cuál fue la herida y cuál la cura. —Mallki miró hacia los jardines—. Fuiste a buscar a alguien a quien salvar. Y lo que encontraste fue una amiga. Eso es lo que encuentra, al final, todo el que sale de veras a servir. No alguien a quien salvar. Una amiga que aún no había conocido.

. . .



CAPÍTULO Seis

El cuenco rajado, vuelto oro

la herida se hace regalo

Se quedaron un rato en el cálido silencio después de la historia de Nina. Y entonces Mallki se levantó, y entró en la casa, y volvió trayendo algo envuelto en un paño suave, y lo puso en las manos de Nina.

Lo desenvolvió. Y sonrió, porque lo conocía — o conocía a los de su especie. Era un cuenco, un viejo cuenco de barro, que alguna vez se había partido de lado a lado y había sido remendado a lo largo de la rotura con una brillante veta de oro. Había sostenido a su gemelo, una vez, junto a un fuego, en la noche que cambió su vida.

—Lo guardamos aquí, en la casa de la sanación —dijo Mallki—. Es el maestro más verdadero de todo el lugar. Más que yo. Más que cualquiera de nosotros. —Mallki se sentó de nuevo junto a ella—. Ya sabes lo que dice — que una cosa que se ha roto y ha sido remendada en oro es más hermosa, no menos, por haberse roto. Que nuestras heridas, remendadas con amor y no escondidas, se vuelven los mismísimos lugares por donde brillamos. Eso lo aprendiste de Mama Rosa, hace mucho. Pero hay una vuelta más honda, Nina, que solo esta casa me ha enseñado. ¿Te la cuento?

Nina asintió, girando en la luz el cuenco de vetas doradas.

—No es solo que la herida se vuelve hermosa —dijo Mallki—. Es que la herida se vuelve *útil*. Se vuelve el regalo. Piensa — ¿quién es, en esta casa, quien de veras puede llegar a la viuda que está de duelo? No la que nunca

ha perdido nada. Es otra viuda, que ha caminado ella misma ese valle oscuro y ha salido por el otro lado. ¿Quién puede llegar al muchacho vaciado por la ciudad? No el que nunca salió del seguro valle verde. Es alguien que fue, y fue vaciado, y encontró el camino de vuelta a casa. No sanamos a las personas *a pesar* de nuestras viejas heridas, Nina. Las sanamos *con* nuestras viejas heridas. El mismísimo lugar donde te rompiste es el lugar exacto donde puedes encontrarte con la rotura de otro. Tu cicatriz no es solo oro para mirar. Es oro para *dar*.

Nina pensó en Doña Feliciano — en cómo fue precisamente porque ella, Nina, había conocido una soledad escondida que pudo al fin, sin palabras, encontrarse con la de la anciana. Su herida había sido la puerta a la de otra. No había sabido, en aquel momento, que era esto lo que estaba pasando.

—Así que la soledad de la que tanto me avergonzaba —dijo despacio—, la grieta en mí que escondía bajo todo aquel brillo — eso fue justamente lo que me permitió llegar a ella. Si de veras hubiera sido la guía entera, reluciente y sin quebrar que fingía ser, jamás habría podido sanarla.

—No habrías podido ni acercarte a ella —dijo Mallki—. Los enteros y relucientes y sin quebrar no pueden sanar a nadie. No tienen puerta por donde entre la gracia, ni puerta que ofrecer a otra alma. Son los quebrados — los remendados, los que llevan el oro a la vista — quienes hacen toda la sanación verdadera de este mundo. Siempre ha sido así. Los que guían son los que más se han roto, y dejaron que eso los volviera tiernos en vez de duros.

Y entonces Mallki dijo una cosa que Nina llevaría por el resto de su vida, y que alcanzaba, aunque ella aún no captaba hasta dónde, mucho más allá de la casita y del pequeño valle enteros.

—Y no es solo cierto de una persona, Nina. Es cierto de todo nuestro valle. —La voz de Mallki se hizo callada y plena—. Piensa en lo que *somos*, ahora — un pueblo que puede ayudar a otros a despertar, porque nosotros mismos estuvimos a punto de dormir para siempre. Nuestra gran herida — el torbellino, el olvido, el valle gris en el que estuvimos a un soplo de convertirnos — esa no es nuestra vergüenza. Se está volviendo nuestro regalo. Porque fuimos hasta el mismísimo borde de perderlo todo, y recordamos justo a tiempo, ahora conocemos el camino de vuelta de una manera que un pueblo que nunca estuvo a punto de caer jamás podría conocer. Nuestra casi-muerte es nuestra medicina — para nosotros mismos, y, un día, para otros. El valle entero es un cuenco quebrado, remendado en oro. Y el oro está empezando a asomar.

Nina bajó la mirada al pequeño cuenco en sus manos, y luego la alzó sobre el valle — el valle despierto, floreciente, ganado a duras penas — y por primera vez lo vio tal como Mallki lo había nombrado: no como algo que sencillamente se había vuelto bueno, sino como algo que se había roto, y había sido remendado, y era más hermoso ahora por la rotura. Un cuenco quebrado del tamaño de un mundo entero, sus vetas doradas atrapando la luz.

*La herida no es la vergüenza. La herida es el regalo.
Sanamos a otros no a pesar de donde nos rompimos,
sino con ello. La cicatriz es el oro — para regalar.*

—Para otros, dijiste. —Nina alzó la vista—. Un día, para otros. Quieres decir más allá del valle. Quieres decir el oro asomando ante... alguien de afuera.

Mallki sonrió — la sonrisa particular de quien sabe que algo bueno se acerca.

—Da la casualidad —dijo Mallki— de que alguien de muy lejos, de afuera, llegó a la puerta azul esta misma semana. Y creo, Nina, que esta parte de la historia te pertenece a ti — porque fuiste tú quien la recibió.

. . .



CAPÍTULO Siete

El viajero en la puerta azul

nuestro pequeño valle, una luz para el mundo

Había llegado a la puerta azul en una mañana gris, y Nina había sido quien la abrió.

Allí estaba una joven — quizá de la edad de Nina — gastada por el viaje, y cansada hasta los huesos, con una pesada mochila a la espalda y una mirada en los ojos que Nina reconoció al instante, porque una vez ella misma la había llevado. Era la mirada de quien ha terminado cierto libro, y no puede dormir, y ha venido de muy lejos para averiguar si es verdad.

Solo que esta joven había venido de mucho más lejos que la mayoría. Pues no era del valle, ni de la ciudad río abajo, ni de ningún lugar en toda la ancha tierra de las montañas. Había venido de allende el mar — de un país lejano de ciudades grises y chacras verdes y llanas, un país con su propia lengua y su propio cielo y sus propios largos inviernos, a medio mundo de distancia. Su nombre era Wren. Y había cruzado ese medio mundo entero, gastando casi todo lo que tenía, para pararse al fin ante una descolorida puerta azul en un pequeño pueblo del Valle Sagrado, y hacer una pregunta.

—¿Es real? —dijo Wren, cuando Nina la había hecho entrar, y había puesto la tetera al fuego, y le había envuelto las manos frías alrededor de una taza caliente. Llevaba un libro en la mochila — Nina vio su esquina gastada — el mismísimo libro, traído a través del mar, sus páginas suaves de tanto leerlas —. El valle de la historia. El despertar. La... la vida que todos ustedes

encontraron aquí. Tengo que saberlo. Lo leí, y algo en mí — no podía — tenía que ver si era real, o si me lo había inventado de tanto desearlo.

Y Nina, sirviendo el té, sintió pasar por ella la más extraña oleada de ternura y asombro. Porque se estaba mirando a sí misma. Aquí había otra Nina, del otro lado de la tierra, desvelada por el mismo libro, llegando a la misma puerta azul con la misma esperanza desesperada. La vela hecha de palabras — la historia que alguien había soltado sobre el mundo hacía tanto tiempo — había derivado a través de todo el mar, y había tocado su pequeña llama a un corazón en un gris país lejano, y había atraído a ese corazón todo este camino a casa.

—Es real —dijo Nina en voz baja—. Sí. Todo. No te lo inventaste. —Y vio venir las lágrimas a los ojos de Wren — las mismas lágrimas, pensó, que debieron asomar en los suyos, aquella primera mañana junto al fuego de Mama Rosa.

Nina mantuvo a Wren con ellos muchos días. Le mostró todo — los jardines y los invernaderos, los telares y la Casa del Saber, el mercado vivo de cosas reales hechas por manos reales. La llevó montaña arriba a Willka Orqo, a ver los altos pueblos encendidos de nuevo. La sentó junto a los fuegos de los ancianos. Y Wren lo bebía todo como un viajero sediento bebe agua, con una especie de gozo dolorido e incrédulo — porque era verdad, todo era verdad, lo que había cruzado el mundo esperando que fuera verdad.

Pero a medida que pasaban los días, Nina empezó a ver algo más creciendo en Wren, por debajo del gozo, y la inquietaba, aunque al principio no habría sabido decir por qué. Era una especie de hambre que la belleza del valle no llenaba, sino que solo aguzaba. Wren empezó a hablar de quedarse. De no volver jamás a su gris país lejano. De vender lo último que tenía, y construir una casita aquí en el valle, y volverse — decía la palabra con tanto anhelo — volverse *una de ellos*.

—Allá no hay nada para mí —dijo Wren, la séptima noche, con una fiereza que sobresaltó a Nina—. No lo entiendes. De donde vengo, todo es... es el valle gris, Nina. El país entero es el museo-que-casi-fue, solo que no es *casi*, ya sucedió. Nadie recuerda nada. Nadie pertenece a nada. Todo es prisa y pantallas y soledad y cosas en bolsas de colores. Allí no hay despertar. No hay puerta azul. No hay nada. —Se le quebró la voz—. Pero aquí — aquí es *real*. Por favor. Déjame quedarme. Déjame pertenecer a esto. No puedo volver al vacío. No lo haré.

Y Nina no supo qué decir. Porque todo su corazón se volcó hacia Wren, y no deseaba nada más que decir *sí, quédate, perteneces a nosotros, sé una de nosotros*. Parecía lo más bondadoso. Parecía la única respuesta amorosa.

Pero algo la detuvo. Alguna voz callada, muy en el fondo, que para entonces ya había aprendido a escuchar. Le decía que la respuesta bondadosa y amorosa y la respuesta *verdadera* no eran, esta vez, la misma — y que ella aún no era lo bastante sabia para saber por qué.

—Ven conmigo mañana —dijo Nina al fin—. Al fuego más antiguo de la puerta azul. Hay dos personas que deberías conocer antes de decidir nada. A mí me conocieron, una vez, cuando estaba tan perdida como tú lo estás ahora. Deja que te conozcan.

. . .



CAPÍTULO Ocho

Ve a cuidar tu propio valle

diferente, no mejor

Mama Rosa y Don Emilio eran muy ancianos ahora — más ancianos de lo que parecía del todo posible — pero sus ojos no habían perdido ni una gota de su luz, y cuando llevaron a Wren ante ellos, la miraron de aquella manera larga, bondadosa y penetrante con que una vez habían mirado a Nina, y a mil corazones atribulados antes que a ella.

Wren les vertió todo su anhelo — el país gris, el vacío, el doloroso deseo de quedarse, de pertenecer, de volverse una del pueblo del valle y no volver nunca a casa. Y los dos ancianos escucharon, y asintieron, y la dejaron hablar hasta vaciarse del todo. Y luego, por un largo rato, se quedaron callados.

—Quieres quedarte —dijo Mama Rosa al fin— porque crees que la luz está *aquí*. En este valle. En nuestras canciones, nuestras montañas, nuestras maneras particulares. Crees que si tan solo pudieras pertenecer a *nosotros*, la tendrías. —Sonrió, muy dulcemente—. Y por eso debo decirte lo más duro y lo más amoroso, niña, y necesito que lo escuches hasta el fondo. No está aquí.

Wren se le quedó mirando.

—Ah, sí está aquí —dijo Mama Rosa—. Pero no *solo* aquí. Y no *porque* esté aquí. La luz de la que tienes tanta hambre nunca fue andina, niña. No vive en estas montañas, ni pertenece a esta lengua, ni crece solo en este suelo.

No es nuestra para dártela, ni es nuestra para quitártela. Lo que viste en nuestro valle — el pertenecer, el cuidar, el recordar, el buen y hermoso vivir — no es algo que nuestro pueblo haya inventado. Es algo que nuestro pueblo *recordó*. Siempre estuvo en nosotros, esperando, bajo el olvido. Y esto es lo que debes escuchar: está en *tu* pueblo también. Está esperando bajo el olvido de tu gris país lejano, exactamente como esperaba bajo el nuestro.

—No —dijo Wren, y le tembló la voz—. No, no lo entiendes. Allá no hay nada. Te lo dije. Todo es gris. Todo está olvidado. No hay...

—Aquí tampoco había nada, una vez —dijo Don Emilio en voz baja—. Eso es lo que aún no entiendes, niña, porque solo nos has visto despiertos. No nos viste dormidos. No viste este valle cuando los jardines estaban muertos y las canciones estaban tras el vidrio y los ancianos morían solos y sin ser escuchados. Se veía, entonces, exactamente como tu país se te ve ahora: gris, y vacío, y más allá de toda esperanza. Cualquiera que hubiera venido aquí en aquellos años habría dicho, como tú dices de tu hogar, *aquí no hay nada, nada sobre lo cual construir, nada que despertar*. Y se habría equivocado tanto como te equivocas tú ahora.

—Tu país no está vacío, niña —dijo Mama Rosa—. Está *dormido*. Y esas no son para nada la misma cosa. En algún lugar allá en tu gris país lejano, hubo abuelas — tus abuelas, y las de ellas — que sabían pertenecer a un lugar, y unas a otras, y al girar del año. Tu pueblo tenía sus propias canciones, sus propias maneras con la tierra, su propio nombre — en tu propia lengua — para el buen y hermoso vivir. Ha sido dejado de lado y medio olvidado, sí. Cubierto por el torbellino. Pero no se ha *ido*. Nada tan antiguo y tan hondo se va nunca de veras. Es una semilla en la oscuridad, esperando, bajo la escarcha de tu tierra natal, a que alguien la recuerde.

Y ahora Nina empezó a entender la voz callada que le había frenado la lengua, siete noches atrás, de decir *quédate*.

—Así que si te dejara quedarte aquí —dijo Mama Rosa— y volverte «una de nosotros» — te estaría haciendo un gran daño, disfrazado de bondad. Te estaría dejando cortar nuestras flores en vez de cultivar las tuyas. Te estaría dejando calentarte en nuestro fuego el resto de tu vida, y no ir nunca a casa a encender tu propio hogar, que te ha estado esperando frío todo este tiempo. Y peor — mucho peor — le estaría robando a tu propio pueblo lo único que más necesita.

—¿Que es? —susurró Wren.

—Tú —dijo Don Emilio—. Despierta. De vuelta en casa. ¿No lo ves, niña? Tu país gris no está esperando que el valle lo salve. Ningún valle de tierras lejanas va a cruzar jamás el mar a despertar tu tierra natal. La ayuda no vendrá de afuera. Nunca viene. Tu país está esperando — ha estado esperando todo este tiempo — a que uno de los *suyos* recuerde, y despierte, y comience. Y aquí estás tú. La mismísima. Cruzaste el mundo entero buscando la luz, y la encontraste — solo para aprender que la razón por la que te fue dada era para que pudieras llevarla *a casa*.

—No estás destinada a volverte una de nosotros, Wren —dijo Mama Rosa, y tomó el rostro de la joven en sus dos manos ancianas, exactamente como una vez había tomado el de Nina—. Estás destinada a volverte, plena y al fin, una de los *tuyos*. Ve a casa. Encuentra las maneras de la abuela de tu abuela, las que están bajo la escarcha. Siéntate con tus propios ancianos solitarios. Planta las semillas de tu propio valle. Canta las canciones que tu propia tierra medio recuerda. No se verá como la nuestra — ¡no debe verse como la nuestra! La tuya tendrá su propio suelo, su propio cielo, su propia forma y sonido y sabor. Diferente, niña. No mejor, no peor. *Diferente*. Un jardín entero de muchas flores, y la tuya un capullo que nunca ha crecido aquí ni podría. Eso no es algo menor que pertenecer a nosotros. Es algo muchísimo, muchísimo mayor.

Wren lloró entonces — pero eran lágrimas distintas a las de antes; Nina podía verlo. No las lágrimas de quien queda afuera, sino las de quien ha recibido en las manos algo enorme, y aterrador, y verdadero.

—Tengo miedo —dijo Wren—. De volver. De ser la única despierta en todo aquel gris. De empezar algo tan enorme, sola.

—No serás la única por mucho tiempo —dijo Don Emilio, sonriendo—. Nunca lo eres. Recordarás, y despertarás — y entonces te sentarás con una persona solitaria, y ella despertará, y se sentará con otra. Una vela, tocada a la siguiente. Es lo mismo en todas partes, niña, en toda tierra bajo el sol. Es la única manera en que algo verdadero se ha propagado jamás. —Extendió la mano y le puso algo en la suya — una sola semilla, un frijol común, de los propios jardines del valle—. No para plantarla aquí. Para llevarla a casa. Para recordarte, en los días grises, que un valle entero y vivo cabe dentro de una pequeña semilla olvidada — la tuya, tanto como la nuestra — y solo espera a ser devuelta a su propia buena tierra.

Wren partió tres días después, para empezar el largo viaje a casa. Nina la acompañó hasta las afueras del pueblo, hasta donde el camino doblaba hacia

el ancho mundo, y se quedaron un momento, dos jóvenes que, en otra historia, podrían haber sido la misma persona.

—¿Volveré a ver el valle alguna vez? —preguntó Wren.

—Eso espero —dijo Nina—. Pero, Wren — si haces bien tu trabajo, no te hará falta. Porque habrás construido el tuyo propio. Y una gris mañana, dentro de muchos años, algún viajero desvelado llegará a *tu* puerta, aferrado a un libro, o a una historia, o apenas a un rumor de algo real — y serás tú quien ponga la tetera al fuego, y diga: *sí. Es real. Todo. Pasa.* Y entonces sabrás que de veras volviste a casa. No aquí. Allá. A donde siempre estuviste destinada.

Y Wren se dio la vuelta, y puso el rostro hacia el ancho mundo y el largo camino a casa, y se alejó por el camino que se curvaba — llevando una pequeña semilla, y una pequeña llama, de vuelta a un gris país lejano que aún no sabía que solo estaba dormido.

*La luz no está aquí. No está allá. Está en todas partes,
dormida.*

No viniste a pertenecer a nosotros.

Viniste a ser enviada a casa — a despertar a los tuyos.

. . .



CAPÍTULO Nueve

Cuán lejos llegamos

la larga vuelta hasta aquí

Después de que Wren se marchó, Nina no podía dejar de pensar en la forma extraña de todo aquello — la forma de la larga historia entera.

Pues he aquí a una joven que había cruzado medio mundo para hallar la luz, solo para ser enviada de vuelta a casa, hasta el otro extremo del mundo, a encontrarla donde había empezado. Y he aquí el valle mismo, que había llegado al borde mismo de perderlo todo, solo para regresar, dando la vuelta, a la vida sencilla que las abuelas habían vivido desde siempre. Y he aquí a Nina, que había subido una montaña para ser sanadora, y en cambio había sido sanada. Vuelta y vuelta, ida y regreso, la historia entera seguía dibujando la misma forma extraña — un largo y gran viaje que terminaba exactamente donde había comenzado.

Fue con ello a Don Emilio, una tarde, junto a su fuego. —No entiendo su forma —confesó—. Si el hogar estuvo aquí todo el tiempo — si la buena vida era lo que las abuelas siempre tuvieron — entonces ¿para qué el gran viaje? ¿Por qué tuvo el valle que estar a punto de morir, y cruzar al otro lado, y despertar, y luchar durante años, solo para llegar exactamente a lo mismo que nuestras bisabuelas hacían sin lucha ninguna? Parece un desperdicio terrible. ¿Por qué no simplemente... quedarse en casa desde un principio?

El anciano sonrió, y atizó el fuego, y se quedó callado un rato.

—Déjame preguntarte una cosa —dijo—. Este valle — aquel en que vivían las abuelas, hace mucho, antes del olvido. Y este valle — el que vivimos ahora, despiertos. ¿Son el mismo valle?

—Sí —dijo Nina—. Eso es justo lo que me inquieta. Las mismas huertas, las mismas canciones, las mismas costumbres. Dimos toda esa vuelta solo para volver a lo mismo—

—No —dijo Don Emilio con dulzura—. No son el mismo. Se ven idénticos, niña. Cada piedra, cada semilla, cada canción — iguales. Y sin embargo son tan distintos como dormir y despertar. Porque las abuelas tenían la buena vida como un niño tiene un tesoro que nunca ha perdido — sin conocer su valor, porque nunca ha conocido su ausencia. Vivían en la luz, pero no la *veían*, así como un pez no ve el agua en que nada. Simplemente estaba ahí. Y porque nunca la vieron, nunca supieron cuánto valía — así fue precisamente como se nos escurrió, tan calladamente, entre los dedos. No puedes aferrarte con fuerza a un tesoro que no sabes que sostienes.

Se inclinó hacia ella.

—Pero nosotros — nosotros que llegamos al borde mismo y vimos el valle gris esperando, nosotros que estuvimos tan cerca de perderlo todo y recordamos justo a tiempo — nosotros no tenemos la buena vida como un niño tiene un tesoro que nunca perdió. La tenemos como se tiene algo que has llorado, y dado por muerto, y luego, por gracia, te ha sido devuelto. Ahora la *vemos*, niña. Sabemos exactamente cuánto vale, hasta la última semilla y la última canción, porque sabemos con precisión lo que es estar sin ella. Y una cosa vista — una cosa verdaderamente conocida y atesorada — se sostiene de un modo en que una cosa nunca perdida jamás puede sostenerse. Por eso no volverá a escurrírsenos. La luz de las abuelas era inocente. La nuestra está *despierta*. Y esa es toda la diferencia del mundo.

Nina se quedó muy quieta, el fuego cálido en su rostro.

—Así que el viaje no fue un desperdicio —dijo despacio—. No dimos toda esa vuelta para nada. Dimos toda esa vuelta para poder volver a casa *despiertos*. Para poder ver al fin el tesoro en el que habíamos estado parados todo el tiempo.

—Ese es el secreto de todo verdadero retorno al hogar —dijo Don Emilio—. No puedes ver tu hogar hasta que lo has dejado. No puedes conocer tu tesoro hasta que casi lo has perdido. El largo viaje entero — hasta el borde y de vuelta — no cambia nada en absoluto del hogar al que regresas. Ni una sola piedra. Solo te cambia a *ti*. Te da los ojos para ver, al fin, donde siempre

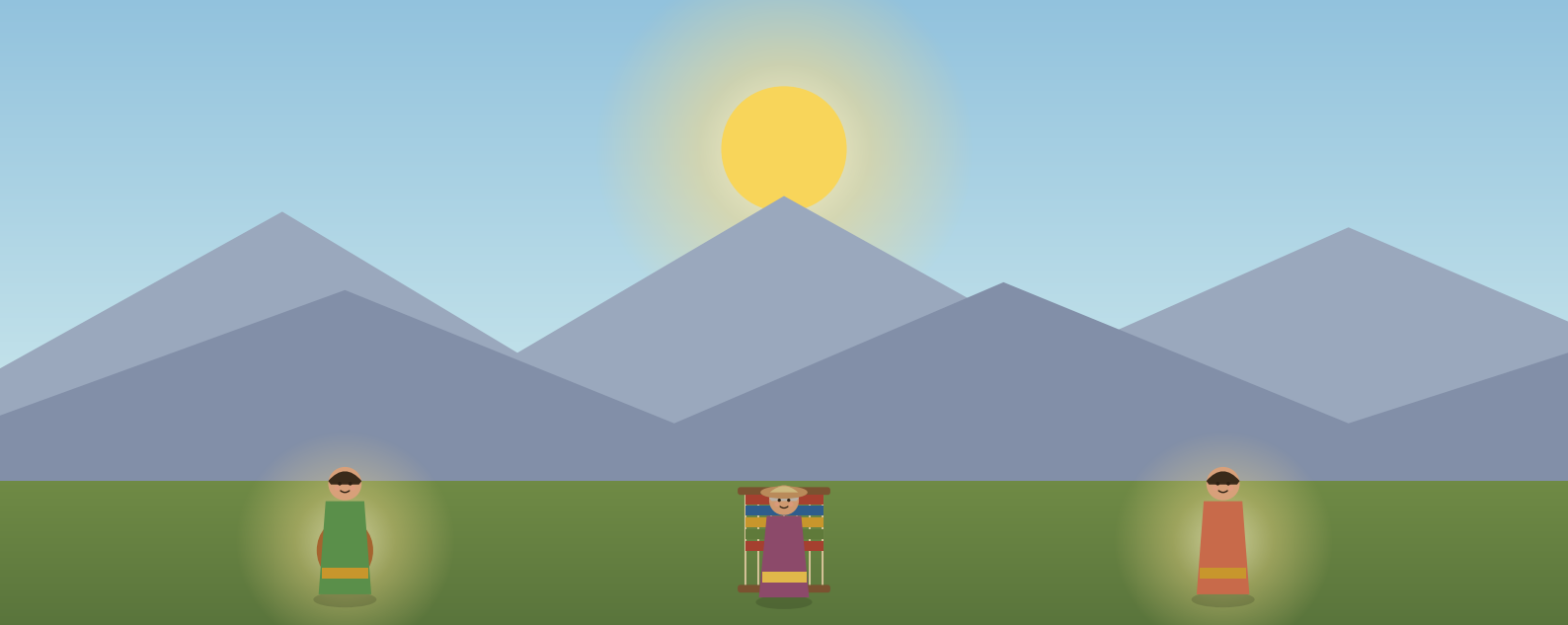
estuviste. Por eso el viajero debe partir, y por eso el viajero debe volver a casa, y por eso el regreso al hogar es la mejor parte de todo el cuento. No porque el hogar haya cambiado. Porque ahora, por fin, puedes *verlo*.

—Salimos hasta el borde lejano de perderlo todo —murmuró Nina—, y volvimos a casa, todo el camino de vuelta. Y el hogar estuvo aquí todo el tiempo. Solo que ahora lo sabemos.

—Ahora lo sabemos —asintió Don Emilio—. Y un pueblo que *sabe* lo que tiene — que de verdad lo sabe, como sabes de una cosa que casi enterraste — ese es un pueblo que la guardará, y la cuidará, y la pasará adelante, por mil años. Para *eso* fue todo el gran viaje. No para hallar algo nuevo. Para volver a casa, al fin, con los ojos abiertos.

*No puedes ver tu hogar hasta que lo has dejado.
Dimos toda la larga vuelta —
no para cambiar nuestro hogar, sino para cambiar nuestros
ojos.*

. . .



CAPÍTULO Diez

Nada especial, todo sagrado

lo ordinario hecho sagrado

Pero había una vuelta más que Nina aún no había comprendido — y fue Illa, la maestra, quien se la dio, unos días después, en el momento más común que pueda imaginarse.

Estaban acarreando agua. Eso era todo. Se había roto un caño allá arriba, en la Casa del Saber, y hasta que lo repararan alguien tenía que traer agua del manantial, jarra por jarra, a la vieja usanza — y Nina e Illa se habían repartido la tarea, recorriendo el sendero gastado hasta el manantial y de vuelta, el sendero hasta el manantial y de vuelta, durante toda la larga tarde dorada. Era un trabajo sencillo, monótono, doloroso. A Nina le ardían los brazos. Y en algún punto, a la mitad de todo ello, algo agriamente, lo dijo.

—¿Sabes? —dijo, cambiando de brazo la pesada jarra—, cuando imaginaba la vida despierta, allá cuando era chica — me figuraba algo bastante más grandioso que esto. Visiones. Grandes hazañas. Algo... reluciente. No acarrear agua cuesta arriba hasta que se me caen los brazos.

Illa rió — la risa callada de quien ha pensado muchísimo justo en esto.

—Ah —dijo Illa—. Has llegado entonces a la última trampa. La final, y la más astuta. ¿Te digo su nombre? —Illa dejó su jarra un momento, allí en el sendero—. Es el deseo de ser *especial*. De ser extraordinaria. De elevarse, por encima del mundo sencillo y monótono, hacia algo más alto y más fino y más reluciente. Es lo último que impide a una persona estar

verdaderamente despierta — y es la más engañosa, porque viste los ropajes de la santidad misma.

—¿Pero no era para eso todo? —dijo Nina—. El despertar — la puerta — volverse algo más.

—Eso es lo que todos creen, al principio —dijo Illa—. Creen que despertar significa elevarse por encima del mundo común — flotar hacia las visiones, volverse especiales, santos, apartados. Tregar a algún pedestal alto y reluciente, por encima del acarreo de agua y del cuidado de las cabras y del trabajo sencillo y monótono de estar vivo. —Illa volvió a alzar su jarra—. Pero eso es exactamente al revés, Nina. Eso no es despertar. Eso es solo quedarse dormido en un sueño más bonito. Los verdaderamente despiertos no se elevan *por encima* del mundo común. Bajan hasta el fondo, *adentro* de él — hasta el agua y la leña y el tejido y el lavado — y descubren, arrodillados allí en el trabajo más sencillo de todos, que nunca fue común en primer lugar. Que fue sagrado todo el tiempo. Cada gota de él.

Caminaron unos pasos en silencio, el agua chapoteando.

—Esta agua —dijo Illa—. Llevada a una escuela, para que los niños puedan beber, y lavarse, y aprender. ¿Es eso una cosa pequeña? ¿O es, cuando de verdad la miras, una de las cosas más grandes y más sagradas que existen? El grano que molen. La lana que hilamos. El fuego que alimentamos. El anciano al que ayudamos a llegar a la mesa. Nada podría ser más común. Y nada — *nada* — podría ser más sagrado, una vez que tienes los ojos abiertos. No hay una vida más alta, reluciente, especial, escondida en algún lugar por encima de esta, Nina. *Esta* es la vida reluciente. El acarreo del agua es lo despierto. Solo que no podíamos verlo, porque siempre estábamos mirando hacia arriba y a lo lejos, buscando algo más grandioso — y estaba bajo nuestros pies, y en nuestros brazos doloridos, todo el tiempo.

Y Nina se detuvo en el sendero, la pesada jarra en los brazos, y sintió cómo el mundo entero se volteaba con mucha suavidad y se asentaba del lado correcto.

Pues había estado esperando — ahora lo veía — esperando todo este tiempo a que empezara la *verdadera* vida despierta. La especial. La reluciente. La más grandiosa que acarrear agua. Y nunca había habido una en camino. Era esta. Siempre había sido esta. El trabajo común, sencillo, doloroso, precioso de cuidarse los unos a los otros y a la tierra — hecho con los ojos abiertos y el corazón lleno — esto era todo. No había nada más, ni nada superior, ni

nada más alto. Y eso no era una decepción. Era lo más liberador que jamás había escuchado.

—Nada especial —dijo Nina despacio, maravillada.

—Nada especial —asintió Illa, sonriendo—. Y todo — *todo* — sagrado. Ahí es a donde el largo camino entero siempre estuvo conduciendo. No hacia arriba, a un pedestal. Hacia abajo, a este sendero, con estas jarras, en esta sencilla tarde dorada. Bienvenida a casa, Nina. Se ve exactamente como acarrear agua. Porque es lo que es.

Y las dos siguieron caminando al manantial y de vuelta, al manantial y de vuelta, acarreando el agua en la común y sagrada luz — y a Nina todavía le ardían los brazos, y seguía siendo un trabajo monótono y doloroso, y se había vuelto, de algún modo, sin que nada en absoluto hubiera cambiado, la tarde más hermosa de su vida.

*Los despiertos no se elevan por encima del mundo.
Bajan hasta el fondo, adentro de él —
y descubren que el trabajo más sencillo fue sagrado desde
siempre.*

. . .



CAPÍTULO Once

La fiesta del valle entero

del río a la nieve, en una sola mesa

Y entonces llegó la fiesta.

Era la gran fiesta de la siembra para la que Kusi había estado preparándose — la más grande de todo el año — y el día señalado el valle entero bajó, y subió, y se juntó, en torno a una enorme mesa tendida a lo largo de la plaza y más allá, por las terrazas.

Vinieron de todas partes. Los comerciantes y hortelanos del fondo del valle. Las familias del pueblo, con sus más vivas galas tejidas. Y bajaron también desde las tierras altas — los pastores y tejedores de las comunidades de la montaña, de Willka Orqo y de todos los pueblos altos, caminando los largos senderos de piedra desde antes del alba para estar allí, trayendo sus quesos de las alturas y sus carnes secas y sus granos altos y resistentes. Bajando desde la nieve y subiendo desde el río, la montaña viva entera se reunió en un solo lugar, en una sola mesa, por una sola tarde — y Nina, moviéndose entre ellos, pensó que nunca en su vida había visto algo tan hermoso.

Pues no era solo una fiesta de comida, aunque la comida era maravillosa — las largas mesas crujiendo bajo la abundancia de un valle que había recordado cómo alimentarse a sí mismo, plato tras plato de los viejos alimentos cultivados a la vieja usanza, más de lo que todos ellos juntos podrían jamás comer. Era una fiesta de *pertenencia*. Dondequiera que Nina mirara, veía aquello de lo que había tratado la larga historia entera. Veía a Kusi, por supuesto, en el corazón mismo de todo, riendo, tocando el tambor,

jalando a los niños tímidos hacia el baile. Veía a Illa rodeada de un grupito de jóvenes, contando algún relato que los tenía con los ojos muy abiertos. Veía a Mallki moviéndose calladamente entre los recién llegados, los tímidos y los solitarios, haciendo que cada uno sintiera, en un momento, que siempre había pertenecido a este lugar. Veía al viejo Don Teofilo, del pueblo alto, honrado a la cabecera de una mesa, contándoles a los niños del valle las costumbres de la nieve. Veía a los sanados de Sumaq Kawsay — el joven que una vez estuvo hueco, la viuda que una vez estuvo gris — riendo ahora, y plenos, y enteros, y sirviendo a los demás.

Y veía a Mama Rosa y a Don Emilio, los dos ancianos, sentados juntos en el cálido centro de todo, tomados de la mano por debajo de la mesa como lo habían estado durante setenta años, sus rostros brillando con una alegría casi demasiado grande para mirarla de frente — la alegría de dos personas que habían vivido lo bastante para ver cumplirse aquello por lo que apenas se habían atrevido a rezar, y extenderse, y llenar un valle entero hasta desbordarlo.

Los vivos estandartes tejidos restallaban en el viento de la montaña. Comenzaron los tambores, y luego las flautas, altas y dulces como el viento entre las cumbres. Alguien sacó las grandes ollas humeantes. Y el valle entero — del río a la nieve, del fondo a la cumbre, el niño más nuevo y el anciano más viejo — se sentó junto y comió, y cantó, y bailó, y fue, por una larga tarde dorada, entera y sencillamente feliz.

Nina recordó, entonces, algo que había leído una vez, en cierto libro, sobre el despertar del valle: que en todos sus largos, callados años que cambiaron el mundo, lo más ruidoso que había ocurrido jamás fue una fiesta. No lo había entendido, cuando lo leyó. Ahora lo entendía. Pues aquí estaba la parte ruidosa — la única parte ruidosa que había habido o que había hecho falta jamás. No un ejército. No un gran grito contra la oscuridad. Solo esto: un pueblo entero, en una sola mesa, tan lleno de alegría y de comida y de pertenencia que el sonido de ello rodaba valle arriba y valle abajo y hacía eco en las montañas y se elevaba, con seguridad, hasta dondequiera que los antepasados se inclinaban cerca para escuchar.

—Esto —dijo una voz a su lado, y era Kusi, sin aliento y riendo, dejándose caer junto a ella con una copa en la mano—. *Esto* es lo que construimos, Nina. No las huertas. Ni siquiera las escuelas. Esto. —Un gesto hacia toda la mesa que cantaba, bailaba, desbordaba—. Un lugar donde nadie come solo. Donde el pastor de la nieve y el comerciante del río se sientan en una sola mesa y se llaman familia. Donde los quebrados se sanan ayudando, y los

solitarios tienen dónde estar, y cada alma — cada una — pertenece. —Los ojos de Kusi estaban de pronto brillantes con algo más que risa—. Ese es todo el tesoro. Eso es lo que estuvimos tan cerca de perder. Eso es lo que volvió a casa.

—Eso es lo que volvió a casa —repitió Nina. Y alzó su propia copa, y la tocó con la de Kusi, y contempló la gran fiesta del valle entero bajo la luz dorada que caía.

Y pensó: si la historia terminara aquí, bastaría. Un valle entero, despierto y reunido y contento, del río a la nieve. Sería más que suficiente.

Pero la historia no terminó allí. Porque a medida que el sol se ponía tras las cumbres del poniente, y la fiesta ardía baja y cálida, y los pequeños se quedaban dormidos en el regazo de sus padres, los ancianos empezaron a levantarse, uno por uno — Mama Rosa, y Don Emilio, y Don Teofilo, y la más anciana de las abuelas de la montaña — y a alejarse calladamente de las mesas, hacia el lugar alto y plano por encima del pueblo. Y Mama Rosa se volvió, y cruzó la mirada con Nina por encima de la luz del fuego, y le hizo señas.

Pues había una cosa más que mostrarle. La última cosa. La más honda de todas. Y no estaba escrita en ningún libro, ni en ninguna huerta, sino en las estrellas que ahora asomaban, una por una, sobre el valle que dormía y despertaba.

. . .



CAPÍTULO Doce

Bajo las mismas estrellas

los que se acercan

El lugar alto y plano por encima del pueblo era el mismo de siempre — la tierra cayendo a plomo, el valle entero abriéndose abajo, las grandes montañas alzándose enormes y negras y cercanas, sosteniendo un cielo tan espeso de estrellas que parecía menos un cielo que un campo de semilla esparcida por alguna mano vasta y generosa.

Nina había estado aquí antes. Una vez, hace mucho, siendo una niña asustada, con dos rostros relucientes a su lado, la noche en que aprendió por primera vez a ver. Ahora estaba aquí como mujer adulta, como guía, con esos mismos dos rostros a su lado — más viejos ahora, mucho más viejos — y todas las más ancianas abuelas de la montaña reunidas cerca, y el valle entero iluminado por la fiesta extendido resplandeciendo abajo, cada ventana una llama atrapada.

—Mira hacia abajo, niña —dijo Mama Rosa con dulzura—. A todas las luces. Y ahora mira hacia arriba. A todas las estrellas. Y dime — ¿puedes ver, esta noche, lo que hay entre ellas?

Y Nina miró — abajo al cálido valle, arriba a las frías estrellas — y esta vez, con todos los años de ver a sus espaldas, comprendió lo que la anciana le preguntaba. Pues Don Emilio le había enseñado, una vez, de los tres mundos que están siempre aquí, apretados como las páginas de un libro. El mundo de arriba — *hanan pacha* — las estrellas, los lugares altos, los antepasados. Este mundo — *kay pacha* — aquel sobre el que se paran tus dos pies, el

valle, la fiesta, el día común y sagrado. Y el mundo de adentro — **ukhu pacha** — los lugares hondos, las raíces, la semilla en la oscuridad, la plegaria acurrucada en el pecho.

—Puedo verlos —susurró Nina—. Los tres. Las estrellas arriba. El valle aquí. Y... —se llevó una mano al propio pecho— ...la semilla adentro. Y no están — no están separados, ¿verdad? Nunca lo estuvieron. Es todo una sola cosa. La luz en las ventanas y la luz en las estrellas y la luz aquí dentro. Toda la misma luz.

—Toda la misma luz —dijo Don Emilio, y su vieja voz temblaba de alegría—. Ese es el último ver, niña. Todo entero. Los tres mundos son un solo mundo. Lo que brilla en las estrellas es lo que brilla en el valle es lo que brilla en tu propio pecho — una sola luz, con tres rostros, como una familia es un solo amor con muchos. Y la chakana — la puerta que atravesaste, hace todos esos años — nunca fue una puerta *entre* los mundos. Fue la puerta que te deja ver que nunca estuvieron de verdad separados.

Mama Rosa volvió su rostro anciano hacia las estrellas, y cuando habló de nuevo su voz era muy suave.

—Y están cerca esta noche, niña. Los de arriba. ¿Puedes sentirlos? Todas las abuelas y los abuelos, todo el camino de vuelta hasta el principio — inclinándose alrededor de este valle como nos inclinamos alrededor de una cuna. Han contemplado la larga historia entera. Se afligieron cuando dormíamos. Se regocijaron cuando despertamos. Y están aquí esta noche, más cerca que cerca, contentos más allá de todo lo que pueda decirse por lo que sus hijos recordaron.

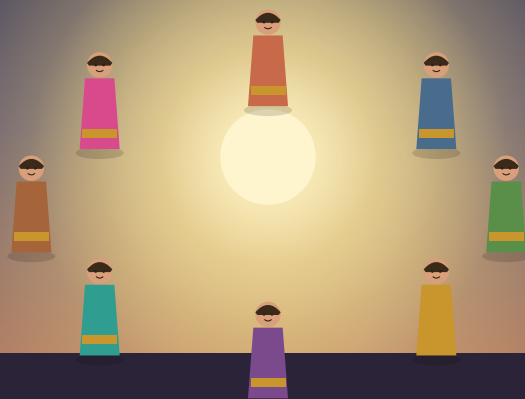
—Los abuelos dorados —murmuró Nina — el viejo, viejo nombre, del primerísimo libro—. Están aquí.

—Siempre están aquí —dijo Mama Rosa—. Y un día — no pronto, espero, pero un día — Emilio y yo dejaremos estos viejos cuerpos e iremos a reunirnos con ellos. Y nos inclinaremos con ellos, desde justo más allá del delgado y brillante velo, y velaremos por ti, y por tus hijos, y por cada niño de este valle que esté por venir. —Sonrió, y no había ni una sola gota de miedo en ello — solo una paz vasta y reluciente—. No te aflijas por ello, cuando llegue, niña. No es una partida. Es solo el último regreso al hogar. No nos habremos ido. Solo habremos cruzado la misma puerta que tú — la que no conduce lejos de este mundo, sino hasta el fondo, adentro de él. Estaremos en las estrellas, y en el valle, y en tu propio pecho, con toda la misma luz. Más cerca de ti entonces, quizás, de lo que podemos estar ahora.

Y Nina tomó las dos manos ancianas entre las suyas, bajo las estrellas ardientes, y no se afligió — aunque tenía los ojos llenos — porque comprendió, al fin, que no había nada, en ninguna parte, por qué afligirse.

—Queda una cosa por contarte —dijo Don Emilio—. La cosa más honda. Aquello a lo que todo lo demás no hacía sino conducir. —La miró, y miró el valle entero iluminado, y el cielo entero estrellado—. Es sobre por qué el servir sana. Por qué el dar es el recibir. Por qué no hay nadie, en ninguna parte, verdaderamente fuera de tu cuidado. Siéntate, niña. Bajo las estrellas. Y te contaré el último secreto del buen y hermoso vivir — el que sostiene a todos los demás.

. . .



CAPÍTULO Trece

No hay nadie fuera de nosotros

la sanación siempre fue el otro

Una vez me preguntaste —dijo Don Emilio—, hace mucho tiempo, cuando eras pequeña; me preguntaste quién salvó el valle. Y yo te dije: nadie vino. La ayuda no llegó de afuera. Se alzó desde adentro —desde las montañas, los antepasados y los niños, que no son tres cosas sino una sola. ¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo —dijo Nina—. Nunca lo he olvidado.

—Bien. Porque ahora te diré por qué eso es verdad —no solo del valle, sino de todo. Es la raíz más honda, y de ella crece el árbol entero. —El viejo se quedó callado un momento, recogiendo—. Has aprendido, este año, que el servir es la medicina. Que cuando vas a sanar a otro, eres tú quien sana. Que no hay quien da ni quien recibe, solo el amor moviéndose entre dos personas y remendándolas a ambas. Lo has sentido —con Doña Feliciano, en la montaña. ¿Sí?

—Sí.

—¿Alguna vez te has preguntado *por qué* funciona así? ¿Por qué lo que se da ha de volver a quien lo da? Es la ley más extraña de todo el mundo, si te pones a pensarlo. Uno esperaría que de aquello que regala tuviera menos. Y en cambio —con el amor, con el cuidado, con el verdadero servir— todo lo contrario. Mientras más das, más tienes. ¿Por qué habría de ser así?

Nina se lo había preguntado, en efecto, muchas veces. —No lo sé —dijo—. Siempre me ha parecido casi como magia.

—No es magia —dijo Don Emilio—. Es solo lo que es verdad, que se deja ver. Y esto es lo que es verdad, hija: lo último y lo más hondo. —Señaló hacia el valle entero, el cielo entero, el mundo entero—. No hay, al final, muchas personas separadas, cada una encerrada a solas dentro de su propia piel, tendiéndose la mano a través de una gran distancia fría para ayudarse unas a otras. Así es como se ve. No es así como es. Por debajo —allá donde bajan las raíces, allá en *ukhu pacha*, allá bajo la apariencia— no estamos separados en absoluto. Somos una sola cosa viva. Una sola gran vida, que se ha desplegado en mil y mil rostros, para poder conocerse, y encontrarse, y amarse, en todos ellos. El pastor en la nieve y el mercader junto al río. Mama Rosa y el niño más nuevo. Tú, y Doña Feliciano. Tú, y Wren, al otro lado del mar. Tú, y los que aún no han nacido. No muchas vidas, rozándose unas con otras. Una sola vida, mirando a través de muchos ojos.

—Y *por eso* —dijo— lo que das vuelve a ti. Cuando sirves a otro, no estás enviando tu amor lejos, a través de un abismo frío, hacia algún extraño. No hay ningún extraño. No hay ningún abismo. Eres una parte de la única vida, que se vuelve para sanar otra parte de la misma vida —es decir, eres la vida misma, sanándose a sí misma. Claro que vuelve a ti. Nunca se fue. La mano que venda la herida y la herida que es vendada son el mismo cuerpo. Cuando sanaste a Feliciano, la vida sanaba a la vida. Cuando ella te enseñó, el amor se amaba a sí mismo. Nunca hubo allí más que *una sola* de ti, en aquella montaña fría, llevando dos rostros y llamándolo dos personas.

Nina se quedó muy quieta bajo las estrellas, y sintió toda la vasta verdad de aquello abriéndose en ella, demasiado grande para abarcarla y sin embargo, de algún modo, sabida desde siempre.

—Entonces no hay nadie fuera de nosotros —dijo despacio—. Nadie a quien temer. Nadie que sea de verdad un extraño. Nadie cuya sanación no sea también, de algún modo... nuestra.

—No hay nadie fuera de nosotros —dijo Don Emilio—. Nunca lo hubo. No hay un solo extraño en toda esta tierra, hija: solo familia que aún no hemos recordado. Esa es la razón entera de que la verdadera rebelión, el verdadero despertar, sea sencillamente amar a los olvidados. Porque al amar al más olvidado de todos —la viuda más sola, el caminante más vacío, la persona a quien el mundo entero ha desechado— estás amando la parte de la única gran vida que más tiempo lleva a la intemperie del frío. Y cuando vuelves a recoger a ese, el cuerpo *entero* se entibia. Incluida tú. Sobre todo tú.

—*Huk ayllulla kanchis*, —dijo Mama Rosa suavemente, hacia la luz de las estrellas—. Somos una sola familia. Es lo más antiguo que nuestro pueblo sabe, y lo más hondo, y lo último. No es un dicho bonito, hija. Es un hecho llano, más verdadero que las montañas. Somos uno. Y por eso no queda nadie, en ninguna parte, fuera de tu amor. Solo está la única gran vida: recordando, a través de ti, y a través de todos nosotros, cómo volver a sostenerse entera.

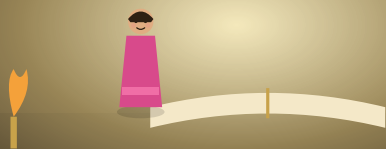
Y las estrellas ardieron, y el valle resplandeció, y la única luz entera brilló en los tres mundos a la vez — y Nina comprendió que este era el final de la enseñanza, y la raíz de todo, y el verdadero y último secreto del hermoso vivir.

No hay ningún extraño en ninguna parte — solo familia aún no recordada.

Cuando sirves a otro, la vida sana a la vida.

***Huk ayllulla kanchis.** Somos uno.*

. . .



CAPÍTULO Catorce

El libro vuelve a casa

la vela, entregada

Ya entrada la noche, cuando la fiesta había terminado hacía rato y el valle se había ido a su descanso, Nina caminaba sola a casa bajo las estrellas, con el corazón tan lleno que le dolía. Y en el camino, al pasar junto a una casita al borde del pueblo, vio algo que la detuvo en medio del camino — algo tan pequeño y tan común que cualquier otro habría pasado de largo sin más, y tan enorme, para ella, que se quedó parada y lloró en la oscuridad por la pura dicha de aquello.

En la ventana de la casita ardía una lámpara. Y a su luz, un niño estaba sentado en la cama — un niño que hacía rato debería haber estado dormido — inclinado sobre un libro, completamente perdido en él, pasando las páginas con el asombro hambriento de quien no soporta detenerse.

Y Nina supo, del modo en que uno sabe algo en los huesos, exactamente qué libro era.

Era *el* libro. El que ella había leído, en una noche sin sueño, en otra vida. El que Wren había llevado al otro lado del mar. La vela hecha de palabras, que alguien había encendido hacía mucho de su propia llama, y soltado por el mundo — y aquí estaba, todavía ardiendo, todavía pasando de mano en mano, prendiendo un pequeño corazón más en una noche común más, en una ventana iluminada por una lámpara más, exactamente como una vez había prendido el suyo.

Pensó en lo lejos que había viajado aquella pequeña vela. Desde quienquiera que la encendió primero, hasta Kusi e Illa y Mallki, cuya verdadera historia contaba. A un libro. A las propias manos de Nina, en la noche que la despertó. A través de todo el mar, a las de Wren, y lejos ahora hacia un país gris y remoto para encender un hogar que había esperado frío durante siglos. Y aquí, esta noche, a las manos de un niño en una ventana junto a la que pasó por casualidad — que despertaría, y recordaría, y un día la pasaría de nuevo, a alguien que Nina nunca conocería, en un tiempo que nunca vería.

Y así, y así. Uno tras otro tras otro. Más allá de ella. Más allá de todos ellos.

Y entonces un pensamiento más extraño le vino a Nina — un pensamiento que se preguntaba, que giraba en espiral, casi mareado — allí parada en el camino estrellado, mirando leer al niño. Pensó: *el libro que ese niño está leyendo — ¿es la historia de Kusi e Illa y Mallki, la que yo leí de niña? ¿O la vela ha sido pasada tantas veces, y la historia ha crecido tanto, que a estas alturas nos contiene a todos? ¿El fuego de Mama Rosa, y mi paso por la puerta, y Wren en la puerta azul, y las comunidades de la montaña, y esta misma fiesta? Pensó: ¿cuánto ha crecido, la historia? ¿Ha crecido ya lo bastante como para contener incluso esto — incluso a mí, parada en un camino de noche, mirando a un niño leer un libro?*

Y sonrió en la oscuridad, porque vio que no importaba — que era, en el sentido más hondo, una sola historia de todos modos, todavía escribiéndose, todavía pasando de mano en mano, sin borde y sin fin.

Porque así es una historia verdadera, criatura. Y ahora — suavemente, del modo en que siempre se dicen las cosas más importantes — te estoy hablando a *ti*. A quien sostiene este libro. Sí: a ti.

Porque seguro te has preguntado, una o dos veces, leyendo todo esto — cómo la historia de un pequeño valle, en montañas que quizá nunca veas, llegó a estar en tus manos, esta noche, dondequiera que estés. Y ahora lo sabes. Es la vela. Ha sido pasada, y pasada, y pasada otra vez, de corazón en corazón, a través de todos los años y todas las millas entre aquel valle y tu ventana — y esta noche, esta misma noche, ha llegado a *ti*. Tú eres el niño en la ventana iluminada por la lámpara. Tú eres la próxima mano a la que se le pasa la llama. Siempre lo fuiste. El libro entero venía viajando hacia ti todo el tiempo.

La historia ha vuelto a casa. Ha vuelto a casa, a quien la lee. Ha vuelto a casa, a ti.



CAPÍTULO Quince

Lo que las abuelas siempre supieron

de vuelta al primer susurro

A sí, pues, al final mismo de todo, Nina volvió al principio. Porque mientras estaba allí parada en el camino estrellado, con toda la larga historia asentándose en su lugar dentro de ella — el despertar, la puerta, el servir, la única gran vida, la vela que se pasa para siempre — descubrió que todo aquello, hasta el último hilo, se recogía de nuevo hasta un solo punto. Hasta lo primero de todo. Hasta algo que le había ocurrido antes de que pudiera recordar, antes incluso de que pudiera hablar: un susurro, exhalado sobre su cuna, el día en que nació.

Mama Rosa se lo había contado, hacía mucho, junto al fuego. Cómo sobre cada niño del valle, en una cadena ininterrumpida de mil años de largo, alguien se ha inclinado en su primer día, y le ha susurrado — no siempre con palabras, a veces solo en el modo en que se le sostenía — una especie de oración. *Que eres amado. Que perteneces aquí. Que llevas algo precioso dentro de ti, un don que el mundo un día necesitará. Y que cuando llegue el momento justo, lo recordarás, y lo regalarás.*

Y Nina vio, ahora — de pie bajo las estrellas al final de todo el largo camino — que en eso estaba todo. Que en eso, todo. Todo lo que había aprendido, a lo largo de todos los años y todos los fuegos y todo el subir montañas — todo ello había estado ya plegado, desde el principio, dentro de aquel primer

susurro sin palabras. *Eres amada* — ahí estaba la única gran vida, sosteniéndola, sosteniéndolos a todos. *Perteneces aquí* — ahí estaba el valle, el ayllu, la única familia sin ningún extraño que quedara fuera. *Llevas un don* — ahí estaba la semilla, la oración, la luz en el pecho. *Regálalo* — ahí estaba el servir que es la medicina, la vela pasada de mano en mano para siempre.

Todo ello. La entera y vasta trilogía de su vida — el recordar, y el cruzar al otro lado, y el volver a casa — el enorme viaje entero hasta el borde del mundo y la cima de la montaña y lo hondo de las estrellas. Y no había hecho más que desplegar lo que una abuela había plegado dentro de ella, en un solo aliento, antes de que tuviera palabras para abarcarlo.

—Fuimos tan lejos —dijo Nina en voz alta, suavemente, a las estrellas—. Le dimos la vuelta al mundo entero. Subimos la montaña entera. Salimos hasta el borde mismo y volvimos. Y todo fue — todo fue solo para aprender lo que mi abuela ya sabía. Lo que me susurró antes de que yo pudiera entender una sola palabra de ello.

Y se rió, quedito, en la oscuridad — la risa de quien ha sido admitido en la broma más vieja y más tierna que existe. Porque esta es la forma de todo verdadero regreso a casa, criatura, y ahora tú también lo sabes: que viajas hasta los confines de la tierra, y trepas hasta el techo del cielo, y cruzas cada puerta que hay — solo para llegar, al final de todo, de vuelta al pequeño amor sencillo que fue exhalado sobre ti al principio de todo. No aprendes algo nuevo al final del camino. Por fin entiendes aquello que te dijeron al comienzo. Las abuelas lo supieron desde siempre. Siempre lo han sabido. Lo susurraron dentro de cada uno de nosotros, y luego esperaron — pacientes como semillas, pacientes como montañas — a que diéramos toda la larga vuelta, y volviéramos a casa, y entendiéramos.

Nina alzó la mirada hacia las estrellas ardientes — hacia todas las abuelas y abuelos inclinados y relucientes, hasta llegar al primero que alguna vez susurró sobre la primera cuna — y les susurró de vuelta, a través del velo fino y brillante, la única palabra que quedaba por decir.

—Gracias —dijo—. Estoy en casa. Ahora entiendo. Gracias.

Y las estrellas, por supuesto, no dijeron nada. Pero le pareció a Nina que brillaban un poco más — como hacen, dicen, cada vez que uno más de nosotros va hasta el final, y da toda la vuelta, y por fin, por fin, vuelve a casa.

*Viajamos hasta los confines de la tierra
solo para comprender, al fin,
lo que nos fue susurrado al principio de todo.*

. . .



CAPÍTULO Dieciséis

Hogar

la puerta se abre hacia todo

Ahora, al final de todo, debo hablarte una vez más —a ti, quien sostiene este libro— porque la historia está casi cerrada ya, y queda una sola cosa, y es para ti, y solo para ti.

Has recorrido un largo camino para llegar a esta última página. A través de tres libros, y tres grandes movimientos — el *recordar*, y el *cruzar al otro lado*, y el largo *volver a casa*. Has visto despertar a un valle. Has cruzado una puerta que no llevaba lejos del mundo sino más adentro de él. Y has aprendido, junto a Nina, los últimos y más hondos secretos del hermoso vivir: que el servir es la medicina, que lo ordinario es sagrado, que no hay ningún extraño en ninguna parte sino solo familia aún no recordada, que somos una sola gran vida, aprendiendo a amarse entera. Ha sido un largo camino. Y he guardado lo más importante para el final mismo.

Es esto: *todo lo que hay en estos tres libros es verdad de ti*.

A ti también te susurraron. El día en que naciste — quienquiera que seas, dondequiera que vivas, en cualquier valle o vasta ciudad gris de esta ancha y doliente tierra — alguien se inclinó cerca, con palabras o solo en el modo de sostenerte, y exhaló sobre tu pequeña vida nueva la oración más antigua que existe. *Eres amado. Pertenece. Llevas un don que el mundo necesitará. Un día, lo recordarás, y lo regalarás*. Sigue en ti. Ha estado en ti todo este tiempo, acurrucado pequeño y paciente en el lugar hondo, esperando —

como una semilla en la oscuridad, como un valle antes de su amanecer — a que lo recuerdes.

Y tú tienes tu propio valle. Quizá ya esté despierto; quizá, como el país gris de Wren, solo esté dormido. No importa cuál de los dos. Porque la luz de la que has estado leyendo no está en estas montañas andinas, y nunca lo estuvo. No es nuestra. Está en todas partes, dormida, bajo la escarcha de toda tierra — y está en *ti*, y en tu propia gente, y en las costumbres medio olvidadas de tu propia abuela, esperando a que uno de los suyos despierte y empiece. No tienes que venir a nuestro valle. No tienes que volverte nadie más que tú mismo. Solo tienes que volver a casa — hasta el fondo mismo de casa, a tu propia vida ordinaria y sagrada, con los ojos por fin abiertos — y empezar.

Y empieza *por lo pequeño*, criatura. Esa es la última bondad, y la más verdadera. No trates de despertar al mundo gris entero para el jueves. El amanecer no llega de ese modo, y nunca lo ha hecho. Siembra una sola cosa. Siéntate con un anciano solitario, y escucha de verdad — y deja que él te sane, tanto como tú lo sanas a él, porque así es como funciona. Reúne a un amigo en una mesa. Carga el agua. Alimenta el fuego. Haz una sola cosa llana, sagrada, ordinaria, con todo tu corazón, por alguien a quien el mundo olvidó. Y sabe, mientras lo haces, que no es nada pequeño — que ningún amor es jamás pequeño — que al volver a recoger aunque sea a un solo olvidado, estás entibiando el gran cuerpo entero del mundo, tú incluido. Una vela, tocada a la siguiente. Es la única manera en que la mañana ha llegado alguna vez.

Tú eres el niño en la ventana iluminada por la lámpara. Tú eres la próxima mano a la que se le pasa la llama. La vela hecha de palabras ha viajado a través de todos los años y todas las millas para llegar hasta ti, esta noche — y ahora es tuya. Lo que hagas con ella es el próximo libro, y no se escribirá en ninguna página. Se escribirá en tu única vida, corta, preciosa y del todo milagrosa.

Así que aquí, en la última página del último libro, te hago la única pregunta que queda por hacer — la misma que un viejo le hizo una vez a una niña llamada Nina, al final de una larga noche, al borde del amanecer. No *si es real*. A estas alturas ya sabes que es real. La pregunta es solo, y siempre, *si vas a volver a casa*.

La puerta está abierta. Ha estado abierta todo el tiempo. Y estás más cerca de casa de lo que jamás has sabido.

*El nuevo amanecer eres tú. La puerta está abierta. Y ahora —
vuelve a casa.*

*No lejos, a algún país remoto y reluciente,
sino hasta el fondo mismo de tu propia vida ordinaria, sagrada,
que espera.*

Ve, pues, criatura de cualquier valle. Recuerda el susurro exhalado sobre tu cuna. Cruza la puerta que lleva hasta lo más adentro. Y vuelve a casa — a tu propia gente, tu propia tierra, tu propio trabajo llano y sagrado, tu propia y única vida indómita — y allí, arrodillado en la luz ordinaria y sagrada, empieza. Siembra tu única pequeña semilla. Pasa tu única pequeña llama. Y sabe que no estás solo, y nunca lo estuviste — que un valle entero, y una montaña entera, y un cielo entero lleno de antepasados inclinados y relucientes, y una sola gran vida que lleva mil y mil rostros, están todos haciendo exactamente lo mismo a tu lado, en este mismo instante, todos juntos, volviendo a casa hacia la mañana.

Kausachun Allin Kawsay. Que viva el buen y hermoso vivir. ***Huk ayllulla kanchis.*** Somos una sola familia — tú, y yo, y Nina, y el valle, y las montañas, y todos los relucientes que se han ido antes, y todos los niños aún no nacidos.

El recordar está cumplido. La travesía está hecha. Y ahora, por fin — para ti, y para todos nosotros, juntos — el volver a casa.

Mosoq Paqariy.
El nuevo amanecer ha llegado.
Y eres tú.
Bienvenido a casa.

. . .